CUADERNOS
HISPANOAMERICANOS



MADRID 52
ABRIL, 1954

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

REVISTA MENSUAL DE CULTURA HISPANICA

«Cuadernos Hispanoamericanos» solicita especialmente sus colaboraciones y no mantiene correspondencia sobre trabajos que se le envían espontáneamente. Su contenido puede reproducirse en su totalidad o en fragmentos, siempre que se indique la procedencia. La Dirección de la Revista no se identifica con las opiniones que los autores expresen en sus trabajos respectivos.

CORRESPONSALES DE VENTA DE EDICIONES MUNDO HISPANICO

ARGENTINA: Editorial Difusión, S. A., Herrera, 527. *Buenos Aires.*—BOLIVIA: Librería "La Universitaria", Gisbert y Cía., Comercio, 125-133. *La Paz.*—COLOMBIA: Librería Nacional Limitada, calle Veinte de Julio, Apartado 701. *Barranquilla.* - Carlos Climent, Instituto del Libro. *Popayán.* - Librería Hispania, Carrera 7.ª, 19-49. *Bogotá.* - Pedro J. Duarte, Selecciones, Maracaibo, 49-13. *Medellín.*—COSTA RICA: Librería López, Avenida Central. *San José de Costa Rica.*—CUBA: Oscar A. Madiedo, Agencia de Publicaciones, Presidente Zayas, 407. *La Habana.*—CHILE: Edmundo Pizarro, Huérfanos, 1.372. *Santiago de Chile.*-ECUADOR: Agencia de Publicaciones "Selecciones", Plaza del Teatro. *Quito.* Agencia de Publicaciones "Selecciones", Nueve de Octubre, 703. *Guayaquil.*—EL SALVADOR: Librería Academia Panamericana, Sexta Avenida Sur, 1. *San Salvador.* ESPAÑA: Ediciones Iberoamericanas, S. A., Pizarro, 17. *Madrid.*—GUATEMALA: Librería Internacional Ortodoxa, Séptima Avenida Sur, 12. - Victoriano Gamarra Lapuente, Quinta Avenida Norte, 20. *Guatemala.*—HAITÍ: Librerías y quioscos de *Puerto Príncipe.*—HONDURAS: Agustín Tijerino Rojas, Agencia Selecta, Apartado 44. *Tegucigalpa,* D. C.—MARRUECOS ESPAÑOL: Herederos de Francisco Martínez, General Franco, 28. *Tetuán.*—MÉXICO: Juan Ibarrola, Libros y revistas culturales, Donceles, 27. *México.*—NICARAGUA: Ramiro Ramírez, Agencia de Publicaciones. *Managua* D. N.—PANAMÁ: José Menéndez, Agencia Internacional de Publicaciones. *Panamá.*—PARAGUAY: Carlos Henning, Librería Universal, Catorce de Mayo, 209. *Asunción.*—PERÚ: José Muñoz, R. Mozón, 137. *Lima.*—PUERTO RICO: Don Matías Photo Shop, Fortaleza, 200 St. *San Juan de Puerto Rico.*—REPÚBLICA DOMINICANA: Instituto Americano del Libro y de la Prensa, Escofet Hermanos, Arzobispo Nouel, 86. *Ciudad Trujillo.*—URUGUAY: Germán Fernández Fraga, Durazno, 1.156. *Montevideo.*—VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A., Bolero a Pineda, 21. *Caracas.*—BÉLGICA: Juan Bautista Ortega Cabrelles, 42, rue D'Aremberg. *Bruselas.* - Agence Messageries de la Presse, 14 a 22, rue Du Persil. *Bruselas.*—BRASIL: Livraria Luso-Espanhola e Brasileira, Avenida 13 de Maio, 23, 4.º andar. Edificio Darke. *Río de Janeiro.*—CANADÁ: Comptoir au Bon Livre, 3.703, Avenida Dupuis, angle Ch. de la Côte des Neiges. *Montreal.*—DINAMARCA: Erik Paludan, Fiols traede, 10. *Copenhague.* ESTADOS UNIDOS DE NORTEAMÉRICA: Las Americas Publishing Company, 30, West 12 th. Street. *Nueva York,* 11. - Roig Spanish Book, 576, Sixth Avenue. *Nueva York,* 11. - Argentine Publishing Co., 194-18, 111 th. Road. *St. Albans,* L. Y. N. Y.—FRANCIA: L. E. E. Librairie des Editions Espagnoles, 78, rue Mazarine. *París (6 éme).* - Librería Mollat, 15, rúe Vital Carles. *Bourdeaux.*—ITALIA: Librería Feria, Piazza di Spagna, 56. *Roma.*—PORTUGAL: Agencia Internacional de Livraria y Publicaçoes, Rue San Nicolau, 119. *Lisboa.*—SUIZA: Thomas Verlag, Renweg, 14, *Zurich.*

REVISTA DE EDUCACION

PUBLICACION MENSUAL DE TEMAS DOCENTES

SUMARIO DEL NUMERO 16 (DICIEMBRE, 1953)

ARBOR Revista General de Investigación y Cultura
Redacción y Administración: Serrano, 117-Teléfs. 333900-336844-Madrid

SUMARIO DEL NUMERO 99, CORRESPONDIENTE AL MES DE MARZO DE 1954

I N D I C E

Portada y dibujos del pintor español *Terán*. Páginas de color; las secciones *"¿Adónde va Hispanoamérica?"*



BRUJULA DEL PENSAMIENTO

IDEOLOJIA

POR

JUAN RAMON JIMENEZ

ORDEN PRESENTE

En la gran naturaleza madre, la montaña primitiva y el menudo jilguero, la violeta reciente y el centenario pino, todo lo mayor y todo lo menor de tamaño, lo superficial y lo profundo, viven juntos y sucesivos en orden presente, sin oposición de tiempo ni espacio. Y, sin embargo, todo está siempre en su lugar y en su hora.

Así quisiera yo mi propia biblia, es decir, así me quisiera yo en mi libro.

NO ES PROGRESO

Dinamismo no es ruido ni desorden ni ruina necesariamente; no es, sobre todo, "progreso".

DE LEONARDO

"Con *un manso ruido de agua corriente y clara, cerca el Danubio una Isla*", y Garcilaso piensa y canta hablando. Y lo contempla la mujer con su sonrisa, "la melodía del silencio en sus labios", como dijo otro poeta.

En su deliciosa escritura, Walter Pater recoje de Leonardo que lo que más le deleitaba a aquel maestro del deleite en la vida y en el arte era la sonrisa de la mujer y la moción de las grandes aguas.

CONCIENCIA MEMORABLE

Nuestra obra no es nuestra mientras no tenemos conciencia memorable de ella. De maduros, empezamos a saber de lo de nuestra juventud; de viejos, de lo de nuestra madurez. Y de lo de nuestra vejez, los muy viejos lo sabemos ya todo, por desgracia, de antemano.

NO SÓLO ESE DÍA

En el amanecer de cada día no sale sólo ese día, sino todo el futuro del mundo. Y no cae sólo ese día en su anochecer, sino todo el pasado.

GUARDAMOS

CON el olvido no perdemos, guardamos. Y ¿qué es peor, memoria, guardar o perder?

PARA NADIE MÁS

ES absurdo pensar que la escritura nuestra, la del poeta personal sobre todo, pueda ser, de propósito, para nadie más que para uno mismo. Los otros sólo comprenderán de nosotros aquellos puntos en que estemos de acuerdo con ellos, es decir, en lo que nosotros no somos sólo nosotros, es decir, en lo que son ellos y nosotros, es decir, nada auténtico ni orijinal.

La lectura ha de corresponder, en poesía, como la misma creación, a lo indecible.

POESÍA PENETRANTE

SIEMPRE preferí y sigo prefiriendo la poesía penetrante a la poesía llamada profunda; la poesía que entra honda y hondo por ser punzante y segura.

Y NO SE HACEN CASO

¡QUÉ disconformidad casi siempre entre los pensamientos, los sentimientos, las expresiones y los actos propios! Se quieren entre sí; pero no se hacen caso, porque son de edad distinta.

Exactamente como los padres y los hijos.

PARA ELIMINAR

LA arquitectura en jeneral y también en poesía (en la que si no no valdría para nada) vale sólo para eliminar.

POR CONCIENCIA

No hay que complicar la naturaleza externa, sino simplificarla.

Si ella es tan artificial, la sin conciencia, y nos ha hecho tan complicados como ella, seamos nosotros, por conciencia, los naturales.

ESCRIBIRNOS

ESCRIBIRNOS no es más que recrearnos, crearnos una segunda vida para un poco más de tiempo; y dejarla en manos de los otros. Es, al fin y al cabo, dejarnos de luchar, entregarnos.

EN SUMA

NARCISO es el hombre que se encuentra con él en la naturaleza: un espejo del agua, por ejemplo, y quiere dejar de ser el individuo aparte; es el poeta que quiere su eternidad en toda la naturaleza metamorfoseante; el dios, en suma, que quiere ser toda la naturaleza.

Por eso es homicida de su forma única, no suicida de su espíritu jeneral.

UN DÍA LIBRE

NO manchemos el día recién nacido, el hoy supremo, el cada hoy, con ideas viejas. Respetémoslo como a un niño que tiene siempre sólo doce horas de vida y una muerte de otras doce, igual que algunas flores.

Pongamos en su tumba: "Un día libre."

AL GRANERO

BIEN pensada y sentida una cosa, al olvido, es decir, al granero de lo subconsciente, a los montones de la memoria latente atesorada.

EL CRUJIDO

EL *poeta le oye a su órbita cada noche el zumbido de la tierra, la tierra de los dos. Y espera cada día oírle el crujido.*

ECHARSE ENTERO

AL correjir, no pesar palabra por palabra, sino echarse entero y mudo en la sensación. Este echarse arrastrará, como el rayo al relámpago, no ya la palabra, sino la oración completa.

GUSTO DE CARNE

ESTE verso de William Butler Yeats:

who paced in the eve by the nets on the pebbly shore

es, como suyo, de ágata, ágata pulida por él. Y el ágata llega a darnos en Yeats sensación de contacto y gusto de carne.

"Puliendo una carne", podríamos decir, parodiando el título de un libro de Yeats.

INCLUYENDO LA VEJEZ

HERMOSO y raro es sólo lo que el tiempo, incluyendo la vejez, no vuelve vulgar ni feo.

UN ALA

SEMBRÉ soñando un ala en el agua, y el agua me dió, al despertarme, una flor de aire y fuego.

INGRÁVIDA

¿INGRÁVIDA, grávida la poesía escrita?

Ya se ve que el diagnóstico es de un doctor en medicina. A mí nunca se me ha ocurrido poner en una báscula a la divina, alada, graciosa Poesía. ¿Ni a quién, que no sea médico, se le ocurriría pesar a su amante?

El ala sólo pesa cuando está muerta. Y, además, el peso es sólo un problema de equilibrio; un astro, en el orden celeste y terrestre, no pesa.

CIVILIZACIÓN

CIVILIZACIÓN, ¿no quiere decir, amigo, conformidad con nuestras necesidades, y posición adecuada de defensa contra lo innecesario conocido o desconocido?

CON SU LENGUA DIARIA

CUANDO habla muy mal o demasiado bien, el hombre parece un irracional, cerdo o canario. Sólo parece el hombre que se supone que es el hombre cuando se expresa con su lengua diaria suficiente.

Pero diaria, en este caso, ¡quiere decir tanto! Yo pienso que si Dios hablara, hablaría con lengua corriente y hasta con equivocaciones.

LAS ASONANCIAS

PARA un oído exquisito, las asonancias entre consonantes (de un soneto, por ejemplo) no existen o no importan, porque ese oído percibe sobre todo las diferencias de lo semejante.

LOS SINTÁXICOS BÍBLICOS

La Biblia es maravillosa, irrepetible por única. Y por eso el acento y la sintaxis bíblicos son siempre un fraude aburrido y vulgar. Más aún, nauseabundo.

Se lo digo a todos los sintáxicos bíblicos acentuados proféticos.

POR VOLUNTAD

Ser dueño, por voluntad, del secreto de nuestra obra, es lo clásico. Lo romántico es dejar a la obra dueña de su secreto y del nuestro.

LO MISMO

Que yo diga a otros que ven, que Dios no existe, podría ser lo mismo que si un ciego dijera a otro ciego que no existe la luz.

TANTO COMO

Sentimental tanto como pensamental; impresional tanto como expresional, y también estético fundamental, amigo de la belleza y también enemigo.

Sí, un equilibrio de todo lo equilibrable definido o por definir.

SIN CONTINENTE

Hay quienes creen que poetizar es emplear toda la fuerza de que disponemos, para empujar un bloque de piedra o tirar de un carro de hierro, y para ponerlos en otro lugar equivalente del que ocupaban en la Naturaleza o en la vida.

Pero yo creo que es levantar el fuego, el agua, el aire, sin continente alguno y sin sacarlos de donde están.

PENSEMOS BIEN

Sí; pensemos bien, no vayan nuestros pensamientos a ser realidades en cualquier otra rejión.

UN DÍA Y UNA NOCHE

ESTE verso mío:

Dulces luces azules de túneles y buques,

lo escribí primero:

Dulces luces azules de túneles y puertos.

Lo escribí sin pensarlo un día y lo correjí sin pensarlo una noche, después de muchos años.

DE LO ANTIPÁTICO

MUCHO cuidado con romper bien esa perfección que tanto cae dentro de la antipatía (la palabra más terrible del mundo): ciertos vasos griegos, japoneses, hindúes, por ejemplo.

Porque la perfección no es cosa dè cada día, de cada vaso ni de a todo trance. Casi nunca la hace uno y ella puede salir siempre sola.

EL QUE MÁS

DE mis muchos vicios, el que más daño me ha hecho es esta permanente sensualidad alternada de mi memoria y de mi olvido, que chispean todo el día, como ámbares de vida distinta al rozarse con mis sienes.

EMPEZAR SIEMPRE

NUNCA hemos empezado a vivir ni a morir y nunca acabaremos de empezar. Empezar, la gran ilusión de toda mi vida; siempre empezar, siempre volver a empezar.

LA EFICACIA SOCIAL DEL CATOLICISMO ESPAÑOL

POR

JOSE M.ª GARCIA ESCUDERO

Se reproduce a continuación la ponencia que leí en las Conversaciones sobre catolicismo español contemporáneo, que, dirigidas por el excelentísimo señor obispo de Bilbao, doctor don Casimiro Morcillo, y organizadas por el Curso de Problemas Contemporáneos, se celebraron durante el pasado verano en la Universidad Internacional "Menéndez y Pelayo", de Santander. No he querido modificarla; pero me parece necesario "situarla" con unas palabras de introducción.

Esta no es una panorámica de nuestra situación religiosa, sino un examen de conciencia, limitado a aquellos puntos que me parecían más necesitados de rectificación, y dirigido no al gran público, sino a un círculo restringido, que había de considerar lo que yo le presentaba, a título de materia discutible más que de conclusiones firmes. Esto debe tenerlo en cuenta constantemente el lector. No obstante, he concedido gustoso mi consentimiento para la publicación de la ponencia por dos razones: Primera, porque, si resulta útil para nosotros, puede serlo para nuestros hermanos de fuera. Segunda, porque ilustra sobre una característica de nuestro catolicismo, poco o nada conocida más allá de las fronteras: su voluntad de revisión.

Generalmente, el conocimiento que desde fuera se tiene sobre nosotros gira en derredor de la polémica sobre el Estado católico. Tengo interés en dejar claro que, para mí, no se trata de una fórmula anacrónica e inviable, sino de un ideal permanente, de obligada aplicación allí donde es posible; y creo que éste es nuestro caso. Pero deducir de ahí que, para todos nosotros, todo esté hecho, desde el punto de vista religioso, o es mala fe o insuficiente información. Ciertamente, los hay que opinan así; mas somos muchos los que vemos en el Estado católico no una disculpa para no hacer, sino un instrumento para hacer más cristiana una sociedad que no lo es tanto como deseamos, aunque sí en la proporción suficiente para permitir un Estado confesional. Este trabajo es fruto de esa mentalidad, y aunque no tenga otro valor que representarla, me doy por contento con que lleve a alguno a la convicción de que los católicos españoles nos preocupamos por conocer nuestra realidad y por manifestarla con sinceridad, y de que, en definitiva, nuestro catolicismo no es necesariamente un conformismo rutinario de señores satisfechos.

Excusarse antes de hablar no pasa generalmente de ser una fórmulo de cortesía. Sin embargo, a veces se expresa la auténtica convicción de que el tema

es superior al que va a desarrollarlo. Y en alguna ocasión, como ésta, hay más todavía.

Se me ha pedido que hable de la eficacia social de nuestro catolicismo. Hay un concepto restringido de lo social: la cuestión social, el problema social... De eso, yo no sé para hablar aquí, y por ello rechacé el amable ofrecimiento que se me hizo. Después pensé que el tema se podía enfocar más ampliamente, y que incluso respondería mejor así a las características de estas Conversaciones. Lo consulté y me dieron la razón. Se trata de entender lo social con un alcance mayor que el de justicia social; con referencia a toda la sociedad. Nuestro Estado es católico; lo sabemos. La fórmula del Estado católico es justa y es conveniente; lo sabemos también. Pues ahora dejemos de lado esa cuestión y preguntémonos por nuestra sociedad. ¿Es católica? Si lo es, *¿cuánto* y *cómo?* ¿Cuál es su grado de temperatura religiosa y de qué clase es su religión? A eso pretendo obtener respuesta.

Ahora bien: para cumplir honradamente mi cometido tendré que censurar; actuar de fiscal y hasta de juez. No del catolicismo, por supuesto, sino de la manera de vivirlo los españoles. Y ¿quién soy yo para acusar y para juzgar y tirar mi piedra? Os pido que me creáis si os digo que en este momento pesa sobre mí, casi físicamente, la responsabilidad de la tarea que he asumido, y que si, para juzgar, he mirado a mis hermanos, he empezado por mirarme a mí mismo.

Esto no quiere decir que no concurra en mí la otra especie de humildad. El tema me gana; pero, en este caso, he salido de la dificultad, no intentando llegar a más de lo que mi talla me permite. He hecho un reportaje, una información. Este reportaje, necesariamente estará mutilado. Nos movemos sobre una caja en cuyo interior repercuten sordamente nuestros pasos. Yo puedo describiros la caja; pero no puedo recoger el eco sobrenatural. Yo no puedo saber en qué medida las oraciones y los sacrificios, los méritos de unos hermanos a los que no conozco, pesan ante Dios y desnivelan nuestros cálculos, aunque creo firmemente que si nuestro catolicismo se rejuvenece, no es tanto por los que vivimos como gracias a los que, muriendo, nos ganaron el favor del Señor. Yo puedo juzgar por lo que veo, que es a lo que puede llegar un estudio de sociología religiosa. Y, aun así, este estudio ha de ser limitado. La penuria de estadísticas, y el que la sociología religiosa en España esté en mantillas, me han obligado a recurrir preferentemente a impresiones personales; a lo que los franceses llaman un *testimonio.* Quiero poner ante vosotros a un español, que no seré necesariamente yo mismo, pero que estará compuesto de mi experiencia y de las experiencias de que he tenido noticia directa. Si le preguntamos a ese español por la eficacia social de su catolicismo, ¿por qué no va a responder viendo en qué medida han contribuído a hacerle más católico—o menos católico—los diversos estamentos sociales por los que ha pasado: la familia, la escuela, la Universidad y la misma Iglesia, en lo que ésta tiene de humano y contingente? Del valor representativo de ese testimonio no respondo; sois vosotros los que debéis concederle o no generalidad; de su sinceridad e independencia, sí que respondo. Tengo la que un ilustre católico llamó "vocación de independencia". La he pagado cara; pero me ha dado el derecho a que no se vea en lo que diga ningún partido tomado de antemano, ninguna acepción de personas o de equipos. En cuanto a la sinceridad, el mismo católico al que acabo de referirme, Fernando Martín Sánchez, observó alguna vez que es difícil ser sincero sin ser imprudente. Si me encon-

tráis imprudente, perdonádmelo, porque será únicamente consecuencia de mi afán de sinceridad.

* * *

Pues bien: lo primero que salta a los ojos es que, en contraste con la unidad de un Estado católico, nuestra sociedad aparece dividida en dos secciones: una, practicante; otra que, por lo menos, no lo es: burguesía y proletariado. No entremos en números. Las últimas estadísticas de la diócesis de Bilbao dan un porcentaje de 55,8 por 100 de asistentes a la Misa. El de Madrid, en 194, era de 45 por 100; el mismo que ha registrado recientemente Austria. Concedamos que, aun en los que no van, existe un gran número que de ninguna manera pueden ser considerados como apóstatas. Siempre quedará una parte considerable, de cuya conversión hay que *hacerse problema.* Generalmente, se piensa que esa conversión depende de las "obras" del católico. Esto no es verdadero más que en parte. No basta, para explicarnos la apostasía del proletariado, saber lo que el católico es o deja de ser. Esta es una razón de más para que dedique la parte primera de este estudio a considerar lo que es el catolicismo burgués, para pasar luego, con más conocimiento de causa, a reconocer lo que el proletario ha llegado a ser.

I. EL CATOLICISMO DE LA BURGUESIA

LA FAMILIA

El carácter de testimonio personal de esta charla me veda tratar lo que no conozco directamente: dejaré fuera, por eso, la familia aristocrática y la campesina, para quedarme, como campo primero de observación, con la familia burguesa y urbana.

¿Será excesivo hablar de una familia *carlista,* en que la postura secular de oposición avivó el sentido del catolicismo, que se vivía cómo clave de una tradición heroica, cuyo depositario y transmitente era, principalmente, el padre? En el campo y en determinadas regiones, sobre todo, se encontraría esa familia patriarcal, fuera, incluso, de una doctrina política concreta. Rodeando ese islote, la familia corriente se ha caracterizado por un catolicismo más ambiental que deliberado, en que el padre, o simplemente lo toleraba o lo practicaba a remolque de la madre, que, en cuanto a lo religioso, era la verdadera cabeza de familia. Sustancialmente, este esquema se mantiene. Su principal consecuencia es que el catolicismo de la familia será como el de la madre, es decir, catolicismo piadoso, suficiente para el niño, pero no para el adolescente. Cuando éste tropieza con sus primeros problemas, el sexual y el intelectual, con las primeras pasiones y las primeras dudas, ¿qué encuentra en su familia? Ante todo, una moral familiar alta. El matrimonio como institución se respeta; no es un juego. El adulterio (sobre todo el de la mujer) es adulterio. La familia tiene hijos. El español la ama... Pero se pasa el día en la calle. Posiblemente, obedece esto a la falta de atractivos materiales del hogar (que nada tiene que ver con su riqueza) y a que la mujer se convierte en seguida en madre y nada más, terminando como esposa, e impidiendo así una auténtica amistad entre los cónyuges, que podrán amarse mucho y no llegar a constituir

un verdadero equipo, y mucho menos asociando a él activamente a los hijos. No se crea así ambiente para que al hijo se le ocurra acudir a los suyos con sus problemas. Pero aunque lo hiciera, no encontraría, por lo común, sino un padre que no quiere ayudar y una madre que no puede ayudar. La consecuencia es que la familia carece de fuerza para vencer a la calle y que el hijo (y hoy la hija también) se le va. Queda la huella, que casi siempre reaparece con los años, de esa primera formación; pero, en conjunto, la familia, como factor activo del catolicismo, termina con la infancia.

Esta familia, que no forma lo suficiente, en algún sentido deforma. De hecho, parece más burguesa que católica; exactamente, da la impresión de que es católica porque es burguesa. Ahora bien: la burguesía tiene las virtudes de la laboriosidad y de la previsión. Vive obsesionada por el mañana: el "empleíto seguro" de los sueños dorados de nuestras madres de familia. Pero sólo hay un paso de ahí a la obsesión del dinero. Nace ésta, generalmente, del contraste entre el tono de vida que se lleva (a menudo por obligación) y las posibilidades económicas. Ello puede originar sacrificios muy cristianos (el aguantar con decoro, disimulando, sin quejas ni amargura); pero, otras veces, los esfuerzos para llenar ese vacío con la pura apariencia engendran un fenómeno típico de nuestra clase media: la cursilería; y otro tan inexplicable aparentemente como la resistencia de nuestras "católicas" familias a las vocaciones religiosas de sus hijos (que, sin embargo, son el fruto lógico de la piedad familiar), y que en los planes de los padres nunca entre ni casualmente la palabra "vocación". La preocupación económica (única que en muchas casas llena las sobremesas familiares ante unos hijos listos a asimilarlo todo) no ha hecho más que intensificarse en la familia de nuestros días. Lo peor es que ya no se trata de hacerla compatible con "adherencias", como el convencionalismo, la laboriosidad y la previsión. Se trata de ganar más; pero no de ahorrar y, menos aún, de ganarlo trabajando. Se prescinde de las formas; pero no se las sustituye con la sinceridad, sino con el cinismo. Se pierden las virtudes burguesas; pero no se adquiere la generosidad proletaria. Y la unidad familiar se hace tan laxa, que corre peligro de desaparecer.

Se habla de robustecer económicamente la clase media, y es necesario; pero se olvida que, sin el espíritu de sacrificio, que lleva camino de desaparecer en la riada de la proletarización, nada se conseguiría. Gracias a Dios, el fenómeno de espiritualización de la familia, aunque minoritario, es visible. El hombre se ha hecho más católico; la mujer ha adquirido una preparación intelectual superior, y al hogar tradicional, que a menudo era sólo el hogar aburrido, sucede una intimidad mayor entre los miembros de la familia, que encuentra, para constituirse sobre una base de amor y no de autoridad, las facilidades que da un trato más libre entre los jóvenes. Hoy se descubre la espiritualidad del matrimonio y la concepción de la familia como equipo consciente de su unidad dirigido por el padre, pero en el que todos tengan la costumbre de contar con todos. (No contribuye a ello, por cierto, el despedazamiento de la familia en cuatro pedazos que la Acción Católica realiza todos los domingos, cuando la familia va a Misa; ni las primeras comuniones de los colegios, con los padres separados de los hijos, porque si no la ceremonia "se desluce". La vida sobrenatural en común es la base de los equipos familiares, y no basta el Rosario.)

EL COLEGIO

El colegio es la primera mano que la sociedad echa a la familia. Sin todo el éxito deseable. A la religión piadosa de la madre, el colegio yuxtapone una religión abstracta, sin nada que ver con la vida. El catecismo que los párvulos aprenden de memoria, sin entenderlo, es el anticipo de las clases que en el Instituto y en la Universidad *enseñarán;* pero no invitarán a vivir, lo que se presenta con tan riguroso lenguaje escolástico como escaso lenguaje evangélico. El *colegio religioso* es una excepción, porque procura no sólo instruir, sino educar. Su mejor recompensa son las vocaciones, que nacen en el ambiente familiar, pero que corrientemente se despiertan en el del colegio. ¿Por qué recatar, sin embargo, que la formación humana que da el colegio es deficiente, posiblemente por exceso de vigilancia y falta de un ámbito de libertad en el alumno? En "mi" Universidad, al menos, al alumno del colegio se le notaba que lo había sido en su menor capacidad de iniciativa. Tengámoslo en cuenta para explicarnos después muchas cosas. Otra excepción, pero en contra: el colegio religioso para niñas, donde apenas si se hace, en general, más que continuar el catolicismo piadoso de la familia, sin profundizar; y donde el sentido burgués de la familia se intensifica con un sentido de clase, que se refleja en las diferencias de colegios o, dentro de uno mismo, entre las clases de pago y las gratuitas (¡claro, las niñas pobres hablan tan mal! ¡Tienen tan malos modales!), o en ejercicios de redacción libre, como este de un colegio de religiosas "distinguido": "¿Por qué no te gustaría ser pobre?" También esto tendrá sus consecuencias. Pero dejemos ahí a las niñas, pues, por lo común, en ese catolicismo de piedad—y ¡ay! de rutina e ignorancia—las encontrará el matrimonio. En cuanto a los muchachos, mejor o peor formados por la familia y el colegio, les sorprenderán en seguida los primeros huracanes de sus vidas: el sexual y el de la inteligencia (luego les llegarán el del poder y el dinero). ¿Con qué armas se los ha provisto para rechazarlos?

EL PROBLEMA SEXUAL

Hoy es moda negarlo. Pues bien: hay que decir que existe, que un ambiente de represión es justo y es oportuno y que a él se debe la moral de nuestra familia y el que conservemos como colectividad el sentido del pecado y de la vida sobrenatural, que tiene como condición previa la castidad. Ahora bien: la desenvoltura creciente de ciertas tontilocas muchachitas y sus pretensiones absolutamente contraproducentes de camaradería e indiferencia sexual, ¿no son, en parte, reacción contra una excesiva diferenciación que no ve más que sexo? En otros países es menor la distancia entre los sexos. Aquí, la diferencia es acusada y casi ofensiva, en el pueblo sobre todo: el hombre, muy macho; la mujer, muy hembra. Con ello, sus relaciones podrán ser sexuales y pasionales; no inteligentes y afectivas, con las consecuencias ya expuestas a propósito del matrimonio. El remedio inmediato se busca en un clima de restricción. Pero que ese clima, tal como existe, es imperfecto, lo prueba que el muchacho caiga generalmente, apenas llegado a la adolescencia. Toda la obra de la familia y del colegio se derrumba cuando aparece la tentación de la carne. Pienso que por la inconsistencia de esa obra y porque la educación recibida se ha limitado a moral, y a moral de un solo mandamiento, y es, en consecuencia:

1.° *Unilateral.*—No parece que haya otro pecado, y esto no sólo en el adolescente. Durante toda su vida, el español se acusará de eso; no, por ejemplo, de falta de caridad. Es verdad que se trata de un pecado fácil de cometer y de percibir; pero es que no se educa para percibir otro; con lo cual lo que, en cierta medida, sería saludable, se convierte en malsano.

2.° *Negativa.*—Sólo el amor de Dios como realidad efectivamente vivida puede vencer al amor de la carne. Y al niño se le ofrece únicamente un catolicismo de "no". El Decálogo es una lista de prohibiciones, como no entrar en el césped de los parques y no poner los codos en la mesa. Pero solamente el "no" no da fuerzas para decir no.

3.° *Sin explicación.*—La mezcla de poesía y de caricatura que es la película italiana *Mañana será tarde* escandalizó a muchos españoles. Sin embargo, apuntaba a un problema que, simplemente, no queremos ver: la incapacidad de la familia para educar católicamente al niño cuando deja de serlo. Evidentemente, más cómodo es no enterarse.

4.° *Sin sustitutivo.*—Hoy se tiende a valorar el deporte; pero son muchos los que no encontraron ni en la familia ni en el confesonario una prudente indicación que tantas derrotas les habría evitado.

Esto produce consecuencias de efectos lejanos, como el complejo de culpabilidad que se proyecta incluso sobre lo que de suyo es inocente y lleva a la idea del matrimonio como *honestam fornicationem;* institución en que se puede pecar sin pecar; concepto caricaturesco que se da, sobre todo, en la mujer. Claro es que el matrimonio fundamentalmente es amor y no sexo, y que el éxito del matrimonio es introducir a Cristo entre los cónyuges y no introducir una buena técnica sexual; pero la persistencia en la mujer del recelo con que se la ha acostumbrado a mirar todo lo de ese orden y aun todo lo que lleve la palabra "amor", y la induce a confesarse de haber leído "novelas", así, sin discriminar, provoca, aparte de lunas de miel tragicómicas, más de una infidelidad del marido, que busca fuera lo que no encuentra en su casa, e impide una auténtica espiritualidad matrimonial, porque sobre la ignorancia, que se toma equivocadamente como inocencia, no se puede edificar nada. Sobre esos supuestos es más fácil que el matrimonio se convierta en una costumbre, sostenida por el ambiente social y no por sí mismo.

Pero sólo costumbres, además, no bastan contra las tentaciones de cierta gravedad. Aunque "la querida" no llegue aquí a convertirse en una institución, es significativa la minimización social de la gravedad del adulterio del hombre, como, ahora mismo, el desarrollo del neomaltusianismo, que ataca al matrimonio en su corazón, y que se difunde en nuestra clase media mucho más de lo que a menudo se quiere admitir y en gentes que no se recatan en declarar que lo practican.

LA BASE INTELECTUAL

La segunda tentación es contra la fe. Choca una instrucción humana avanzada con lo que el cardenal Gomá denominaba "la arena móvil de una religión de credulidades, de sentimientos, de rutinas e inconsciencias", que en los fieles es ignorancia y en la Iglesia docente es conocimiento sin vida. Sería impertinente que yo tocase puntos como el de la preparación intelectual de nuestro clero;

pero sí me arriesgaré a decir que, posiblemente, la obsesión por la seguridad de la doctrina le impide atender debidamente a abrir nuevos caminos con que llegar a los fieles. Luego, los católicos que alguien ha llamado de "excomunión diaria", y el recelo ante todas las manifestaciones del mundo moderno, y especialmente ante los medios modernos de expresión, han levantado un muro entre las verdades de siempre y el tiempo actual, que muchas veces, en momentos en que necesitábamos la ayuda intelectual de la Iglesia, nos ha dejado a solas con nuestra angustia.

El católico español se ha hecho periodista o, a lo más, sociólogo. Pero no ha llegado al teatro, ni al cine, ni a la radio, ni a la televisión, ni a la novela. Su arma favorita ha sido la censura; pero ésta es arma de valor muy limitado y que, frecuentemente, se vuelve contra quien la maneja, creando un clima de recelo que automáticamente impedirá que el católico, en cuanto tal, se acerque a los medios de expresión mencionados, que son los más eficaces para llegar al hombre actual. Esto se da en el católico seglar, pero con mayor razón en el sacerdote. El sacerdote no conoce a menudo esos medios de expresión. No está preparado ni para su censura. Habla otro lenguaje y piensa de otra manera. Pero con ello se crea la apariencia de una incompatibilidad entre catolicismo y modernidad, que, en la práctica, obliga al católico a partir su vida en dos secciones, de las que la menor corresponde precisamente a una religión cuyos principios están expuestos en un lenguaje inasequible para él.

¿Habrá que añadir la pérdida del sentido de la belleza moderna, sin haber conservado la belleza antigua? Cierta sequedad, antipatía y falta de generosidad; la erudición, como única arma frente al ingenio; la oposición, por algunos declarada y casi por todos practicada, entre "sensibilidad artística" y "sensibilidad sacerdotal"; las iglesias, en que hay que cerrar los ojos para poder rezar; las devociones antilitúrgicas y mediocres, ¿no acaban por producir la idea, no ya en el artista o el exquisito, sino simplemente en el católico, que no renuncia a ser hombre de su tiempo, de que hay incompatibilidad entre la religión y la belleza?

Es un hecho, en fin, que las oposiciones catolicismo-modernidad y catolicismo-belleza, y una notoria falta de exigencia intelectual en los medios católicos, crearon la apariencia de otra incompatibilidad: la de catolicismo y vida intelectual, que explica la apostasía de nuestros intelectuales contemporáneos.

Esto, hoy, se ha terminado. Se aspira a un catolicismo que no sólo custodie el depósito de la fe, sino que afronte el riesgo de su adaptación al mundo moderno, y, así, se intenta la conquista de los modernos medios de expresión, se adapta por nuestra cuenta a nuestros heterodoxos y nos acercamos a catolicismos de adaptación, como el francés, que tienen sus peligros, pero también sus enseñanzas. Pero no hemos hecho más que empezar. Lo que aquí llamamos cine religioso es, generalmente, puro caramelo. Nuestros templos siguen abarrotados de imágenes de pacotilla, y la polémica de excluyentes y comprensivos prueba, posiblemente, que no estamos preparados para la asimilación de nuestros heterodoxos sin peligro, porque no estamos ni siquiera a la altura del tiempo católico. Pero sólo con haber empezado se han facilitado al joven de hoy unas ayudas que ya habríamos querido tener los que estábamos en su caso hace veinte años.

La renovación de los Seminarios, la nueva postura intelectual del clero, son manifestaciones de este movimiento. En gran medida es, sin embargo, obra de seglares, y esto produce recelos, en parte justificados, pero que olvidan: primero

que ni el seglar tiene siempre que ser teólogo, sino llevar la proyección de la teología a campos donde, si él no va, nadie irá, y a los que no puede llegar el sacerdote; y segundo, que la solución no es fruncir el ceño al seglar, porque habla precipitadamente del Cuerpo Místico (hace unos años no le preocupaba el Cuerpo Místico de ninguna manera), sino guiarle, aceptando a su vez aquello en que el seglar puede dar lecciones: el sentido del mundo moderno. El seglar pide la ayuda del clero; pero tiene la impresión de que, aunque éste avance, en muchos casos ha perdido contacto con él, y no porque el seglar haya ido más de prisa de lo que debe.

EL SACERDOTE

Nuestro muchacho ha recibido ya el influjo del catolicismo de su familia, de su colegio, del ambiente social. Hoy existen nuevos círculos irradiadores de catolicismo, como los Colegios Mayores, el Frente de Juventudes y una mayor difusión de los ejercicios espirituales. No menospreciemos, sin embargo, el catolicismo ambiental, por muy rutinario que parezca. Crea un clima que vence aun sus mismos defectos y hace católicos que, no por ser fruto de una presión social más que de una convicción personal, dejan de ser capaces de morir gallardamente por esa fe que tan tibiamente han vivido. En ese catolicismo, ¿cómo ha influído el sacerdote? Dejo fuera la consideración del sacerdote en cuanto es ministro del Señor: lo que para cada uno de nosotros representa administrándonos la Comunión, absolviéndonos, celebrando el sacrificio de la Misa. Hablo del aspecto humano del sacerdote. Porque insiste en él la moderna literatura religiosa, se dice que rebaja al sacerdote. Es un error. Ver al sacerdote-*hombre* hace sentir más intensamente el misterio del Sacerdote-*Dios*, como la contemplación de la Iglesia-*humana* nos acerca al misterio de fe de la Iglesia-*divina*.

Eso ocurre hasta con el mal sacerdote; ¡cuánto más con el buen sacerdote, cuyas imperfecciones no borran el rastro de luz de una vida pobre y sacrificada! Ahora bien: los curas viejos supieron morir sin apostatar, y esto no debemos olvidarlo. Pero ¿vivieron a tono con su muerte?

El problema no es de malos sacerdotes ni de sacerdotes ricos, porque, en general, son pobres y buenos, sino del sacerdote-funcionario, que, apresurada y distraídamente, casa y bautiza, predica sermones y amonesta en el confesonario con los mismos lugares comunes dichos de memoria; celebra la Misa sin iniciar apenas los gestos, y en su despacho de la Sacristía desempeña unas funciones administrativas, que mejor estaría que no tuviera que desempeñar, con la desgana de un vulgar oficinista o con la seriedad de un ejemplar gerente comercial; pero nunca como sacerdote, desperdiciando por ello preciosas ocasiones de acercarse al alma de los que sólo van a la parroquia para casarse o bautizar a un hijo. Mucho lo excusa el sacrificio constante que es la vida sacerdotal y el aislamiento que tantas vocaciones detiene, por temor a la rutina, hija de la soledad. Pero también existe ahí alguna culpa de los sacerdotes, que reducen al seglar, que podría haber sido su interlocutor, a un papel pasivo, y, en todo caso, el hecho es un tipo de sacerdote, relativamente frecuente, que ni es apóstol ni parece siquiera ministro del Señor, y que con su sola manera de ser, sin necesidad de palabras, aparta de sí al seglar que humanamente le necesitaba. ¿No se crea así la idea de una incompatibilidad entre religión y ardor?

Luego está el minimismo. También aquí lo exigimos todo del sacerdote, cruelmente, quienes después no nos exigimos a nosotros nada. Y, sin embargo, hay que registrar la frecuencia de un inconsciente enmascaramiento de Dios detrás de su Iglesia, que se refleja en la sustitución de la vida *religiosa* por la vida *piadosa*, de la *religión* por la *moral*, y por una moral de *vicios* más que de *virtudes* y de sutiles distinciones entre lo venial y lo mortal, el precepto y el consejo. A la predicación viva y concreta sustituye la predicación abstracta, con sermones alternativamente grises, de aridez teológica e inoportunas citas latinas, o rosas, de pura sensiblería. Se diría que somos no un incendio, sino un seguro contra el fuego, y hasta, humanamente, el estilo de muchos sacerdotes tiene demasiada azúcar y muy poca sal. ¡Cuánto bien nos hizo verlos en el frente, vestidos de caqui! Porque no les pedíamos prudencia ni que fuesen lo que el bueno de Pepón, en la novela de Guareschi, llama curas "clericales". Y lo peor es que la postura se corrió al seglar, y apareció así, como caricatura del sacerdote "prudente", el seglar "frígido"; el "micropsíquico", siempre de luto, circunspecto, piadoso y sacristanesco. Pero tan poco amor y tanta medida, cuando el Cristianismo es la falta de medida; ese reducir la religión a Derecho, para disecarla y clavarla con el alfiler de un sistema, y concebir la Gracia no como alimento que nos fortalece, sino como un vaso de finísimo cristal que llevamos entre las manos, con miedo de que se nos rompa al menor tropiezo; ese vivir en gracia, no "de" la gracia, ¿no podía crear la idea de que el catolicismo era incompatible con la *gallardía?* Había unos beneméritos "católicos sociales", con más de sociólogos que de sociales. El matiz sutilmente peyorativo que el término adoptó, ¿por qué se explica sino porque había más de temor que de amor en ese catolicismo? El católico era el perenne encogido, limitado a replicar a las cuestiones que otros planteaban. El católico le tenía miedo a todo: al cine, a la radio, al pensamiento moderno, al obrero, al seglar. Había una ecuación entre catolicismo, cabeza ladeada y dulzonería. ¿Qué era el catolicismo sino una religión de mujeres y de niños? Naturalmente, esto no es lo que pienso; pero sí lo que podría pensar un joven español hace veintitantos años, se lo confesara a sí mismo o no. Que algún fundamento tenía, lo prueba el que hoy se insista en la base humana del catolicismo y triunfen libros con títulos tan significativos como *El valor divino de lo humano.*

No quisiera dejar de recordar a los sacerdotes ejemplares que Dios ha puesto en mi camino, y han sido para mí todo lo que los seglares exigimos al sacerdote, y carecemos de piedad para exigirles todo los que no somos nada. Pero no puedo disimular el hecho de que en el sacerdote, en general, no hemos encontrado siempre lo que necesitábamos.

LA GUERRA

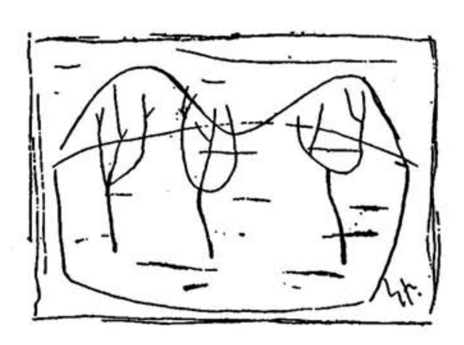
Lo que necesitábamos nos lo dió Dios con la guerra.

Entonces se comprobó que nuestro catolicismo no era sólo rutina. La persecución revalorizó lo que dormía en el fondo de tantos jóvenes, que, en 1930, estaban "en contra", y, en 1933, estaban "al lado". Aquella reacción, en sus últimas instancias, era religiosa; pero inmediatamente era política, y esta alianza, que era lícita y obligada, fué providencial, porque nos hizo sentir el ser

católico como algo gallardo y borró definitivamente la equiparación del católico con el beato.

Nuestro catolicismo vive de ahí; se lo debe todo a la República y a la guerra: a la persecución. Esta nos lo hizo profundo. Obligó a defender hasta la muerte algo que no se había sabido vivir. Pero de ahí nació el intento de profundizar más aún al desechar el simplismo de "buenos" y "malos" y aprender que la culpa no fué enteramente de los quemaiglesias, y que sobre nosotros, "los buenos", pesaba una difusa, pero agobiadora responsabilidad colectiva anterior.

Las vocaciones religiosas fueron las primeras consecuencias de la guerra, y, en mayor grado, para los que vivieron en zona roja y tuvieron la gracia de un mayor sufrimiento. Pero esas vocaciones fueron sólo la avanzada de una vocación general de todo nuestro catolicismo, cuyos practicantes, burgueses en su casi totalidad, tuvieron que enfrentarse, recién ganada la guerra, con el hecho de que una gran parte del país vivía fuera del catolicismo.



II. SITUACION RELIGIOSA DEL PROLETARIADO

La consecuencia es que, lo que en el campo puede llegar a ocurrir, se ha verificado ya en las grandes ciudades: el pobre vive fuera del catolicismo. ¿Somos por eso lo que los franceses llaman *país de misión?* No lo parece. Psicológicamente, el pueblo sigue siendo católico, y aún más que psicológicamente, como ocurre en los últimos momentos y en las ocasiones trascendentales de la vida. Pero si el número de los que manifiestamente no creen en Dios es más reducido de lo que se piensa, es más impresionante el de quienes no creen ni en los *cristianos* ni en la *Iglesia*, y esto nos plantea el más importante problema que tenemos ante nosotros.

La raíz está en el carácter mutilado y contrahecho de nuestro catolicismo.

En un consultorio de cualquier revista religiosa corriente, los lectores plantearán problemas como si pueden beber o comer antes de la comunión, comulgar con impermeable plástico o hacerlo el día siguiente de la boda; si es pecado ir a Misa para ver cómo ayuda el Santo Sacrificio un chico que le gusta a la consultante, o si lo es, en una telefonista, escuchar las conversaciones de los novios, aparte las interminables cuestiones sobre bailes, pinturas, trajes de noche y medias de cristal. Las consultas "sociales" apenas pasan, en media docena de números, de la de una criada que se lleva cosas porque le pagan mal y el propietario de un automóvil que duda si debe subir a él a los peatones que se encuentra en la carretera. Todos en España se confiesan del sexto mandamiento. Viven bien o mal, pero pendientes de él. Nadie se confiesa de los deberes sociales, que reducimos a una caridad ridícula y anacrónica. Vivimos un catolicismo cuya aspiración se cifra en salvarnos aisladamente. No tenemos idea de que existe un prójimo; ¿cómo vamos a tenerla de que hay que auxiliarle económicamente? Y, sin embargo, el sentido social no es un apéndice del cristianismo; es "el" Cristianismo, la afirmación de la solidaridad entre los miembros del Cuerpo Místico. Cuando ese sentido se enfrenta en nosotros con el sentido burgués del provecho individual, vence éste. Lo que se da al prójimo es por pura defensa. ¡Qué bueno sería que pudiéramos de veras decir—como señalaba alguien—, dirigiéndonos al pueblo y parafraseando los versos célebres, "que sin el socialismo yo te amara y sin el comunismo te quisiera"!

La consecuencia lógica es que en el proletario se mantenga un clima de lucha de clases; que no espere nada de la reforma de las costumbres y sí de la reforma de las estructuras, pero de la impuesta violentamente. Pues lo mismo que los intelectuales se afiliaban hace años a los que tenían la bandera de la modernidad, el proletario se mantendrá fiel a los que tengan efectivamente el sentido de lo social.

En segundo lugar, el proletario no cree en la Iglesia docente. Se dirá que ésta ha enseñado sus obligaciones sociales a los cristianos y que no es culpa de ella si no son obedecidas Encíclicas papales y Pastorales de obispos. Pero ¿es verdad que ha predicado todo lo necesario? Sobre todo, ha predicado sin concretar y con demasiada prudencia. La Iglesia, para el proletariado, es burguesa, y en gran parte se debe a la propia Iglesia. Pensemos en las repercusiones del funcionarismo o en los aranceles. En general, no repugna pagar; pero sí que, según se pague, así son los servicios. No es problema de derechos, sino de oportunidad, y lo mismo podemos decir de la falta de gallardía, que hace que, para el proletario, el sacerdote sea, con palabras del P. Florentino del Valle, jesuíta, como "un apaga incendios", asustadizo y con modos de vaselina. Se explica que la Iglesia tenga que atenerse en su predicación a las características de aquellos que casi exclusivamente van a escucharla; pero el hecho es que, por motivos legítimos o por imperfección del sacerdote y del católico en general, el obrero en el templo no se siente *en su casa*. Sabe perfectamente que a menudo se entenderá cristianizarle como aburguesarle, y comprende que, en algún sentido, esto será hacer de él un traidor a los suyos. En teoría, la iglesia está abierta al obrero; en la práctica, le está cerrada. En sus murallas estamos nosotros: sus celosísimos defensores. Tan celosos que acribillamos al que se acerque a la puerta. ¿Buenos cristianos? ¡Desde luego! Pero nos hemos convertido en los espantapájaros del templo.

Algunos proponen como remedio deshacerse del Estado, porque perjudica

a la Iglesia su conexión con el Poder y con un fenómeno de "inflación religiosa", que puede arrastrar a la Iglesia en su desprestigio. Pero no sería justo ni hábil extremar la nota y olvidar: primero, que el Estado es un instrumento extraordinario para actuar sobre la sociedad, y que sus inconvenientes son menores que sus ventajas; y segundo, que los defectos del Estado son los defectos de los mismos católicos, que, sin protección oficial, despertarían las mismas suspicacias que hoy despiertan con ella. La cuestión es saber utilizar el Estado, y, de manera análoga, que la Iglesia se sepa presentar recatadamente. Un catolicismo demasiado público valdrá en el campo o en un clima tradicional; es contraproducente con el obrero. Recuerdo una procesión en que se invitaba a ir de uniforme o de frac; ¿se concibe el efecto que esto produciría en gentes para quienes—con razón o sin ella—el uniforme y el frac no tienen fuerza convincente alguna? A la misma Acción Católica (entre cuyos frutos, que no se trata de negar, está haber puesto en contacto a clero y fieles), ¿no le impiden sus exterioridades, sus insignias y banderas, llegar a donde llega el católico que es sólo de la que Aranguren llamó con ingenio la "Orden Tercera de la Acción Católica", y hace así un apostolado con la mínima visibilidad?

Más importante todavía es adquirir el sentido de que no somos una sociedad íntegramente católica. Saber ver, que es la cualidad de los católicos franceses, que el Papa ha ensalzado, y que a nosotros nos cuesta trabajo adquirir; por esto, al menor motivo, las palabras "demagogia" y "filocomunismo" asoman entre nosotros; apenas se trata de descorrer el velo. Porque no vemos, lo tenemos todo centrado en la parroquia tradicional. Se supone que todos los que viven dentro de sus límites son católicos por haber sido bautizados; pero, de hecho, la parroquia funciona sólo para los habituales, siempre los mismos. Y es que la parroquia ya no se puede concebir como centro de una Cristiandad constituída, sino como punto de partida para una Cristiandad que hay que constituir; para una tierra incógnita, cuyas fronteras pasan por delante de la puerta de nuestra casa. Se trata de entender que la red de la organización de la Iglesia, que llega a todos los rincones del país geográfico, está ausente de gran parte del que se ha llamado país sociológico, y de comprender que los de dentro (sí; los mismos feligreses distinguidos, que reciben invitaciones para la Misa del Gallo) no son los que más importan, sino los de fuera. Pero si Jesucristo se fué tras la oveja perdida, hoy dejamos escapar las noventa y nueve y custodiamos la única oveja fiel, hasta aburrirla tanto que se escapa también.

A los obreros tienen que ir obreros; gentes que hablen su lenguaje. No para hacer una Iglesia de pobres frente a otra de burgueses, sino para llevar a aquéllos a la Iglesia de todos. Pero los burgueses tienen posibilidades de actuación destacadísimas: en primer lugar, pueden no estorbar, y estorban el paternalismo, los golpecitos en la espalda, las comuniones con desayuno, las tómbolas y las funciones benéficas; en segundo lugar, pueden procurar desaburguesarse, en homenaje a sus hermanos. Desaburguesarse no supone renunciar a sus cualidades de clase (lo mismo que hay maneras *nacionales* de vivir el catolicismo, ¿por qué no va a haberlas de *clase?)*, pero sí a sus defectos, y convivir con el obrero (no basta conocer el problema social. Eruditos sociólogos no saben hablar con el obrero, no tienen nada de común con él. Necesitamos menos propaganda y más testimonios personales) y, sobre todo, ser cristianos, que es la manera mejor de desaburguesarse.

Vuelvo a decir que al tratar del problema social se piensa en las "obras" del cristiano más que en su "modo de ser", y esto es una equivocación; se llega prácticamente a un cristianismo que consiste en amar mucho al prójimo, pero poco a Dios. El burgués puede hacerse más cristiano. Es moda negarlo; pero la crítica de la burguesía, ¿no la hacen los mismos burgueses? ¿No hay un proceso de reincorporación a la Iglesia de la burguesía que corrientemente se menosprecia? Pues bien: una burguesía plenamente cristiana podría ir *directamente* al obrero, evitando el ruido de las "obras", que tan fácilmente pueden convertirse en rutina, y, sobre todo, crear la impresión de que la Iglesia es rica, puesto que tiene para dar, y de que va a cobrarse eso que da comprando la adhesión espiritual del obrero. Y el desafortunado abuso de terminología militar ("conquistar"... ¿para el Cristianismo?, el obrero piensa que para la burguesía) fortalece esa impresión. El apostolado directo no pone a la Iglesia en el papel de ir detrás del Estado, esperando a que éste realice un programa social para predicar después el Cristianismo, como el explorador va detrás de las cuentas de vidrio con que se gana primero la benevolencia interesada de los indígenas. No pone a la Iglesia en el riesgo de ser tomada por un simple programa social. La Iglesia no esperó a ver resuelta la esclavitud, ni debe esperar a ver resuelta la cuestión social. Para ello exige que se crea a los cristianos, y no sólo por sus obras, sino porque sus palabras produzcan la impresión de una religión nueva, vivida, que sea un escándalo para el mundo y no una parte del orden establecido.

Más que programa social, me parece importante que el cristiano burgués se haga cada vez más cristiano y menos burgués.

EL FARISEÍSMO

Nuestro catolicismo va para abajo en las masas; va para arriba en las minorías. No hay sino comparar el ambiente de 1936 y el de hoy. El vaso parece medio vacío, pero se está llenando. Se tiende a convertir el catolicismo ambiental en un catolicismo personal; el catolicismo de adhesión a una sociedad, en catolicismo de adhesión a Cristo; el catolicismo de una Cristiandad, que insensiblemente deja de serlo, en catolicismo de una Cristiandad que quiere volver a ser.

Nuestro defecto puede ser no saber ver; nuestro pecado, el orgullo. Debemos pensar no tanto que somos los mejores como que somos aquellos a quienes se mira más; que el católico español, por serlo, se presenta con un "plus" de catolicismo, y que, por ello, se ha de ver muy duramente juzgado cuando defraude. Acaso vivimos los católicos españoles del plazo que han conseguido para nosotros los mártires de nuestra guerra. El plazo está corriendo. ¿Podremos pagar cuando venza? Cuando cada día nos llega la hora de encontrarnos a solas con Dios, ¿qué podemos ofrecerle que sea de verdad nuestro, sino nuestras miserias, nuestra basura? Pero ésta es también una ofrenda cuando se presenta con la humilde convicción de que no tenemos cosa mejor. Lo que vale para cada uno de nosotros, vale para todos. ¿Qué catolicismo de qué país puede engreírse y presentarse como "el mejor"? Ningún síntoma mejor para el nuestro como que, no ya lo retórico, sino hasta la verdad, crea en muchos un cierto malestar, y que cuando el Papa habla de nuestro catolicismo "íntegro, recio, profundo y apostólico", pensaran bastantes que el hijo debe esforzarse por merecer más el elogio que al padre le dicta su amor.

Otro buen síntoma es que nos reunamos para hacer examen de conciencia, y no para comentar nuestras excelencias como el fariseo, y que, dentro de nosotros, los mejores tengan la necesaria humildad para aceptar que les acusen quienes, como el que os habla, posee menos títulos para hacerlo.

Jose M.ª García Escudero.
Alberto Aguilera, 26.
MADRID.



CAZA Y AMOR EN UNA SIESTA DE VERANO

POR

ANTONIO RODRIGUEZ HUESCAR

¡Qué congoja, Señor, en los agostos, la hora de la siesta! Todos se iban a las lóbregas cuevas del sueño, mis padres los primeros, dejándome en incomprensible abandono. Porque yo no podía dormir en aquellas horas de plenitud diurna. Lo intenté, ¡cuántas veces!, para escapar a la garra invisible de la soledad y... para hacer lo que todos hacían. Pero la vigilia en la oscuridad del cuarto, la forzada quietud sobre la cama sin deshacer, los ojos obstinadamente apretados, toda aquella falsa noche contra natura—¡en lo más glorioso del día, Señor, cuando el sol era un ascua y todo esplendía sobre la tierra!—eran tan opresivos, que me dolía insoportablemente el corazón y tenía que huir afuera, a buscar, por lo menos, la muda compañía de las cosas. Era como si todos se muriesen contra mí, con una burlona muerte de mentirijillas que tenía no sé qué de plácido y horrible.

Y entonces era el idear arbitrios para rellenar aquellas horas blancas. A veces eran lecturas bajo los polvorientos evónimos del patio, que habían crecido sin poda ni guía, anárquicamente (solía venir a rondar algún moscardón, zumbando en el silencio candente; si era negro, mensajero de desgracia, procuraba atraparlo; si rubio, nuncio de ventura, me dejaba arrullar por su zumbido). Otras veces acudía a mi arsenal de objetos inútiles, en una bodega abandonada que había en el corral, y me entretenía fabricando estructuras de extraño aspecto y función desconocida; lo importante era conseguir sólidos ensamblajes entre trozos de cosas heterogéneas, de los que resultaban casi siempre monstruosas máquinas paralíticas. También me ocurría en ocasiones no hacer nada, asaltado por el tedio y la desgana; me entregaba en los lugares más insólitos—el peldaño de una escalera, el quicio de una puerta, la cama de un arado—a caprichosas ensoñaciones, o me dejaba visitar en mi yermo de sueño por tentaciones precoces. Otras mil variantes tácticas ensayaba en mi guerra contra la soledad; pero siempre, siempre, mi distracción se edificaba precariamente, sobre un subsuelo de angustia. Nadie comprendería nada de mi agonía, y yo la

celaba cuidadosamente, para no caer en ridículo ante las buenas gentes que podían dormir sin empacho en la comba del día.

Aquella tarde, sin embargo, había encontrado un estupendo recurso, y allá me iba, con corazón impaciente, a ponerlo en práctica. Llevaba en el bolsillo mi tirador nuevecito, de fuertes gomas cuadradas, recién compradas en la tienda de Rodrigo, y magnífica horquilla de hierro retorcido, que me había forjado Desiderio, el hijo del herrero; el chinero era de un cuero muy flexible, que había recortado yo mismo de una bota de montar vieja que encontré en un rincón del ropero. En otro bolsillo llevaba mi buena provisión de perdigones. Sencillamente, iba de caza. Sería aquél un honroso desquite. Cuando ellos despertasen, yo los asombraría con mi botín. Podría decirles: "Mirad lo que he hecho mientras vosotros roncabais." Y les mostraría con orgullo veinte gorriones muertos colgando de mi cinto. Había elegido como cazadero la cámara del Quinto, el viejo peón caminero jubilado, desde cuya ventana casi se tocaba el ramaje de un paraíso, siempre cuajado de huéspedes sonoros.

La carretera estaba desierta, toda blanca en el sol de mediodía; el aire era caliginoso y sofocante. Un perro, tumbado en la escasa sombra del olmo desmochado que había junto a la casucha de Poncio el cabrero, jadeaba con la lengua fuera; sus ijares palpitaban con ritmo de fiebre. El animal cerró un momento las fauces al pasar yo y me miró con unos ojos desesperados. En las eras había poca actividad a aquella hora. Sólo dos o tres trilladores habían recomenzado su tarea monótona, casi tantálica, de dar vueltas y vueltas a la parva con sus trillos arcaicos de pedernal. Uno de ellos era Garduña, el muchacho forastero que servía con el hermano Arcángel, el avaro. El fuego blanco que caía del cielo era tan aplanante que ni siquiera Garduña, que se pasaba el verano como la cigarra de la fábula, tenía en aquel momento ánimo para cantar. Los conos y heces de paja rebrillaban como una nieve seca y ardiente, y las hacinas de mies sin triturar parecían túmulos amarillentos ante el desamparo de la llanura, abrasada en su soledad de tierra sorda.

Fuí andando despacio, para no atraer la curiosidad maliciosa de Garduña; con fingida indiferencia, como si jugase, hundía los pies y abría surcos en la espesa capa de polvo que colmaba los relejes de la carretera; la ilusión de mi pequeña arma, que acariciaba en el bolsillo, me impedía sentir la flama que incendiaba el aire.

La casa del Quinto, la última del pueblo, estaba recién blan-

queada, y la cal relumbraba en las paredes cegadoramente. Empujé la puerta, entornada como de costumbre, y entré en el zaguán, apartando una cortina de dril descolorido. Me bañó una penumbra fresca, que al principio me pareció oscuridad completa. Sólo veía, al fondo del segundo zaguán, una rendija de luz que filtraba la puerta del patio. Por ella entraba también, tamizado, el piar de los gorriones. Como grotesco contrapunto, se oían los ronquidos acompasados del Quinto, que sesteaba en la alcoba de al lado. Olía a pan tierno y a guiso con muchas especias.

Me detuve un poco, para acostumbrarme a la oscuridad, y una gota de sudor me resbaló, ya fría, por la mejilla. Pronto comenzaron a hacérseme visibles las litografías ennegrecidas y muy manchadas de moscas que colgaban de las paredes. Representaban combates—navales y terrestres—de la guerra rusojaponesa. Desde fuera, del otro lado de la carretera, me llegó escarabajeando perezosamente la voz chillona y destemplada de Garduña, que se aventuraba al fin, en su feroz aburrimiento, a marear desganada en la calma chicha de la siesta. Cantó:

Porque registré un baúl
me llevan a la perrera.
¡A naide qué se le importa
que registre lo que quiera!

La voz arrastraba y parecía quemarse, retorcerse y crepitar, apenas salida de los labios de Garduña, agrietados y blancuzcos. La copla aquella, solitaria y absurda en medio de la vasta desolación ardiente, me llenó de pronto, no sé por qué, de tristeza y desasosiego. La última sílaba se evaporó en el aire con un chirrido sordo de gota de agua en contacto con un hierro al rojo, y otra vez dominaron los ronquidos del Quinto, graves y monótonos, aventando silencio como un fuelle tenaz desde la fragua oscura de su sueño.

Tenía sed. En el vano, entre los dos zaguanes, pendía la jarra de Andújar, aquella jarra tentadora de la que el Quinto no permitía beber a nadie. Como estaba demasiado alta para mí, acerqué una silla con cuidado y, subiéndome encima, abracé el redondo cuerpecillo rezumante y hundí la boca en la fresca corola de cuatro lóbulos, en largo, deleitoso trago. Se removieron dentro oscuros cristales, olí el barro mojado y escuché con delicia el cloclo del agua al verterse de la alcarraza en mi garganta. Bebí hasta saciarme, y creo que aquella audaz violación de las sagradas leyes de la casa me infundió coraje para seguir adelante con mi propósito.

Desde el segundo zaguán, levantando otra cortina desteñida,

entré en una estancia ancha y totalmente en tinieblas. Era una pieza destartalada y sin muebles, que sólo servía de paso. La alcoba del Quinto se abría a esta habitación, y sus ronquidos sonaron ahora temerosamente próximos. Busqué a tientas la estrecha escalerilla, la subí sigilosamente, y, ¡al fin!, me encontré en la cámara.

Era ésta un largo desván que atravesaba todo el espesor de la vivienda, desde la fachada de la carretera hasta el interior del patio-corral. Dos ventanucos, uno en cada fachada, lo iluminaban malamente. Había allí horcas de ajos y ristras de guindillas secas, racimos de pasas y algunas tripas de manteca amarillenta, colgando de las vigas, y en un rincón, un montón de panochas roseteras. Trastos diversos aparecían en desorden aquí y allá: un botijón verde, vidriado, cubierto de polvo y grasa y atado con un vencejo, que servía para llevar el aceite en el hato de la siega; tres cántaros sin estrenar, de carnación rosada y gris; un escardillo, una artesa, dos escobas de heno, unas devanaderas rotas del año de la Nana, un quepis mugriento de peón caminero junto a unos atelajes de burro, pendientes de estaquillas clavadas en el muro...

Como la cámara carecía de cielo raso, hacía en ella un calor de horno. Por el ventanuco que daba a la carretera y al campo caía casi a plomo sobre el suelo de yeso una cuchillada de sol, y en la faja de aire que transía danzaban moscas y partículas de polvo. Me acerqué a mirar: las eras absortas en el gran fuego meridiano, los haces de cegadora paja, las hacinas tumulares de mies amarillecida, los cansinos tiovivos sin alegría—las norias secas—de los trillos; más allá, la llanura pelada, rastrojada, de una grisura blanquinosa y trémula, fundiéndose con el cielo en la unánime reverberación desamparada. Garduña ya no cantaba. Bajo su astroso sombrero de palma, era una especie de erguido andrajo gobernando su trillo de pedernal. El hermano Arcángel salió renqueando de detrás de una hacina, empuñó una horca y se puso a revolver la parva despaciosamente. Un silencio mágico y cargado de un tedio infinito envolvía el mundo. Sólo el piar sofocado de los gorriones, que entraba por la otra ventana, y los ronquidos, ahora amortiguados, del Quinto, trazaban íes y más íes en su plana blanca.

Súbitamente, un crío comenzó a gritar con furia en alguna casa de la vecindad. Luego se oyó una joven voz de madre, aplacadora primero, y después también enconada. El lloro se apagó tan de repente como había surgido—vi con la imaginación un pecho henchido saliendo de una chambra y unos labios moradillos agarrándose ávidos al pezón—, y el silencio cerró otra vez sus aguas sobre la tarde. Todo el pueblo parecía dormido, muerto, bajo la cantá-

rida del sol. Y la tierra calcinada, tendida boca arriba hasta los cerrillos calvos del horizonte, yacía muerta también. Sentí unos deseos locos de ponerme a llamar a voces a Garduña y al hermano Arcángel, únicos seres vivos en aquel mundo muerto en el sol. Pero... ¿es que siquiera ellos estaban vivos? El hermano Arcángel no pensaba más que en "arrebañar perrillas"; ni tenía amigos ni reconocía parientes. Se decía que almorzaba con un diente de ajo y cenaba con un tomate. Al pobre Garduña lo explotaba, lo exprimía, vigilándolo sin descanso. Y Garduña, por su parte—así llamado por sus redondos ojillos pardos y su cara astuta y afilada, llena de pecas y de empeines, sí que también por sus constantes raterías—, hacía lo que podía por amolar al viejo. Eran como dos extraños insectos, siempre enzarzados en su lucha bizca y tozuda. A su manera, vivían, pues, íntegramente el uno para el otro, y no querían ni podían existir para los demás.

No sé que impulso angustioso me movió a cerrar de golpe el postigo de la ventana. El ruido que hice me pareció estruendoso, y tuve miedo. "Si se despiertan y me sorprenden aquí—pensé—, es seguro que me toman por un ladrón." Me sentí abochornado ante este pensamiento, asombrado de que no se me hubiera ocurrido antes, ni siquiera cuando bebí de la jarra de Andújar. Veía ya los rostros severos de mi padre, del maestro, del cura; las lágrimas de mi madre; las burlas de mis compañeros de escuela—¡tal vez acabarían llamándome también Garduña!—. Y como si el Quinto hubiese sorprendido misteriosamente mi pensamiento desde la resonante caverna de su sueño, dió ahora un fuerte ronquido, mucho mayor que los anteriores, y se calló. Esperé largos instantes sobrecogido, reteniendo la respiración. Oí abajo el chirrido de una puerta y un ruido confuso de pasos. ¿Huir? Sí, fué mi primer movimiento; pero me di cuenta en seguida de que ya no era posible: el Quinto me vería. Y tal vez descubriese también el desaguisado de la alcarraza... Ahora los pasos se aproximaban, parecían subir la escalera. ¿Qué iba a hacer, Dios mío, cuando la puerta se abriese?... ¿Me escondería?... Una ansiosa mirada en derredor bastó para disuadirme de tan torpe proyecto. No había allí escondite medianamente apropiado. El apuro y la urgencia me aconsejaron la solución más sensata, que era decir la verdad. Corrí de puntillas al ventanuco del patio y aeresté mi tirador. En el mismo instante... volví a oír los ronquidos regulares del Quinto. Rapidísimamente comprendí: los pasos que subían la escalera eran más leves que los del Quinto. ¿Serían los de la hermana Alejandra, su mujer? Esta suposición me alivió mucho. A la hermana Alejandra no la

temía: era inofensiva; el Quinto la trataba a batacazo limpio, "la traía mártir", como decían en el pueblo, y ella, siempre sumisa y atemorizada, procuraba existir lo menos posible. Además, a mí me quería bien, porque era amiga de mi madre, y a veces me daba golosinas—orejones, melcocha o arrope, según la ocasión—de las que confeccionaba para el Quinto, que era muy galgo.

La puerta se abrió. Nueva sorpresa. La persona que entraba era mucho más menuda que la hermana Alejandra. Como había cerrado el postigo de la ventana que estaba junto a la puerta, no se veía bien en aquella parte de la cámara; pero sí lo bastante para saber que se trataba de una muchacha. Ella se paró al verme y retrocedió un paso. Luego vino hacia mí lentamente. Reconocí a la Sole, la sobrina del Quinto, a la que éste y la hermana Alejandra, que no tenían hijos, hacían vivir con ellos temporadas enteras.

—¿Qué haces tú aquí?—me interrogó, con la autoridad que le daba el ser familiar de la casa.

Le indiqué por señas que no alzase la voz, y le mostré con el tirador el ramaje del paraíso.

—He venido a matar pájaros... Para estrenar mi tirador...—le dije en voz baja, acercándome a su oído.

Ella no pareció muy satisfecha. Se apartó un poco y siguió hablando en voz alta.

—¡Bueno!... ¡Vaya susto!... Yo que pensé que serían las ratas...

La situación me sugirió una brillante idea diplomática: soborno. Rebusqué en mi bolsillo y saqué una bola de cristal que tenía dentro espiras de colores. A la Sole se le encandilaron los ojos.

—Toma, te la doy.

Pero ella no hizo ademán de cogerla. Apretó los labios y se puso a mirar con recelo, alternativamente, a la bola y a mí. Era evidente que temía alguna burla. Aquellas bolas, que me había enviado mi padrino desde Madrid, eran la envidia y la admiración de los muchachos del pueblo. Y no se regalan así como así semejantes tesoros.

—¡Tómala, tonta!—insistí—. De verdad, de verdad, que te la doy.

Al fin se decidió a tomarla, y la guardó codiciosamente en el bolsillo, tapándola con el boruño de su pañuelo.

—Ahora, di—me pidió muy seria—:

"Lo que se da no se quita,
que hace Dios una gorgorita
en el ojo derecho."

Cuando hube repetido la fórmula sacramental del pacto, se sintió completamente tranquila, y, tomando un aire de complicidad encantador, se me acercó para mirar también por la ventana. Ahora sí hablaba en voz baja, susurrante casi.

—No voy a decirle nada a mi tío, ¿sabes?... Desde aquí se matan muy bien pájaros, ¿eh?

Había apoyado en mi hombro su manecita e inclinaba gentilmente a un lado la cabeza, como buscando descubrir entre el ramaje todas mis víctimas inminentes. Sus ricillos rubios rozaban mi mejilla, y yo me sentía muy feliz, creyéndome el héroe—medieval, naturalmente: mi tirador era una ballesta—del folletín caballeresco que estaba leyendo aquel verano. Por el ventanuco entraban, con la algarabía de los gorriones, vaharadas de aire cálido, saturadas del aroma denso y agridulce del paraíso. ¡Qué distinto el mundo visto desde esta ventana del que momentos antes había divisado por la otra! Eran como los dos polos de la vida: allí estaban los pesados poderes que tiran de nuestros pies, aplastándonos contra la tierra; los ciegos fantasmas de la soledad, de la costumbre y del desaliento; aquí, las fuerzas levitantes del entusiasmo, de la aventura y de la poesía. Yo, con mi portazo, había aniquilado aquellos vestiglos maléficos y había suscitado la presencia de estos nobles espíritus, propicios y vitalizadores. En fin, algo así, aunque no de esta manera expresa, era lo que yo venía a sentir en aquel momento.

Tal vez fuesen aquellas confianzas de la Sole las que me hicieron descubrir, precisamente entonces, lo guapa que era. Nunca me había fijado bien en la muchacha, ésta era la verdad; pero ¿cómo había podido no reparar antes, por lo menos, en la maravilla de aquellos ojos color de oliva, ligeramente achinados y con un tornasol de estrías doradas que los hacía refulgir tan vivamente en la morenez mate y atezada del rostro? Tal vez nunca los había visto tan de cerca, o con una expresión tan íntima, o con una luz tan favorable... No sé. El caso es que me sentía tan orgulloso de que la muchacha más guapa del mundo—pues desde aquel momento para mí lo era—se me mostrase tan amistosa y confiada (ya había olvidado completamente la bola de cristal), que quise demostrarle inmediatamente lo que yo era capaz de hacer.

—Ya verás.

Cargué mi tirador y apunté a bulto al paraíso, tendiendo las gomas hasta que la mano me tembló de puro hacer fuerza.

La perdigonada levantó una desbandada en el árbol y creó un silencio repentino. Un instante después se dejó oír una especie de

chillido en el patio, y nuestras dos cabezas se juntaron, asomándose al ventanuco. Un gorrión se debatía por el suelo, malherido.

Miré a la Sole. Sus hermosos ojos chispeaban de entusiasmo. Súbitamente se nublaron. "¡El gato!", exclamó, y escapó a correr, escaleras abajo. Yo la seguí; pero, la verdad, es que no participaba gran cosa de su entusiasmo. Desde que vi caído al gorrión tuve la sensación vaga de que algo sucio y cobarde se estaba infiltrando en mi aventura venatoria.

Cuando llegué al patio, la Sole había cogido el pájaro. Ya no aleteaba; solamente abría y cerraba el pico, como buscando aire, hasta que las blancas membranillas de sus párpados se abatieron una vez sobre el azabache de los ojos y ya no se alzaron más. Lo mirábamos nosotros sin decir palabra..., testigos únicos de aquella pequeña agonía bajo el gran sol indiferente... ¡Qué impresión tan extraña! Por vez primera se acercaban a aquel animalejo seres humanos. Aquella pluma revuelta de la pechuga, ¡cómo emanaba arisca virginidad! Nadie la había tocado jamás. Era pura, purísima y misteriosa naturaleza. La alisé con dedos temblorosos. ¡Qué reciente y somera se sentía aún la vida bajo el temeroso tacto! Y ¡qué conmoción honda, eléctrica, de milagro roto, de bárbara profanación, se comunicaba a la raíz de las entrañas!...

Mis ojos se alzaron, una vez más, a los de la Sole. Refulgían los suyos con todo el verdeoro de sus estrías. Eran más hermosos que nunca, y hasta, diríase, más... inocentes. ¿Por qué entonces, Dios mío, hube de asociarlos con los del gato, que tan vivazmente había ella recelado momentos antes? Y ¿por qué esta asociación se enlazó con otra aún más horrible: la de sus palabras en la cámara: "Yo que pensé que serían las ratas"...? No sé si por efecto de la carrera o por la emoción predatoria que la agitaba, se le había encendido el color y le palpitaban las aletas de la naricilla. Sus dedos, delgados y morenos, se cerraron nerviosamente sobre el tibio copo de pluma. Luego acercó mucho su cara a la mía—por un momento creí que iba a besarme—, y me dijo muy bajito, muy bajito, con una sonrisa voluptuosa: "Vamos a asarlo en la lumbre de mi tía."

Pero yo no podía apartar ya la mirada de aquella mano apretada, de la que pendía inerte la cabecita del gorrión. ¿Qué cosa confusa, inextricable, se estaba removiendo penosamente en mi conciencia, con un dolor hondo de desgarradura? Me sentía en ridículo, humillado, vencido, y, a la vez, a punto de ganar una dura batalla. Algo me atraía fascinadoramente y algo me repugnaba hasta la náusea. Estaban revelándoseme, quizá, sin yo saberlo,

las esencias eternas y contradictorias de la vida, y, también, verdades terribles de mi propio ser. Si hubiera podido traducirlas, tal vez hubieran sonado así: "El amor es un compromiso con la muerte." O bien: "Nunca podré ser un héroe y nunca, tampoco, podré renunciar a serlo." O, sobre todo: "El amor y el heroísmo son otras formas de la irremisible soledad del hombre." Claro es que yo no estaba entonces en condiciones de traducir nada. Bastante tenía con angustiarme e intentar desesperadamente conciliar lo inconciliable. Por eso, y porque la Sole me parecía ahora, en su inocente crueldad, más seductora que nunca, quise pensar, con un último esfuerzo de inconsciente hipocresía, que el pájaro yacía allí, en su mano, confiado y tranquilo como en una cuna, y que poco antes de morir habría agradecido que ella se acercase a recogerlo, y...

La evidencia entró en mí como un trueno y cortó en seco todo intento de componenda. Lo que el gorrión debió de sentir en realidad es que el mundo le abandonaba y se hundía en lo oscuro: en esencia, el mismo árido sentimiento que a mí me ganaba en la hora desamparada de la siesta. Sí, era aquello: la gran siesta del mundo, la terrible siesta del mundo. Cuando él cerró sus ojuelos, tan tristemente, le debió de parecer que era el mundo entero—su encendido mundo, hecho de pequeños placeres coruscantes, de hirvientes saetillas de deseo—el que cerraba los ojos y le volvía la espalda.

Un golpe de sangre—es decir, de vergüenza—me subió al rostro, no sé desde qué profundidades, y un malestar inaguantable me empujó lejos de allí.

Aun tuve la debilidad de disculparme con la Sole precipitadamente, balbuciendo no sé qué necia excusa de un deber olvidado, antes de salir corriendo. Al atravesar la penumbra de los dos zaguanes, los ronquidos del Quinto se me antojaron impregnados de una ironía tan bronca e inhumana que a duras penas pude retener las lágrimas, y cuando salí al deslumbramiento de la carretera no quise mirar a Garduña ni al hermano Arcángel; pero sentí clavarse sobre mi espalda, al tiempo que corría, las flechas torvas de sus risas.

¡Qué congoja, Señor, qué gran desolación, en los agostos, las horas blancas de la siesta!

Antonio Rodríguez Huéscar.
Fernández de los Ríos, 92.
MADRID.

PRESENCIA DE PEDRO SALINAS

POR

GUILLERMO DE TORRE

Se han cumplido dos años de su muerte. Después de *Insula* (Madrid), *Asomante* (Puerto Rico), *Número* (Montevideo) e *Hispanic Review* (Filadelfia)—que le dedicaron números especiales—; después de tantos artículos sueltos en otras revistas y periódicos, no llega tarde el homenaje de *Buenos Aires Literaria*, ni concluyen, probablemente, las recordaciones que habrán de tributársele, ya que su obra—quebrada en la mejor sazón—continuará comentándose, según aparezcan los textos inéditos, particularmente obras de teatro. Tampoco los valores humanos y morales de su ser perderán vigencia en el recuerdo de cuantos le tratamos y quisimos.

Presencia viva la de Pedro Salinas. Viva en sus libros, en sus cartas, en su humanidad afectiva y en las resonancias de su espíritu. Al hilo de varias obras suyas, y en el transcurso de los años, hube de publicar varios artículos. Pero hoy no he de ceñirme a ninguna obra determinada, como tampoco a ningún aspecto concreto de su rica personalidad. Prefiero evocarle en conjunto, sin particiones ni despedazamiento, ya que, en definitiva, la valía y la significación de espíritus como el de Salinas radican en su "integridad", dando a esta palabra todas sus acepciones. Pero ¿qué recuerdos evocar, qué imagen suya preferir? ¿Cómo operar un corte preciso en la sucesión de "años y leguas" que anduvo nuestra amistad? Madrid, París, Santander, Sevilla, Cambridge fueron las ciudades europeas donde más frecuentemente se vió; en varias de ellas se cruzaron nuestros pasos o convivieron cotidianamente nuestras vidas.

Le reveo, ante todo, físicamente. Hombre de gran talla, siempre un poco perdido en sus ropas, en sus cuellos demasiados holgados (el gordo glandular que se propone adelgazar y por temporadas lo consigue), en sus corbatas verdes, en sus ojos claros que, con su tono albino y su acento tan permeable a la influencia de otros idiomas, le daban al pronto un aire algo nórdico. Apresurado, urgido, con ese mismo ritmo alacre, borboteante, de sus poesías; cordial, abierto, pero sin estridencias efusivas; guardador de distancias; con esa mezcla de distinción y campechanía que hacen al

madrileño cabal. Señorito sin "señoritismo" e intelectual sin tiranías de exclusividad; vertido sobre la vida, dispuesto a gozar sus asombros cotidianos, buscándoles su esguince lírico humorístico. Sí, también él—al modo de Unamuno—, según ha escrito su compañero de toda la vida, Jorge Guillén, padecía "la enfermedad de Flaubert"; esto es: la fobia de la tontería, la sensibilidad para alumbrar al paso los Bouvard y Pécuchet transeúntes; hacíalo sin cólera ni maldad, por pura diversión interior y goce de los contrastes. Amigo extremado de sus amigos, pero sin incurrir en el espíritu del clan. Cierto es que la generación de poetas a que pertenece el autor de *La voz a ti debida*, no encontró más constante valedor que Salinas. Pero aun practicando, por momentos, respecto a ellos, lo que Thibaudet llamó "la critique de soutien", estuvo limpio de unilaterismo, puesto que también acertó a ver otras regiones más que la suya privativa. Poeta, sí; ya que aun accediendo luego con soltura y pleno dominio a otros géneros, mantuvo sus preferencias iniciales. Pero su poesía no era excrecencia ni paramento ocasional; era permanente y portátil, en el sentido de que sabía llevarla a la visión cotidiana de todas las cosas; sin aislamientos, mezclándola con la vida, buscando transfigurar ésta al subrayar relieves y alumbrar sorpresas.

¿Cuándo nos vimos por primera vez? Probablemente hubo de ser en el Ateneo, cuya galería de retratos guardaban todavía, en los años subsiguientes a la primera guerra, fulgor y prestancia del siglo XX y era lugar de encuentros literarios. Salinas venía de París, donde acababa de pasar algunos años como lector de español en la Sorbona—allí le reemplazó Guillén, sombra amiga, como luego habría de sucederle en Sevilla, en Wellesley—; traducía, recreaba a Proust. Era—nos parecía, sobre todo—un mayor. De ahí que su aparición literaria nada temprana, *Presagios,* en aquellos delgados tomitos britanizantes de "Índice", le revelara más definido y maduro de lo usual. Nuncio de su paralela vocación novelesca, fueron aquellas siete tenues narraciones de *Víspera del gozo, donde* había mucho más de las simples secuencias proustianas y giraudouxianas que algunos quisieron ver. Salinas va y viene más allá de las fronteras, desde su casa nativa, en el riñón de Madrid (la Plaza del Conde de Barajas, creo recordar, a la vera de la Cava Baja y a dos pasos de mi solariega Plaza del Cordón); pero se nos escabulle por temporadas.

Le reencuentro años después, en una primavera de París. Perito en la ciudad, sabedor como pocos de sus rincones. Almorzamos en un restaurante cerca de les Halles aux Vins: habitación de papel

rameado en las paredes y espejos con grasas. Al ordenar su minuta, descartando asombros de mi mujer, nos dijo: "Culinariamente, nada de exquisiteces; soy un Cejador. Los platos fuertes, la verdad sin tapujos, el *realismo cimarrón...*" Luego pasamos la tarde divagando por los alrededores de Notre Dame y los muelles. Reveo su gozo entrando en las tiendecillas de cachivaches y baratijas refinadamente cursis: postales bordadas, pisapapeles donde se ve caer la nieve. Como su único viático es la valija del conferenciante, paga su tributo en el Instituto Hispánico: recuerdo su visión de *Azorín* como el hombre que se inclina junto a un farol de gas para escuchar su soplido.

Al reinstalarme en Madrid, nuestras casas caen a pocos metros de distancia—finales de Velázquez, Diego de León—; después, una vecindad todavía más próxima: nuestras meses frente a frente, todas las tardes, en un vasto salón del Centro de Estudios Históricos. Pero ¿qué hacemos nosotros aquí, sencillos escritores del siglo XX, bajo este glorioso pabellón medieval? "Precisamente—me ha dicho Salinas, venciendo mis últimos escrúpulos, cuando me instó a acompañarle en tareas parauniversitarias—ahorrar trabajo a los que vengan después de nosotros; hacer, desde ahora para el siglo XXV, lo que don Ramón y los suyos están haciendo para los siglos pretéritos: archivar la historia literaria al día, recoger esos menudos datos que luego suelen perderse..." De ahí la puesta en marcha de estos Archivos de Literatura Contemporánea y los cuadernillos de *Indice Literario,* alardes de objetividad. Pero su distraída y a la par fastidiosa redacción viene a recaer casi enteramente sobre mí, porque Salinas no está media hora seguida en el mismo sitio y salta de despacho en despacho. En el piso de abajo tiene el de la secretaría de la Universidad Internacional de Verano. Otra "invención" suya, creada como resultado de su optimismo contagioso tras una conversación con Fernando de los Ríos, ministro de la República. "¿Qué van ustedes a hacer con el Palacio Real de la Magdalena? ¿No se les ha ocurrido convertirlo en foco veraniego intelectual?" Y, efectivamente, a los pocos meses la máquina se puso en marcha: estudiantes y profesores de muy diversos países poblaron sus salones; las clases se abrieron en unos pabellones levantados sobre lo que antes habían sido las caballerizas reales. Y a esta Península llego un día—desde una playa próxima a Santander, Somo, donde veraneo, donde también están Jorge Guillén y otros amigos—para ver a Salinas, como gran director de ceremonias, y a Federico, con su "barraca", en el estreno de una égloga de Juan de la Encina.

Después, al año siguiente, brutalmente, el estallido de la catástrofe del 36. Salinas había preparado ya su viaje a Norteamérica desde unos meses antes, contratado por la Universidad de Wellesley. ¿Presagios? Más bien "seguro azar". Pero la distancia le dolía quizá más que a otros por la extranjería idiomática. El testimonio de su irrestañable nostalgia española quedo dolorida, inequívocamente expresado, en alguna de sus últimas cartas que publicó Dámaso Alonso.

También otros amigos guardamos numerosas pruebas epistolares de esa herida sentimental. Algún día, un curador tan devoto de las imágenes literarias y amicales como Juan Guerrero podrá realizar su proyecto de publicar el epistolario saliniano; completará la fisonomía del conversador, del conferencista cautivante. Salinas, aunque no de modo regular, correspondía con largueza y placer. Por algo, en uno de sus mejores libros y también el menos conocido, *El defensor* (publicado por la Universidad Nacional de Colombia), hay una tan hermosa "defensa de la carta misiva y de la correspondencia epistolar", enderezada contra la decadencia y torpe descrédito del género. Seguramente el impulso inicial de tal apología le fué dado por su reacción contra cierto letrero norteamericano de las agencias cablegráficas, que ya le habíamos oído critical verbalmente: "*Wier don't write*, (No escriba, telegrafíe.)" "Por atrevido que parezca—replica Salinas—, yo proclamo este anuncio el más subversivo, el más peligroso, para la continuación de una vida relativamente civilizada en un mundo todavía menos civilizado. Sí, es un anuncio faccioso, rebelde, satánico; un anuncio que quiere terminar nada menos que con ese delicioso producto de los seres humanos que se llama la carta. Tan santa indignación me produce, que tengo hecho ánimo de formar una hermandad que, a riesgo de sus vidas, recorra las calles de las ciudades, y junto a esos rótulos de barbarie, escriba los grandes letreros de la civilidad que digan: "¡Viva la carta! ¡Muera el telegrama!" Los que perezcan en esta contienda, que de seguro serán muchos, se tendrán por mártires de la epistolografía y en los cielos disfrutarán de especiales privilegios, como el de libre franquicia para su correspondencia entre los siete cielos y la tierra." Recuerdo que al leer ese ensayo, originalmente publicado en una revista, hube de escribirle mi solidaridad, y él me replicó al punto desde Puerto Rico (11 de mayo de 1946): "¡Cuánto le he agradecido su carta! No sólo por sus apreciaciones extremadamente generosas, no sólo por el recuerdo, sino por la actitud total que ello revela, y que va siendo cada vez más rara en nuestros días, de

convivencia amistosa, de lealtad franca, de *projimidad.* ¿No es notable que según crecen los modos de comunicación parece como si las gentes se encerraran más y más en su ámbito inmediato y su horizonte personal?"

Hablaba así, además, el hombre que, por la razón ya antedicha de su extranjería, en un ámbito idiomático y espiritual distinto, valoraba doblemente la intercomunicación amistosa. Por eso—decíame en la misma carta—había pasado tres años "muy felices" en Puerto Rico; por el mismo motivo, algo después, tras haber hecho un viaje de conferencias por Colombia, Ecuador y Perú, me escribía desde Baltimore (2 de enero de 1948): "He aprendido mucho de ese misterioso mundo de lo hispanoamericano, del que tanto tenemos que aprender los españoles... He conocido a algunos jóvenes y no jóvenes de interés literario e intelectual. Usted, amigo mío, como vive en una magna ciudad de lengua española, no se da cuenta de que los que residimos en país de lengua extraña somos dos veces desterrados. Vivimos en un mundo de incógnito, en cuanto escritores. Y apenas se sale, y se penetra en el mundo lingüístico hispano, se retorna al medio normal de nuestra actividad literaria. Esas seis semanas de rodar por aires donde se habla español, me han animado un poco y distraído un poco de mis cuitas, que luego le explicaré." Estas respondían a lo antes plañido: había escrito "más de diez obras teatrales en un acto y dos en tres actos"; quería ver alguna representada; darse cuenta de "si existían teatralmente", y le faltaba el contacto, la presencia en los medios donde tal cosa pudiera realizarse. Quiso conocer los demás países de Suramérica; quiso llegar a Buenos Aires; lamentablemente no llegó a arbitrarse el medio. Tornaba, pues, a franquearse conmigo, a dolerse de su "doble condición de desterrado". "Verá usted—escribía—que me preocupa mucho estos últimos tiempos toda esa problemática del escritor y su mundo, o creador y sociedad. Me parece que va a ser uno de los temas de nuestro tiempo. Y que valdría la pena que persona como usted se acercara a él, a fondo y sistemáticamente. El destierro, en extranjería, es *per se* una situación humana; cuando el desterrado es escritor, se origina una nueva situación especializada: el desterrado en cuanto escritor, de la cual sale otro nuevo efecto humano. Hay ahí todo un mundo de curiosísima exploración. Lo que me pasa a mí es que he llegado a él no por discurso y abstracta vía, sino por experiencia. Porque se sufre, en mi caso, de dos males: destierro de España y distancia, alejamiento de los centros culturales de habla española, como ese donde usted vive."

Sin embargo, no por ello dejaba de sentir y valorar cabalmente

los beneficios del medio norteamericano. A reserva, claro es, de permitirse discrepancias, allí recibidas con mejor temple que en los países hispanoamericanos. Norteamérica le divertía y le irritaba paralelamente. Estimulaba su veta líricohumorística como una gigantesca "Toyland". Contrariaba su insobornable individualismo como una gran empresa de masificación. Y si, por un lado, llegó a hablar humorísticamente de "la civilización de la coca-cola", por otro no escatimó elogios. Léase, entre otros, su "Paréntesis panegírico de la biblioteca norteamericana", en un ensayo de *El Defensor*, titulado *Defensa de la lectura*, cuya filiación remota, por cierto, como los demás de la serie, es puramente sajona y recuerda las páginas más incisivas de un William Hazlitt. Pero, en definitiva, lo radicalmente europeo seguía mandando en su espíritu. De ahí el contento con que me escribía a raíz de un viaje transatlántico (20 de junio de 1950): "Sí; el viaje a Europa fué gran cosa, a pesar del dolor que me produjo no ir a España. Pero tanto en Francia como en Italia encontré pruebas de vitalidad, de animación, de plenitud espiritual, muy en contradicción con esas agorerías de la decadencia de Europa. La eterna confusión entre circunstancias políticas, desdichas materiales y acabamiento del espíritu. Volví más entrañada mi fe en Europa, y con la esperanza de que de allí ha de salir la solución; entendiendo por Europa lo no ruso, puesto que esa solución, tan terriblemente en marcha, no es la mía. Pero ese conjunto de la Europa clásica, la germanosajona y la latina, es el mejor tesoro y fianza del mundo. Mis muchos años de residencia en estas tierras no me hacen ver las cosas de través. Quizá durante la guerra, e inmediatamente después, pudo decirse, más que con fundamento con buen deseo, admirable deseo, que el centro de gravedad de la cultura se trasladaba a este continente. Los últimos años no lo confirman. No quiero con eso, en modo alguno, dar a entender oposición entre los dos continentes, no; eso es precisamente lo que me desagrada en la actitud ésa a que acabó de aludir. Pero cada día me molestan más los nacionalismos literarios o culturales y el empleo de los valores artísticos o de pensamiento de un país para darle a otro en la cresta. Y mi posición es: una cultura atlántica en la que participen países de aquella y esta banda, pero sin aspiraciones de quitarse el imperio unos a otros, ni de alzarse con la primacía de pronto."

Sus años postreros son los más fértiles. Aparte las obras de teatro, dos grandes poemas: *El contemplado* y *Cero*, este último, por cierto, escrito antes del estallido de la primera bomba atómica—tema que cobra nuevo sesgo en la novela *La bomba increíble*—, pero que constituye su más estremecedora anticipación, y la deliciosa serie de

"fabulaciones"—como él las llamaba—, reunidas en *El desnudo impecable.* Todas ellas se desenvuelven bajo el signo de la fatalidad. Pero las vías por las cuales se manifiesta en sus personajes el *fatum* adverso son irónicas, imprevistas, burlonas. A subrayar esta característica contribuye el estilo narrativo, con rasgos "hablados", muy felizmente plástico, lleno de gracia y donaire, modernísimo de líneas y saturado de regusto clásico al mismo tiempo.

Ahora bien: quizá el escrito suyo que podamos considerar testamentario sea cierto ensayo, probablemente todavía inédito en español, publicado en un tomo de *Hommage à Balzac,* que publicó la U. N. E. S. C. O. *(Mercure de France,* París, 1950) sobre "Les pouvoirs de l'écrivain ou les illusions perdues". A la vuelta de sabrosas digresiones, constituye esencialmente una defensa apasionada de la libertad, de la independencia espiritual del escritor, quien no debe dejarse deslumbrar ni dominar por ambiciones ajenas a su estricta misión, so riesgo de sufrir un doble desengaño, como el *Lucien Rubempré,* de Balzac. "El poeta, el escritor—concluye Salinas—posee una autoridad y ejerce un poder inigualables; pero este poder debe ejercerse hacia adentro, tendiendo a reducir y vencer todas las resistencias que encuentre el espíritu creador, a realizarse plenamente en su obra; no debe orientarse hacia fuera, hacia la conquista del dinero, del poder o del éxito mundano. Balzac perdió la batalla en estos terrenos, adonde el escritor no debe descender; la ganó en el suyo: el de la creación literaria."

Guillermo de Torre.
Editorial Losada, S. A.
BUENOS AIRES (R. A.).

OCHO POEMAS

POR

JAIME DELGADO

A mis amigos
Leopoldo Panero y Luis Rosales.

I

MEMORIA DEL CORAZON

Quizá con la palabra,
con la palabra de ahora y siempre,
vaya creando como el alma
que a mí me cree y me sustente.

Desde las más lejanas cimas,
fraguas de los amaneceres,
viene la voz; trae en sus ondas
cosas cobradas a la muerte.

Llega a la celda descuidada
del corazón y allí las vierte;
y allí, palomas de ceniza,
las cosas vuelan suavemente.

Sin la costumbre de las horas,
el corazón las mira y siente
que siguen vivas en el tiempo.
El corazón sueña en presente.

El amoroso objeto apresa
entre sus manos y no advierte
que la esperanza del pasado
es la materia que le ofrece.

Y van llenando su silencio
sombras de voces, sombras fieles
a la memoria, liberadas
del sueño malo de las sienes.

II

BRISA EN EL VIENTO

Si yo pudiera hacerte
de nuevo actual y mía.
Si fueras el presente
de estas últimas horas
que mi existencia muere.
Si tú permanecieras
en el estío nieve,
arroyo en el desierto,
brisa en el viento, leve.
Si fueras todavía
el día diecinueve
de julio. Si tú fueras...
¡Si yo pudiera hacerte!

III

EN LA MADERA DEL RECUERDO

Simplemente te vas. Las horas próximas,
presentes ya a mi afán en pensamiento,
tienen en torno mío, circundándome,
claro sabor a calma, a sol, a luego.

Desocupado el sitio que cercaste,
el aire gana espacio por mi huerto,
llevando sin tu olor ni el canto tuyo
aroma de vacío en débil eco.

¡Qué calma hay en la muerte cada día!
¡Qué singular mi sombra en el silencio!
Pisando dulcemente, qué gozoso
tu paso en la madera del recuerdo.

IV

NUESTRAS PALABRAS

Haciendo espacio, abriendo
sitio en el corazón por recordarte,
he llegado a esta vuelta del camino
que va desde tu voz hasta mi sangre.
Escucho tu palabra
otra vez y ya late
tu voz en el silencio recobrado,
por dentro hacia mis labios elevándose,
tímida, simple, pura,
como la hierba crece por el valle,
como la luz recién amanecida,
igual que por el aire
alcanzan su estatura los cipreses
y se curvan los sauces.
Y ya en mi boca, juntas, tu palabra
y mi palabra salen,
gemelas de silencio,
de su olvidada muerte desatándose.

V

RECUERDO DE UNA MUCHACHA MUDA

Un ángel en caída.
Como un niño
cuya primer sonrisa
pasara por el tiempo, silenciosa,
de la reciente cara desprendida,
así pasa tu paso,
así caminas
por la desnuda estancia del recuerdo,
a tu cuerpo y tus ojos tan contigua.

* * *

No sé si habrás nacido o si creada
por mi afán de mirarte tendrás vida.
Porque por mi memoria eres, sin mano,
sin tez que acariciar, pura caricia.

VI

MUDAMENTE DANZAMOS

Mudamente danzamos, como el viento
en las cimas azules del verano,
y deja entre la música mi mano
vehemente fluir al pensamiento.

Leve, a mi corazón llega el aliento
del tuyo adolescente, tan cercano,
que recoge mi sangre el más arcano
latido de tu dulce sentimiento.

Vivimos enlazados. Nuestra danza
agita al corazón o lo sosiega,
para volver de nuevo a perturbarnos.

Vivimos en temor o en esperanza,
en nuestro son dormidos, mientras llega
tu silencio, Señor, a despertarnos.

VII

REGRESO

Todo estaba en su sitio. Era la hora
en que el sol su ejercicio suspendía
posando una naranja sobre el monte.
La catedral allí, su presa haciendo
de mi casi olvidada adolescencia.
Allí el viejo castillo y el umbroso
paseo, que en sus árboles aún guarda
palabras y sonrisas de la novia
primera, vencedora del olvido.
Y la vieja estación, con los tres curas
y los niños de siempre. Estaba todo
quieto, quizá dormido o en espera
de más oscuras horas para el sueño.
La misma luz bajaba del otero
vertida por las mismas manos pálidas,
en el viejo pinar iluminando
siempre nuevos idilios siempre iguales.

(Yo era entonces un niño y ella era
como una nueva tórtola. Recuerdo
que las mieses, por junio, se secaban
al ver aquella piel, aquel cabello.)
¡Qué abierta la ciudad, por el silencio
tan milagrosamente amurallada!
Por mí pasaron sueltas, desprendidas
de sus labios, antiguas voces. Eran
ramas libres, sin tronco, por mi tallo
naciendo lentamente. ¡Oh enramada
de sabroso decir en sazón plena!
A lo lejos, el monte azuleaba
tenuemente. (Decían los ancianos
que una mujer perfil le daba, muerta.)
Montaña familiar, sus rocas vieron
el asombro crecer en mi mirada
mientras me iba dejando la pureza.
Algo había de mí, de recobrada
vida en aquel silencio vespertino,
por donde yo mis pasos recogía
a la luz vesperal de la memoria.
Estaba en las raíces de mi árbol.
¿Dónde mi confusión de adolescente
dejó el proyecto humano que albergaba?
Voceado en el viento, era mi nombre
un eco nada más entre las piedras,
de mi presencia huyendo vanamente.
Aquella plaza, sí; la fuente aquella,
con su juego de luces; las acacias
en el viejo solar, donde los días
eran juego y temores maternales,
ignoraban mi ser de treinta años.
Mas todo, sin embargo, allá en su sitio
estaba siempre igual, permaneciendo,
y como dulce sombra hasta mi frente
trajo su vago aroma desde lejos.

VIII

RECUERDO VIVO

2

¿Hacia dónde soñaba si era sueño
ella misma, tan dulce y recogida?
¿Hacia dónde, despierta, caminaba
si eran todo el camino sus pupilas?
Reclinada en mi hombro suavemente,
descansaba apoyado en su alegría.
Estábamos tan juntos y sin peso
como desde su boca a su sonrisa,
igual que desde el cielo hasta sus ojos,
como el divino aliento sobre el día.
Lo demás era noche, muerte humana
viajeramente triste y sacudida.
Quizá ella fuera tierra no pisada
en cristal tenazmente contenida,
quizá fuera dolor allá por dentro,
quizá esperanza en sus entrañas vivas.
Sólo pude saber que su mirada
tenía algo de liebre, algo de hormiga,
y que a veces su voz me traspasaba
como si fuera hablando de rodillas.

Jaime Delgado.
Almagro, 10.
MADRID.

(Del libro inédito *Memoria del corazón.)*

LAS MALVINAS, GIBRALTAR, LAS GUAYANAS: REIVINDICACIONES DE PUEBLOS HISPANICOS

POR

ANGEL FERREIRA CORTES

No le ha bastado al Gobierno de Inglaterra que su isla—según el autorizado decir de don Francisco de Quevedo—sea "el mejor lunar que el Océano tiene en la cara". Ni tampoco que—como lo noticia Shakespeare—luzca ella como "piedra preciosa sobre el mar de plata". Y, desde hace varias centurias, hállase afanado en la tarea de coleccionar cuanto archipiélago, peñón o tierra continental resalta sobre la superficie del planeta. Así hemos visto cómo aquel Gobierno, en reciente data, con sólo unos elegantes trazos de la pluma, ha resuelto la captación de todas las islas del Atlántico Sur, y de los dieciséis millones de kilómetros cuadrados de la Antártida, con sus caletas, sus cetáceos, sus pingüinos, sus témpanos y las gélidas borrascas de los inviernos polares.

LAS MALVINAS

Los títulos de soberanía de la República Argentina sobre las islas Malvinas se fundan, principalmente, en el hecho indiscutido de que esas islas hallábanse bajo la soberanía de España en la época de la emancipación y formaban parte territorial y administrativa del Virreinato del Río de la Plata. Al asumir los argentinos, a partir de 1816, la soberanía y el gobierno propio de su territorio, asumieron también la soberanía y el gobierno propio de las islas Malvinas, por ser ellas parte del suelo nacional. En el pleno ejercicio de esa soberanía y gobierno encontrábanse, en 1833, cuando, a consecuencia de actos sorpresivos e ilícitos que son del conocimiento de la Historia, fueron injustamente desposeídos del archipiélago por agentes del Gobierno británico.

Será particularmente ilustrativo examinar, acerca del caso, el testimonio del historiador norteamericano Julius Goebel, tal como lo expone en su erudito libro *The Struggle for the Falkland Islands (La lucha por las islas Malvinas)*, publicado, en 1927, por la Universidad de Yale, U. S. A. El investigador Goebel, luego de anali-

zar los antecedentes históricos y diplomáticos del archipiélago, con resultados que rebaten las pretensiones del Gobierno británico, y de advertir que, hasta el pasado siglo, el derecho del Gobierno español sobre dicho archipiélago fué absoluto *(absolute)*, concluye así su sereno y minucioso estudio:

"Queda por considerar la cuestión de la sucesión de la *Argentina* a los derechos y reclamaciones de *España*. El principio fundamental de los arreglos territoriales en la América del Sur es el llamado *uti possidetis*, de 1810. Por este principio se juzgan las reclamaciones de las diversas repúblicas surgidas del Imperio español a las regiones abarcadas por las antiguas unidades administrativas hispanas... De que las Malvinas formaban parte del Virreinato [del Río de la Plata] no puede haber duda alguna: la mera circunstancia de que, finalmente, se encontraran colocadas bajo la misma administración que los establecimientos de la Patagonia es prueba suficiente de aquel hecho."

"La ocurrencia de la Cancillería británica, según la cual la Argentina nada tendría que ver con el Imperio español y con los reconocimientos de derechos territoriales entre la Gran Bretaña y la España imperial—dice Goebel—, carece por entero de fundamentos legales." E insiste en la advertencia: "When Great Britain selped the islands in the year 1833, *the legal consequences were the same as if the islands had never passed out of the hands of the Spanish crown*." O sea que, "*cuando Gran Bretaña arrebató las islas, en 1833, las consecuencias legales fueron las mismas que si, hasta entonces, dichas islas nunca hubieran salido de manos de la corona española*". No hubo, por tanto, de parte del Gobierno británico, apoderamiento de tierras *res nullius*, sino el despojo de territorios cuya soberanía estaba legalmente reconocida, y habíase legalmente transferido de España a la República Argentina.

El mismo Goebel resume luego, con precisos conceptos, la filosofía del escandaloso episodio: "Hay cierta futilidad en interponer el cenceño y ascético rostro de la ley en una situación que, desde el principio hasta el fin, es meramente una cuestión de poder. No obstante, los actuales tenedores de las Malvinas han invocado a la ley para que ella testifique sus actos, y es, por tanto, propio que sea claramente expuesto en qué la ley consiste." Eso es, en efecto, lo que realiza el autor en el curso de su libro, demostrando la plenitud del derecho argentino. Y, finalmente, declara haber obrado de tal modo "no por anticipar que su objetivo análisis alteraría necesariamente la situación, o por la creencia de que el mal se reparase, *sino porque la ley que los Estados, con tan doloroso*

esfuerzo, han forjado para gobernar sus relaciones, es una herencia demasiado valiosa para que, con su tergiversación, ningún país busque cubrir su designio imperialista".

GIBRALTAR

No hay un solo ser consciente que ignore que Gibraltar pertenece a España y es una parte de ella. Así se ven obligados a declararlo hasta las Geografías y Diccionarios de autores ingleses. La *Encyclopedia Britannica*—según hemos recordado en ocasión reciente—, en su artículo *Gibraltar*, refiere cómo la roca fué tomada, en 1704, por ingleses y holandeses, en nombre de Carlos, archiduque de Austria, pretendiente a la corona de España. El archiduque, rival de Felipe V, desalojó al Borbón de Madrid, en 1706, y fué allí proclamado rey, con el nombre de Carlos III. Por tal concepto, fué el primer "Carlos III de España": monarca reconocido como tal, por el Sumo Pontífice, en 1708, y de efímero reinado; predecesor, en medio siglo, del Borbón homónimo largamente mentado en los anales políticos. El mismo jefe inglés que proclamó la soberanía de Carlos en Gibraltar fué quien proclamó luego la soberanía de Inglaterra. La *Encyclopedia Britannica* lamenta que no haya de honrar a su Gobierno el hecho de haber aceptado y ratificado la ocupación, y paladinamente admite que el Gobierno británico actuó allí con *lack of principle:* con *falta de principios.*

El texto de otro notable libro inglés es no menos propicio para fructuosas observaciones. Trátase del monumental *New English Dictionary on Historical Principles,* dirigido por James A. H. Murray y publicado por la Universidad de Oxford. El Diccionario define el vocablo *Gibraltar: "The name of a fortified town on the South coast of Spain, since 1704 a British possesion."* Es decir: *"El nombre de una población fortificada en la costa Sur de España; desde 1704, una posesión británica."* O sea: que el famoso léxico oxoniense—considerado como el mejor de su idioma—, para definir a *Gibraltar* tiene que decir que es una *posesión británica* en *territorio español... ¡Territorio español,* pero *posesión británica!...* ¿Puede concebirse expresión más franca de una más antijurídica, más absurda y más indignante incongruencia?...

Chile y la Argentina han observado una actitud notoriamente mesurada y justa acerca de la Antártida. Son las dos mayores potencias soberanas de la región austral, y sus pueblos aparecen, en el mapa, los más próximos a las tierras antárticas y al polo. ¿Será esto poco decir?... Pues, no obstante esos hechos, tan patentes y de tanta consecuencia, ni uno ni otro de sus respectivos Gobiernos ha pretendido—como pretende el de Londres—incorporarse... la totalidad del continente antártico..., ¡cuya vastísima superficie casi equivale a la de la entera "América del Sur"!... Tanto la Argentina como Chile han tenido la sensatez de declarar sus derechos de soberanía *únicamente sobre un limitado sector antártico: aquel que más se avecina a sus tierras metropolitanas.* Es justo que así sea. Y también es de conveniencia general para todos los pueblos del continente, pues si se admitiera la efectiva y definitiva instalación de potencias extrañas en esos parajes vecinos y estratégicos, con sus consiguientes bases aeronavales, alteraríanse por completo los requerimientos de la defensa no sólo de ambas Repúblicas, sino de todo el hemisferio.

LAS GUAYANAS

Las tierras de las actuales Guayanas fueron descubiertas y exploradas por España. Quien primero avistó sus playas fué Vicente Yáñez Pinzón, a finales del siglo XVI. Diego de Ordaz y Jerónimo de Altar, como jefes de sendas expediciones, recorrieron, años más tarde, sus ríos y sus selvas. Siguiéronlos los gobernadores de Venezuela. Todos ellos actuaban en nombre de la Monarquía española y de sus lógicos derechos sobre esa Tierra Firme del mar Océano, que por el esfuerzo hispánico incorporábase al patrimonio de la humanidad civilizada. España, por tanto, poseyó, sobre tales regiones, derecho soberano. Y ese derecho soberano de España ha sido heredado por las naciones de su prosapia. Las Guayanas, en virtud de ello, pertenecen a las gentes hispánicas del Nuevo Mundo. Y esa clara razón de orden jurídico compleméntase con otra, no menos poderosa, que concierne a las exigencias de la defensa continental. El principio en que han basado los Estados Unidos su política de pactos diplomáticos y de fortificaciones en el continente es el de que, de Norte a Sur, *todo el continente forma una sola unidad defensiva.* Pues bien: si esto es así, si es verdad que *todo el continente forma una sola unidad defensiva,* ¿cómo admitir que, en

él, vastísimas regiones de máxima importancia estratégica—como son las Guayanas—continúen en poder de Estados *no continentales*, y que son extraños, en absoluto, a todo pacto, garantía o arreglo de seguridad *continental?*...

En más de una de las Conferencias generales de nuestras Repúblicas (o Asambleas "panamericanas"), voces autorizadas han condenado la existencia de posesiones de potencias ultramarinas dentro de los lindes de nuestro hemisferio. En días recientes (octubre de 1953), los representantes diplomáticos de Argentina, Bolivia, Costa Rica, Guatemala, Haití y Panamá, en la capital colombiana, han contestado a una oportuna encuesta del *Diario de Colombia* relativa al caso de la Guayana de ocupación británica, y han expresado unánime rechazo de toda forma de coloniaje en nuestro suelo. En la Comisión de Fideicomisos de la Organización de las Naciones Unidas, el delegado de Guatemala, doctor José Mendoza, planteó la cuestión de la Guayana llamada "británica", denunciando la *anomalía* que comporta la intrusión de potencias extraterritoriales en el ámbito propio de nuestro continente. De modo casi simultáneo, el embajador de Venezuela en Río de Janeiro, don Rafael Gallegos Medina, manifestó al diario local *Tribuna da Imprensa* que su país reafirma sus derechos de soberanía sobre el territorio de la Guayana que hoy retiene el Gobierno británico: expresó que "*Venezuela protestó a su tiempo y continuará reclamando contra el despojo de un territorio que jurídicamente pertenece a su país*". Honran en grado sumo a nuestros pueblos tales manifestaciones de conciencia del propio derecho y de solidaridad clarividente.

DE JEFFERSON A BLAKE

Thomas Jefferson, redactor de la declaración de la Independencia de los Estados Unidos, patriota esclarecido y esclarecido hombre de pensamiento, fué uno de los más enérgicos denunciadores del *egoísmo* en la política exterior del Gobierno británico. En muchas de sus misivas—que él destinaba a vasta difusión—trató el tema con deliberada amplitud, insistiendo en sus ásperas censuras. No obró así tan sólo en los tiempos de la emancipación de su patria, sino también muchos lustros después de ella. Por lo menos en una decena de epístolas, escritas entre 1810 y 1817, recriminó Jefferson los que él consideraba abusos en la acción internacional del Gobierno londinense. No pocas gentes compartirán, en esta materia, el criterio del ilustre prohombre norteamericano:

para él, los ciudadanos ingleses, individualmente considerados, eran personas excelentes; pero no merecía el calificativo de excelente la conducta de su Gobierno con los países extranjeros. "Aquella isla —decíale a J. Langdon, en 1810—presenta el singular fenómeno de una nación cuyos individuos son tan fieles a sus compromisos privados y a sus deberes, de tanta valía, y tan honorables, como pueden serlo los de cualquiera otra nación de la tierra, y cuyo Gobierno, no obstante, es el más carente de principios *(unprincipled)* de que haya conocimiento hasta la fecha." Reiteradamente advirtió que no era hostil al pueblo inglés, sino únicamente a las transgresiones de sus autoridades. Y, dirigiéndose a Mme. de Staël, resumió, en estos términos, su juicio: "*El objeto de Inglaterra es el permanente dominio del Océano y el monopolio del comercio del mundo.*"

La política británica y los intereses británicos, durante el último cuarto de siglo, han ido perdiendo ascendiente y malogrando conexiones en el Nuevo Mundo Ibérico. La causa de tan manifiesta declinación reside en que, por lo menos en cuanto atañe a nuestros pueblos, la política exterior británica continúa aferrada a conceptos envejecidos y a procedimientos que, si acaso fueron expeditivos antaño, hoy se muestran irremediablemente ineficaces. Cuando por nuestras ciudades, pampas y serranías, raleaba un millón escaso de habitantes, era posible retener indebidamente las Malvinas, y, sin perjuicio de ello, continuar negociando proficuamente en el Plata. Ahora, el desarrollo del país, y la evolución de la conciencia y del sentimiento nacional, tornan cada vez más difícil la prolongación de semejante discordancia. Cuando se fundó la extinguida Sociedad de Naciones, no chocaba demasiado que un Gobierno se exhibiera dictando cátedra de respeto por los principios jurídicos, y, simultáneamente, usurpara la Guayana venezolana o el histórico peñón de Gibraltar. Hoy, indigna a todos tan descubierta incoherencia. *El Gobierno británico es el único Gobierno de Occidente que pretende continuar actuando en forma imperialista dentro del propio mundo occidental.* Pero ya no hay sol en las bardas imperiales. El virgiliano *Te regere imperio populos rōmāne...* no es voz de nuestros días. William Blake, el visionario poeta insular, por su época (1793) teníalo anticipado: "*Empire is no more, and now the Lion and Wolf shall cease.*" O sea: "*Ya no existe el Imperio, y el León y el Lobo cesarán.*" En nuestros tiempos, las vagarosas añoranzas del *Britannia rules the waves* actúan en pugna con la exhortación—harto más lucrativa—a com-

prar sus mercancías: "*Buy British!...*" Mucho mayor beneficio logrará Gran Bretaña comprendiendo la idiosincrasia de nuestros pueblos, respetando sus derechos, intensificando su comercio y disfrutando de su buena amistad, que persistiendo en el intento de mantener situaciones de despojo que ningún futuro régimen mundial de orden y justicia habrá de tolerar.

Angel Ferreira Cortés.
Secretario general honorario de la Comisión Nacional de la U. N. E. S. C. O. en la Argentina.
BUENOS AIRES.





BRUJULA DE ACTUALIDAD

EL LATIDO DE EUROPA

EL "TRABAJO-HORA" Y SU PODER ADQUISITIVO.—Recogemos de la *Hamburger Lehrerzeitung*, una de las revistas técnicas más acreditadas de la Alemania occidental, una interesantísima información acerca de un nuevo valor comparativo de los niveles de vida internacionales. Se trata de la unidad "trabajo-hora", esto es, el valor que produce una hora de trabajo en los diferentes países. La Asociación Internacional de Trabajadores ha elaborado esta curiosa estadística sobre el valor del "trabajo-hora", cosechando resultados sorprendentes y muy significativos del nivel de vida y de trabajo en los diferentes países. Como punto de partida para la valoración estadística, se ha tomado el "trabajo-hora" en los Estados Unidos y el valor adquisitivo en comestibles de la cantidad en dólares ganada con esa hora de trabajo. Estas bases comparativas para la valoración fueron aplicadas al tiempo de trabajo (en horas y minutos) que ha de invertirse en varios oficios y profesiones, en 15 países distintos, para alcanzar el nivel del poder adquisitivo en productos alimenticios del "trabajo-hora" norteamericano. Para ello se utilizaron los sueldos del trabajador industrial medio, del cartero y del taquígrafo en 15 países.

Según los informes de la Asociación Internacional de Trabajadores, esta curiosa estadística ha arrojado los resultados siguientes, siempre en comparación con la hora de trabajo en Norteamérica:

PAISES	OBREROS INDUSTRIALES — hor.	min.	CARTEROS — hor.	min.	TAQUÍGRAFOS — hor.	min.
Unión Sudafricana	0	58	1	50	1	26
Canadá	1	3	1	4	1	28
Bélgica	2	16	2	16	1	49
Dinamarca	1	18	1	35	1	21
Finlandia	1	49	2	20	2	5
Francia	3	42	3	34	3	2
Alemania Occidental	3	14	5	16	5	0
Irlanda	2	16	2	47	1	55
Italia	4	10	5	16	—	—
Holanda	2	51	2	38	2	34
Noruega	1	31	1	55	1	40
Suecia	1	15	1	37	1	27
Suiza	1	40	1	58	2	2
Gran Bretaña	1	37	1	37	1	37
Australia	0	57	1	3	1	1

El estudio comparativo de estas cifras es por demás elocuente, y lo dejamos a la consideración de nuestros lectores. Bastará con hacer recaer su atención sobre el alto nivel de vida entre los obreros industriales en la Unión Sudafricana y en Australia (donde la riqueza minera parece ser la principal responsable de este alto poder adquisitivo); la igualdad de sueldos entre los obreros industriales, los carteros y los taquígrafos ingleses, lo que dice mucho del grado de perfección alcanzado por la socialización en la Gran Bretaña; los muchos kilómetros que han de caminar al día los carteros en Italia y en la República Federal Alemana, y los altos niveles de vida logrados en Canadá, Dinamarca, Noruega y Suecia, no siendo tan optimista la situación actual del trabajador en Suiza (contra todo pronóstico), Países Bajos, Irlanda y Bélgica.

Sobre todas estas cifras, por su misma referencia a la unidad del "trabajo-hora" norteamericano, flota la holgada situación del trabajador en los Estados Unidos, cuyas condiciones óptimas solamente consiguen rebasar, hoy en día, los mineros australianos y los de la Unión Sudafricana, si bien sus porcentajes son engañosos en buena parte, ya que sus actuales circunstancias de trabajo físico neutralizan considerablemente el optimismo inicial de las cifras estadísticas.

E. C.

ALOCUCION DE SU SANTIDAD SOBRE EL PROGRESO TECNICO.—Suele llamarse a nuestro tiempo *la era técnica.* Y con razón. Pues nunca, en el largo decurso de la historia humana, se alcanzó un nivel tan alto en las realizaciones científicas. Múltiples son las razones históricas que han conducido a este auge técnico. Pero no es el presente momento oportuno para ponerse a indagar tales razones. El hecho evidente es que son tan extraordinarios los avances en las diferentes ramas del saber técnico, que apenas puede estarse al filo de las mútiples innovaciones que se van introduciendo. Un año, a veces unos meses—y hasta unas semanas—, bastan generalmente para que un invento quede "anticuado". Nuevos perfeccionamientos vienen a superar a los mecanismos considerados casi maravillosos poco antes.

Esta situación histórica—que no encuentra en toda la historia del pasado ejemplo con que emparejarse—produce en el contemporáneo diferentes climas espirituales, dignos de las meditaciones más serias. El hombre de nuestro tiempo, testigo de estas creacio-

nes admirables, puede adoptar diferentes posturas ante la era técnica en que ha nacido y en que vive.

Los falsos sacerdotes de *la ciencia por la ciencia* pretenderán hacer creer al hombre de la calle que lo que importa en esta vida es, justamente, dedicarse a fondo al logro de toda clase de mejoras técnicas. Ese—dicen enfáticamente—es el verdadero destino del hombre. Naturalmente, tal posición implica una aridez espiritual tan monstruosa, que no hace falta entretenerse en demostrar su falacia e insuficiencia. Es indudable que el hombre—en el supuesto de que su vida sea facilitada por los mecanismos más perfectos y de que tenga resueltos todos los problemas de índole material—no satisface con ello sus fines más altos. Quedan su alma y su espíritu desatendidos en esa supuesta existencia, todo facilidad, respecto de las necesidades materiales. Sin ir más lejos, aunque la situación no es del todo congruente con la que estamos señalando, ahí están los estudios del psiquíatra norteamericano Lawrence S. Kubie, dedicados a la psique de los hombres de ciencia. Incluso desde el punto de vista emocional, la dedicación puramente científica no satisface del todo. Kubie habla de un hombre de ciencia que le declaró haber consagrado su vida a la actividad intelectual y que descubrió, con sorpresa, que el éxito más lisonjero no satisfacía sus necesidades más íntimas.

No basta, no, con la ciencia y menos con la técnica. El hombre es algo más, y no puede desatender sin quebranto zonas fundamentales de su ser. No es suficiente disponer de mejores aviones, de más eficaces antibióticos, de automóviles más cómodos y veloces, de máquinas de imprimir rapidísimas, de batiscafos, de reactores nucleares, de mecaniscos cibernéticos, etc. Todo eso—con ser de suyo codiciable—no tendrá casi ningún valor si no se tiene abierta el alma a la luz de las verdades fundamentales. La doctrina según la cual la ciencia puede resolverlo todo—el cientificismo—debe ser urgentemente superada por quienes se encuentren en ese estadio inferior y, al parecer, desgraciadamente extendido en nuestro tiempo. Es urgente desenmascarar la tendencia, muy marcada en ciertas esferas intelectuales, a creer que "... la imaginación del hombre de Occidente se ha desplazado de su centro tradicional (el corazón humano) hacia un nuevo foco: la técnica". En el artículo "Literatura de fantasía científica" *(Revista*, núm. 88), el autor de esta nota procuró llamar la atención del lector hacia el cientificismo que impera ahora en algunos climas espirituales sobre el haz de la Tierra. La revista norteamericana *The Catholic World* tra-

taba el tema últimamente en un artículo del fino crítico Thomas P. McDonnell.

El tema de las relaciones entre la técnica, la ciencia y las demás actividades del hombre ha sido tratado por CUADERNOS HISPANOAMERICANOS en varias ocasiones. La reseña al libro de Norbert Wiener: *The Human Ese of Human Beings* (véase CUADERNOS HISPANOAMERICANOS núm. 40, págs. 123-127: "Hombres y máquinas") es prueba de que nuestra revista ha estado abierta a esa inquietud. En este caso, interesaba hacer saber la preocupación de un gran científico—Wiener, uno de los creadores de la cibernética—frente al auge técnico de nuestro presente. En el citado trabajo puede leerse: "Para Wiener, esta segunda revolución industrial es como una espada de dos filos. Puede usarse, por un lado, beneficiosamente, para atender a las necesidades materiales del hombre. Pero, a la vez, *puede traer consigo una época de ruina y desesperación.* He aquí su peligrosidad." Junto a este breve estudio del magistral libro de Wiener, en el número 43 de estos mismos CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, págs. 116-119, puede verse el artículo "El humanismo científico y la razón cristiana". En este caso, se prestó atención al excelente libro del P. Dubarle: *Humanisme scientifique et raison chrétienne.* De dicho trabajo son las siguientes frases: "La situación única que se presenta al hombre de nuestro tiempo conduce, por un lado, a una reflexión filosófica inexcusable—pues la ciencia sola no se basta para saber a qué atenerse sobre los problemas humanos—, y, por otro, a una reflexión cristiana ante el progreso científico."

Este largo preámbulo tiene por objeto enmarcar debidamente el trascendental mensaje de Su Santidad el Papa Pío XII, dirigido a todo el orbe con motivo de las fiestas de Navidad. En esta importante alocución pontificia puede leerse: "*El progreso técnico viene de Dios, y, por consiguiente, puede y debe llevarnos a Dios.*" "*Pero un concepto exclusivamente técnico de la vida desemboca en el materialismo.*" El mensaje papal es tan elocuente que no queda otro remedio que leerlo entero para captar toda su sabiduría. Acuda, pues, el lector a su confortante lectura. Por eso me limitaré en esta nota a citar algunos de los párrafos más significativos.

"La Iglesia ama y favorece el progreso humano. Es innegable que el progreso técnico viene de Dios, y, por consiguiente, puede y debe llevar a Dios. Acaece, en efecto, con frecuencia que el creyente, al admirar las conquistas de la técnica y servirse de ella para penetrar más profundamente en el conocimiento de la Creación y de las fuerzas naturales, y para mejor dominarlas por medio

de las máquinas y de los instrumentos en servicio del hombre y del bienestar de la vida terrena, se siente como arrastrado a adorar al dador de aquellos bienes que adquiere y utiliza..." "Con todo, parece inconcuso que la técnica misma, llegada en nuestro siglo al apogeo de su esplendor y de su rendimiento, se cambia, por circunstancias de hecho, en un grave peligro espiritual. Ello parece comunicar al hombre moderno un sentimiento de suficiencia y de satisfacción de sus aspiraciones ilimitadas a conocer y poder." "Hay, ante todo, un engaño fundamental en esta visión del mundo que ofrece el espíritu técnico... Por eso es un panorama que alucina y acaba por encerrar al hombre demasiado crédulo en una prisión, que es, ciertamente, vasta pero circunscrita, y, por tanto, a la larga, insoportable a su genuino espíritu... De donde nace la íntima angustia del hombre contemporáneo, que se ha vuelto ciego por haberse rodeado voluntariamente de tinieblas."

Su Santidad, después de analizar agudamente la situación del hombre que sólo espera de la ciencia, cerrando su alma a las verdades de la luz más luminosa, propone con su alto magisterio una solución, la solución cristiana: "Al técnico, maestro o discípulo, que quiera salvarse de esta disminución de sí, es necesaria no sólo una educación profunda de la mente, sino, sobre todo, una formación religiosa que, contra lo que a veces se afirma, le permita defender su pensamiento de influjos unilaterales."

R. C. P.

PIERRE GASCAR, PREMIO GONCOURT 1953.—Afirma Pierre Gascar que "el hombre siempre posee más recursos para salvarse que la bestia; pero, al buscar el cielo, ¿no descubre muchas veces el infierno? Ese infierno que lleva dentro de sí y que le salta al rostro cuando se inclina sobre el infierno animal, allí donde encuentra, en el asombro de la fraternidad, su propia faz atormentada, lo mismo que en un espejo cóncavo". La obra de Pierre Gascar es como una permanente intentona para evadirse del Mal. Pero el Mal que palpita en sus relatos, aunque movido de una vaga proyección hacia el infinito, no es aquel que sólo se resume en la incertidumbre metafísica, sino que está hecho de cotidianas crueldades, lleno de aristas que duelen como heridas traumáticas. No hay allí filosofía; no hay angustia inefable, ni inaprehensibles desazones existenciales, sino una vida candente, lacerante, condenada sin remisión a un destino trágico.

En sus dos obras galardonadas, *exæquo*, con el Goncourt, Pierre Gascar quiere mostrarnos dos facetas distintas de su inquietud, que, en el fondo, son una misma, como lo certifican las palabras del propio escritor que inician estas líneas. La obsesión del Mal irremediable, de la Condenación ineluctable, están latentes tanto en *Le Temps des Morts* como en *Les Bêtes*. Los inconscientes protagonistas de *Les Bêtes*, malditos en su ceguera, son como el preludio de otro infernal concierto: el del "tiempo de los muertos" humanos. En ambas obras, el fatalismo de la condenación es como una "danza de la muerte", que se atavía con harapos realistas, que se disfraza con despojos vitales, para aliviar a las almas de su peso. Lo mismo ha de darnos que sean hombres o bestias los que tiemblan ante la vista de las fervientes simas; en cualquier caso, hay algo irreprimible que empuja hacia lo hondo, algo como un vértigo. Sea el Mal, o el Dolor, llámese como se quiera, pero que grita con indudable presencia.

Pero *El tiempo de los muertos*, resultado de su experiencia personal como enterrador en un campo de concentración, no nos define tan diáfanamente el estilo de Gascar como lo hace *Les Bêtes*. Con palabra cortante, de precisión casi geométrica, desnuda hasta el hueso, magistral para el arte de lograr evocaciones realistas dentro de la fantasmagoría del conjunto, nos narra en este mundo la terrible experiencia del descenso al infierno animal. Pero en estos seis relatos o *nouvelles*, los animales no son símbolos de fábula antropomórfica, ni representaciones alusivas, sino puros irracionales, cargados de angustia instintiva que no tiene voz para expresarse; seres vivos sin raciocinio que se enfrentan con la crueldad de su existencia, víctimas de su propia locura salvaje. Los caballos, el oso, los perros, las ratas de Pierre Gascar nos parecen aún más humanos, precisamente porque conservan toda su integridad animal, no tergiversada por alegorías equívocas.

Sin duda, en esa difusa obsesión por hallar el trasfondo de la vida en "el hermano inferior" del hombre, Gascar está impelido por una temblorosa fuga dél propio mal humano. Pero aquí, el Dolor tiene una fuerza inmensa, sin paliativos, representada en esa especie de capiteles románicos que son estos relatos, retorcida de fiereza y con gotas aisladas de ternura que la encienden aún más. *Les Bêtes* es una obra maestra. *Les Temps des Morts* es un buen libro, breve y denso, que, sin embargo, no alcanza la altura del otro.

E. S.

LOS INGLESES QUIEREN SER ANALFABETOS.—Así lo afirma Erwin Bendemann en la *Berner Tagblatt*, del 24 de enero de 1954, y los datos son suficientemente claros para creerle. Mientras el analfabetismo decrece en todos los países de Europa y un buen número de los de Asia, a partir de la terminación de la última guerra mundial ha aumentado sorprendentemente en Inglaterra. Según los resultados estadísticos del famoso profesor inglés C. Burt, 3,3 millones de ingleses no saben leer ni escribir, cifra inquietante que representa nada menos que el 10 por 100 de la población electoral inglesa.

Pero se da un dato más elocuente aún. Contra toda lógica, los analfabetos ingleses han asistido, en su mayor parte, a la escuela durante diez largos años. Así es que conocen algunas palabras; pero, en estricta justicia, son incapaces para la escritura, puesto que no saben redactar una frase íntegra, olvidando al final lo que escribieron en su comienzo.

La sorpresa del probo y orgulloso ciudadano inglés ha sido mayúscula cuando se le ha enterado de esta gran desgracia. No se le ha podido ocultar que una quinta parte de los mozos reclutados anualmente por el Ejército inglés no sabe leer ni escribir. Y cuando se comprobó que los asesinos Craig y Bentley eran analfabetos, pese a proceder de buenas familias de la clase media—la clase media inglesa, que ahora se asombra de la verdad—, la gente se llevó las manos a la cabeza, y comenzó a removerse el asunto. Salieron a relucir los archivos, y se comprobó la estrecha relación existente entre la criminalidad y el analfabetismo inglés. Pero ¿cómo es posible—se preguntan los boquiabiertos *gentlemen*—que millones de nuestros niños hayan pasado diez años por los bancos de las escuelas sin aprender más allá del abecedario? Y ¿cómo es posible y cómo se tolera que cientos de miles de jóvenes pasen anualmente de las escuelas a la racionalizada vida inglesa y que sean incapaces de descifrar la más sencilla de las frases?

Hay opiniones para todos los gustos. Los *maestros* creen que se debe a la plétora de las clases, que hace imposible todo repaso de materias, y también a que los malos estudiantes se mezclan con los buenos, "pervirtiéndolos". Los *padres* son más conservadores, y son de la opinión casi feudal—cosa nada extraña—de que la raíz del mal está en la blandura con que se trata a los niños, que aprenderían mejor a leer si en lugar de buenas razones se dejase hablar con más frecuencia al palo, según el refrán, esta vez tan castellano como ya inconveniente, de "la letra, con sangre entra". Y hasta en el Parlamento no falta el grupo de científicos que culpan del anal-

fabetismo de su país a las dificultades de la ortografía inglesa, y proponen una reforma ortográfica como remedio inmediato. Pero estas opiniones son literalmente "de antes de la guerra", y el mal inglés es posterior a 1945.

Se ha observado que los analfabetos que no saben escribir poseen, no obstante, una inteligencia despierta, demostrada por el hecho de que las nueve décimas partes de los analfabetos del Ejército inglés aprenden en tres meses lo que no pudieron asimilar en diez años de escuela, gracias a procedimientos como las charadas, juegos de abecedario y otros entretenimientos ortográficos, por medio de los cuales los inician en el alfabeto.

Nosotros hemos llegado a esta conclusión sorprendente: *los niños ingleses no saben leer porque no quieren leer.* Son analfabetos voluntarios. Pero ¿por qué no quieren saber leer? La experiencia ha demostrado que estos niños ponen un interés ínfimo en forzar a su cerebro al aprendizaje. La curiosidad y el deseo infantiles de descifrar los arcanos que encubren los negros signos ortográficos han desaparecido de la órbita escolar. Y la explicación está aquí: ¿Para qué ha de luchar el niño y fatigarse en el trabajo si existen muchos aparatos eléctricos que lo hacen en su lugar? En muchas casas inglesas, los ojos y los oídos están pendientes día y noche del mensaje del aparato hasta que éste se desconecta. No es un secreto en Inglaterra que los "niños-televisión" son pésimos lectores. Y, para colmo, los padres incitan muy poco a sus hijos a la lectura, sobre todo en los niveles más bajos de la sociedad. Incluso los padres la han echado en olvido y se abonan a "ojear" mecánica y pasivamente revistas de televisión para no lectores. Hasta la prensa y revistas se han contagiado de la televisión, reduciendo increíblemente los textos para dar paso a la ilustración y, sobre todo, a las historietas y seriales gráficos. De este modo, el niño recibe en la casa paterna la impresión de que la lectura es del todo superflua y que se puede vivir perfectamente sin tratos con el abecedario.

Muchos ingleses confían en la escuela como institución redentora del analfabetismo. Pero estos optimistas desconocen que muchas escuelas inglesas se han dejado cautivar por las "ventajas" absolutas de la técnica e instalan en sus aulas aparatos de televisión y de radio, como instrumentos auxiliares de la enseñanza. Y bueno sería que así lo fuese. Pero, por el contrario, los planes escolares de hoy presentan muchas asignaturas prácticas en las que durante horas y horas el niño ni lee ni escribe, y se les enseña y hace practicar con *puzzles,* rompecabezas y *tests* psicológicos, que

animan al niño a despreciar y a olvidar el alfabeto. El Estado inglés, por boca de su Ministerio de Instrucción Pública, se encarga de conceder buenos premios en metálico a los "estudiantes" que han sacado sobresaliente en *puzzle* o en la *oca*.

Hay quien opina que el progreso del analfabetismo es sólo el síntoma marginal de un gran proceso sociológico, que no se limita únicamente a Inglaterra, llamado "La desliteraturización de la cultura". Este fenómeno, que se origina en el abandono progresivo del lenguaje escrito, provoca a su vez una relajación del estilo literario y de la ortografía, conduciendo, por ende, a un descenso del nivel literario. Este bajo nivel ha podido apreciarse fidedignamente entre los jóvenes intelectuales de las Universidades de Oxford y de Cambridge, lo que ya es la puntilla para la futura política del *Commonwealth* y para los Nobel *made in Churchill*. Se prevé, pues, para nuestro ajetreado siglo el hundimiento de la primacía del alfabeto en favor de otros artilugios casi diabólicos, ya que la inevitable consecuencia de todo esto será el hundimiento de la literatura y de la ciencia de nuestro tiempo.

Es posible que en un futuro el alfabeto se convierta en bella arqueología; pero este momento tristísimo parece todavía lejano. El gran ejército de los analfabetos ingleses, casi sin darse cuenta de ello, se ha puesto prematuramente en pie de guerra, avanzando más allá de lo que aconsejaba la conyuntura de la cruzada contra el alfabeto. Y ahora se encuentra en una tierra de nadie, luchando contra las mejores conquistas de nuestra época y aprovechando, eso sí, la menor de nuestras fallas. Esperemos que se consiga reducir a estos peligrosos precursores del "progreso analfabético", reintegrándolos al presente del abecedario, en el que se sigue recibiendo la más alta sabiduría.

E. C.

LA DESTRUCCION DE LO HUMANO.—El problema planteado por el callejón sin salida en que el arte contemporáneo se ha metido; el problema de la "decadencia de Occidente", que no hace mucho profetizó Spengler; los problemas ante los que nos coloca nuestra civilización utilitaria; una dogmática materialista, y el olvido o negación de lo espiritual, todos esos problemas no son, indudablemente, sino los efectos de una causa única: la destrucción de lo humano.

Este tema—acaso no el más grave hoy—, el austríaco Hans

Sedlmayer, profesor de Historia del Arte de la Universidad de Munich, lo ha tratado magistralmente en una obra notable: *Verlust der Mitte* (1). Este libro, erudito y profundo, es de un científico; pero también de un cristiano, que demuestra, las obras en la mano y los textos corroborándolo, que la decadencia del arte moderno se debe a la "victoria del hombre", al triunfo aparente de la razón sobre la trascendencia, a la autonomía del individuo. Para el autor, lo social, lo político o lo económico no plantean el problema aislado; la sola manera de restablecer el orden—en el sentido que daba a este término San Agustín—estriba en restaurar al hombre en su integralidad.

El arte representa para el historiador de las comunidades humanas lo que los sueños para el psicoanalista. Como las obras de arte reflejan el espíritu de la época que las ha visto nacer, es posible estudiar a su través la evolución del espíritu destructor, que culmina en la actual desintegración, y, retrocediendo en el pasado, establecer los orígenes de la decadencia. Lo que resultará interesante para el lector español es que, a los ojos de Sedlmayer, las tres etapas progresivas de la atomización del hombre son señaladas con los nombres de tres artistas españoles: Goya, Picasso y Dalí, a cuya influencia atribuye las sucesivas caídas que culminan en la destrucción de lo humano por la aniquilación del arte.

Lo que nos hace a Goya tan próximo es que su inspiración se alimenta en las fuentes completamente individuales y subjetivas de la vida onírica (perteneciente al sueño: *oneiros)*. Fué el primer artista que materializó sus sueños y que dió a sus obras nombres que no se adaptan objetivamente a los temas tratados. Goya abrió las puertas de un mundo oscuro, poblado por demonios y espectros, que atormentarán en adelante las noches de Baudelaire, de E. T. A. Hoffman, Lautréamont y de Salvador Dalí. Es el primer surrealista y también el primero que reveló y despertó lo demoníaco en el hombre. Después de Goya, Dalí; este último no ha sido ya una criatura hecha a la imagen de Dios, sino un ser sometido a las fuerzas de las tinieblas, como en ese Cristo de los *Desastres de la guerra,* cuyo rostro asemeja, tan extrañamente, al de Dostoyevski.

Después de Goya, el hombre está solo, abandonado y, pronto, desesperado; pero todavía conserva su prestigio y casi toda su dignidad. Vino Daumier y rebajó, ridiculizó, pisoteó al hombre, ese títere, ese mono horrible y miserable. El caricaturista francés destruyó incluso el mito augusto y sereno de los dioses del Olimpo. No perdonó nada, pero respetó la humanidad del hombre. Grand-

(1) Ed. Otto Müller, Salzburgo (Austria).

ville se dedicó entonces a desintegrar esta entidad; el individuo no es para él sino el estadio pasajero de una metamorfosis. Este artista rompió con el hombre, y acaso así fué el creador de lo inhumano en el arte. Seguidamente, Cézanne suprimió el mundo de los hombres en provecho del mundo de los colores y de la "visión pura", sin estorbo de líneas. El individuo quedó ahogado en esta sinfonía impresionista y dejado fuera de la creación. El hombre fué expulsado de la Naturaleza. Con Seurat, el ser humano se transformó en un maniquí, en un autómata; con Matisse, en un motivo decorativo; con los cubistas, en un círculo o en un cuadrilátero; en fin, con los pintores abstractos, el hombre desapareció totalmente. Picasso se ha pasado veinte años realizando la disección del hombre, desmontándolo pieza a pieza, como se haría con una máquina. Los surrealistas no han violentado las puertas de un universo superreal, sino de un mundo infrarreal e inorgánico, el de la magia negra, un mundo en el que reina la Bestia, puesto que Dios no penetra en él.

¿De dónde procede este rebajamiento del hombre—se pregunta Sedlmayer—sino de que, desde la Revolución francesa, el individuo se ha liberado de su Creador, de que ya no es un ser hecho a imagen de Dios y que, por tanto, ya no es necesario que se le respete? Es Dios quien le ha dado al hombre lo que éste tiene de humano; si es algo más que una cosa, un animal o una larva, lo debe a llevar en sí una chispa divina. Matad a Dios y no llegaréis al superhombre de Nietzsche, sino al infrahombre de los surrealistas y de un mundo donde no hay sino caos, furor y sangre. Si el hombre no viene de Dios, viene del mono.

Liberado de Dios, el hombre pierde su medida humana, pues esta medida es de esencia divina; desde ese momento queda sujeto a los extremos y polaridades antagonistas. Por eso nuestra arquitectura es racional con exceso, mientras nuestro arte es irracional, paroxístico y abstracto. Por eso el hombre es desgarrado por su nostalgia del pasado y su culto del porvenir, por el individualismo más egocéntrico y el colectivismo más despersonalizado, por el átomo y el cosmos, por el intelecto y el inconsciente. Por eso el arte se busca un campo fuera del hombre, monstruosamente inhumano. Goya había visto bien: "el sueño de la razón produce monstruos".

En verdad, el mayor pecado del hombre contemporáneo es un pecado de orgullo, lo que le ha conducido a la desesperación existencial. Ha querido ser autónomo, es decir, romper los lazos que le anclaban en la única superrealidad que existe, la trascendencia

divina. Ha suprimido a Dios, y el resultado ha sido suprimirse a sí mismo, al asesinar su imagen humana. No es simple casualidad que los milicianos del Frente Popular tuviesen por divisa "¡Viva la muerte!", igual que los románticos ateos o los gnósticos componían himnos glorificando la muerte.

Uno de los méritos de Sedlmayer está en mostrarnos cómo, para restaurar el orden en el mundo, ante todo es necesario restaurar lo espiritual en el hombre.

P. C. B.

LA MUSICA Y EL ESTADO EN ITALIA.—Informa las *Cronache Culturali,* del Istituto Italiano di Cultura, que la Secretaría Nacional del Sindicato de Músicos ha enviado una solicitud detallada a la Presidencia del Consejo con objeto de señalar a la autoridad máxima del espectáculo italiano los problemas principales inherentes a la música para que se apliquen soluciones de última urgencia. Los cinco puntos principales expuestos son los siguientes, y por su contenido pueden ser de interés para otros países:

1.° *Tutela del patrimonio musical nacional,* que se obtiene arbitrando el modo por el cual las ejecuciones de las obras del gran repertorio lírico italiano se ajuste a la dignidad que requiere absolutamente el ejercicio del arte musical. Para ello se sugiere un control artístico sobre los teatros subvencionados por el Estado.

2.° El Estado ha de atender y auxiliar los esfuerzos que tienden a la renovación del patrimonio musical, asegurando la ejecución y la difusión de las nuevas obras musicales, de forma que la benemérita clase de los compositores de música se sienta protegida y pueda mirar con mayor serenidad a su porvenir y seguir las inspiraciones indispensables para la realización de la obra artística.

3.° Contribuir en lo posible a la promulgación de una nueva ley que regule la vida de las entidades líricas. y toda la actividad musical en Italia. Esta ley debiera haber sido promulgada hace ya años, y todos los inconvenientes que se han presentado se deben exclusivamente al hecho de que, por motivación varia, su realización fué siempre diferida.

4.° Es absolutamente necesario coordinar la distribución de los fondos del 12 por 100—destinados a las entidades líricas—con la de los fondos del 6 por 100—destinados a la actividad lírica de provincias y a las Asociaciones de Conciertos—, porque es eviden-

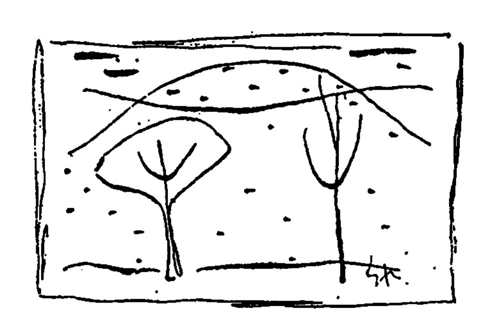
te que la una coincide con la otra. Para ello se propone englobar ambos fondos y hacer una única, pero más racional distribución al inicio de cada año artístico.

5.º El Sindicato de Músicos propone la separación del Sindicato del Espectáculo en dos Direcciones Generales, destinadas, respectivamente, a la Cinematografía y al Teatro, que podrán atender debidamente las complejas exigencias de sus cometidos, según los dictados de la técnica administrativa moderna, e integrar a la Música, desde un punto de vista artístico, en las actividades del *film* y del teatro.

E. C.

COLABORAN EN ESTA SECCIÓN:

RAMON CRESPO PEREIRA
ENRIQUE SORDO
ENRIQUE CASAMAYOR
PAUL C. BERGER



«NUESTRA AMERICA»

LA REFORMA EDUCACIONAL EN BOLIVIA.—Por decreto de 30 de junio próximo pasado, el Gobierno de Bolivia creó una Comisión de Reforma Integral de la Educación Pública, presidida por el escritor Fernando Díez de Medina, la misma que entró en funciones el 1 de octubre, y que en el plazo de ciento veinte días debe elevar un estatuto orgánico dando nueva estructura a la enseñanza pública en mi país.

A pesar de existir en Bolivia muchos ciudadanos con más méritos que yo para presidir esa Asamblea, el Gobierno del doctor Paz Estenssoro ha querido honrarme con esa alta distinción acaso por dos razones: por mi posición de humanista cristiano, lo que constituye una garantía para el sentir católico mayoritario del país, y por mi larga actuación civil al servicio del pueblo, lo que, a su vez, garantiza la realización de los anhelos de justicia social de las mayorías obreras y campesinas.

En otras palabras: la reforma educativa, en Bolivia, se hará con tendencia a democratizar la enseñanza, alfabetizando a las masas y dando igualdad de oportunidades a todos; pero dentro de la norma cristiana, por ser ésta la tradición histórica y cultural de la República.

La Comisión está constituída por 13 miembros, casi todos ellos eminentes educadores y técnicos, pedagogos de reconocida competencia. Cierto que el propósito, a primera vista, parece demasiado ambicioso: hacer en ciento veinte días lo que no se pudo realizar en ciento veinte años. Pero analizando en profundidad el caso, no es así. La educación boliviana, aunque no responda, por ahora, a los ideales renovadores del pueblo, tiene bases y antecedentes dignos de apreciarse. Los incas la daban de tipo agrario y militar; la colonia la dictó escolástica y humanística; los libertadores quisieron democratizarla; el Presidente Frías, en el siglo XIX, dictó el primer estatuto de enseñanza importante, y el Presidente Montes, en 1908, llevó los beneficios de la instrucción a las clases medias. En 1930 se reconoció la autonomía universitaria. Pero de hecho, la dura verdad es ésta: la educación sólo beneficiaba a las clases pudientes o a las clases medias de nivel superior, y casi nunca al pueblo. Los obreros de las fábricas, los trabajadores de las minas, los indios de los campos, permanecieron abandonados e ignorantes. Eramos una democracia de nombre y una plutocracia de

hecho, porque sólo el dinero daba título para educarse e instruirse. Esto hasta 1952.

CÓMO SE HARÁ LA REFORMA EDUCATIVA

Frente a esta situación real—un 70 por 100 de la población analfabeta y un deseo intensísimo de campesinos y obreros por instruirse—, el Presidente doctor Víctor Paz Estenssoro, en el decreto que crea la Comisión, sienta las bases de la reforma educacional.

Allí se dice que hay que romper el monopolio educativo que privó de los beneficios de la cultura a grandes masas de campesinos, obreros y sectores de la clase media; que es preciso impulsar la educación rural e industrial, de carácter predominantemente técnico; que la escuela boliviana debe dar igualdad de oportunidades a todos los educandos, sin distingo de raza, clase, ocupación o medios económicos; que hay que formar al ciudadano en función productiva, para convertirlo en elemento activo y eficiente del proceso de liberación nacional; que hay que planear una enseñanza que, por su contenido humano, extienda sus beneficios a las grandes mayorías nacionales.

Luego, en el discurso pronunciado al posesionar a los miembros de la Comisión, el Jefe del Estado demostró que más de 450.000 niños no reciben hoy los beneficios de la educación. "La educación—dijo el doctor Paz Estenssoro—no puede ser más el monopolio de una minoría, sino un derecho de todos los bolivianos. Y para mejorar al hombre hay que mejorar al pueblo." Con visión de economista anotó que Bolivia requiere de enseñanza técnica para dominar un medio telúrico duro, pero preñado de riquezas; y que la educación pueda ser accesible, en los grados medios y superiores, a aquellas gentes que, por sus condiciones económicas, no hubieran podido alcanzarlos.

Alfabetizar, educación de tipo elemental, es el programa del Presidente Paz Estenssoro. Pero, sobre todo, técnicos y especialistas para levantar la nación andina a un nuevo nivel de producción y organización moderna.

Claro está que la reforma no se hará en un abrir y cerrar de ojos. Se hará en forma gradual, progresiva, de acuerdo con las posibilidades financieras y con la cooperación planeada del cuerpo de docentes nacional.

Esta educación de masas, que tiende preferentemente a la enseñanza técnica y vocacional, no excluye la preocupación del Gobierno por la alta cultura.

Si, por un lado, la reforma educativa mira a lo técnico y pedagógico para levantar el nivel de capacidad creadora de las mayorías nacionales, por el otro atenderá al aspecto político y social, es decir, la formación integral del hombre boliviano para hacerlo digno de su patria y de su tiempo.

Primero es la reforma del hombre interior; después, estructurar al ser social. Por eso tengo dicho que la moral de la conducta, la depuración de nuestras costumbres, son la piedra fundamental de toda reforma educativa.

Frente al crudo materialismo de los comunistas totalitarios, frente a la insensibilidad de los plutócratas-industriales, sólo cabe optar por una filosofía de exaltación de los valores humanos. En Bolivia, esa filosofía educacional tiene que ser, necesariamente, de filiación cristiana, de contenido democrático, de impulso nacionalista y revolucionario; entendiendo por "revolucionario" no el concepto catastrófico y destructor del marxismo, sino el espíritu sudamericano de renovación y de mudanza para cambiar las instituciones caducas y ponerlas al servicio de la colectividad.

Ha dicho un pensador boliviano: "La educación, en su planteamiento total, es más tarea de hombre de Estado que de pedagogo."

Y es evidente. Alfabetizar, instruir, dar enseñanza técnica para el trabajo útil, no es suficiente. Hay que agregar también nociones éticas, modos de conducta, conceptos políticos y sociales, para que el hombre sepa por qué pertenece a una sociedad determinada y cómo debe servirla y defenderla con su propio esfuerzo. ¿Educar no es formar personalidades, seres conscientes y responsables por sus actos? Toda sana educación deberá, pues, partir de una base moral y espiritual, en busca del saber científico perseguido por nuestra época. Y es perfectamente posible conciliar la tendencia clásica y humanista de la cultura occidental con la Universidad moderna, que pone la ciencia y la técnica al alcance de todos.

Hasta hoy sólo tuvimos educación de tipo clasista: para los de arriba de la escala social, todo; para los del medio, algo; para los de abajo, nada. Nuestra reforma pide una enseñanza de tipo generoso, tensa, extensa, sin distingo de raza, de clase, de bolsillo, capaz de llegar al hogar humilde, a la mina lejana, al campo dilatado o a la remota frontera, para que de todos los ámbitos del área nacional se levante una sola palabra evangélica, niveladora, de amor y de alegría: la palabra ¡bolivianos!

Y aquí puedo repetir lo que ya expresé al aceptar la presiden-

cia de la Comisión de Reforma. El pueblo debe aguardar confiado: la reforma educativa consultará en primer término las necesidades de las grandes mayorías postergadas: obreros, campesinos, clase media. La Iglesia y la familia también, porque el Gobierno y el pueblo bolivianos mantienen vivos la tradición cristiana y el culto al hogar.

Sin perjuicio de que la enseñanza gravite en alfabetizar y educar a las masas, en dar instrucción de tipo elemental y técnico a los obreros y campesinos, para que la nación sea una verdadera democracia, defendemos el derecho de los bolivianos a mantener los valores tradicionales de su historia y su cultura, intensificando los altos estudios científicos y promoviendo las superiores inquietudes intelectuales. Educar no es limitar; es abrir ancho horizonte a la imaginación y a la voluntad.

LOS INDIOS PIDEN ESCUELAS

Lo más conmovedor de la reforma es el espíritu anheloso, tenaz, con que las masas indias, en los campos, esperan la nueva educación.

Cuando estuvimos en Warizata, donde hace veinte años se fundara el primer núcleo rural indígena, los *amautas* o sabios de la comunidad nos expresaron su deseo de que la escuela llegue a todas las comarcas. Ellos quieren que sus hijos aprendan a leer y a escribir; que asimilen modernas técnicas de trabajo; que se conviertan en productores y beneficiarios de la economía nacional. Los indiecitos de ambos sexos tienen gran aptitud para aprender. Y es seguro que con la reforma agraria, que les ha dado tierras en propiedad, y con la nueva educación, que les dará conciencia de su propio valer, las masas indígenas de Bolivia ascenderán a un nuevo plano social de dignidad y capacidad humanas.

Un día, en discurso patético, un líder aimará, vistiendo el *poncho* y el *lluchu* clásicos, dijo al Presidente Paz Estenssoro:

—¡Por fin ha salido el sol para nosotros!

Y en verdad que la reforma educacional no será sino otra etapa de la gran transformación política y social que está experimentando Bolivia, después de largos años de miseria y de olvido de las clases trabajadoras.

Bien sé que una propaganda absurda difunde que los comunistas se habrían "filtrado" en la Comisión de Reforma Educacional, y que ella será atea, marxista, totalitaria y otras sandeces. Repito: son sandeces. En Bolivia, los comunistas son tan pocos que

nada pueden frente a la inmensa, abrumadora mayoría democrática y nacionalista. Si la reforma agraria se hizo en modo justo y sensato, la nueva educación advendrá también ecuánime y moderada. Por estas montañas no ha llegado en forma práctica la papada de Malenkov.

La nación andina es hoy un inmenso laboratorio de experiencias humanas. Las minas nacionalizadas producen hoy más que en manos particulares, aunque deban soportar las consecuencias de la baja del estaño, factor que escapa al control del país productor. La tranquilidad ha vuelto al agro, y se esperan mejores cosechas para 1954. La reforma educativa abre ricos horizontes de posibilidad y mejoría para grandes sectores de la población. El voto universal les dará el derecho de elegir a sus propios conductores y representantes en las Cámaras legislativas. Leyes sociales justas y previsoras protegen al obrero, al campesino, al empleado.

Es éste, ciertamente, el despertar del pueblo boliviano. Un espejo de evolución social en el que debieran mirarse muchos pueblos vecinos o lejanos. Porque aquí, en este suelo de altísimas montañas y lagos de zafiro, la humanidad sudamericana realiza un difícil ensayo de adaptación rápida a las agitadas tensiones de la civilización.

Bolivia, el país más olvidado del continente Sur, quiere ser hoy el primero en ganar para sus núcleos humanos todas las ventajas del vivir moderno. Y ésta es obra cristiana, democrática, aunque venga escollada por las naturales dificultades de todo cambio profundo.

Creo que las grandes mayorías indias y mestizas del país andino darán una nueva lección de cordura al mundo civilizado, al demostrar que su ascenso cultural se deberá a su propio poder de autoformación.

F. D. M.

LA CONCIENCIA DEL NIÑO BOLIVIANO.—Nuestros lectores han sido informados del estado actual y orientaciones "oficiales" de la Reforma Integral de la Educación Pública boliviana a través de las declaraciones autorizadas del presidente de la Comisión de Reforma, Fernando Díez de Medina, Premio Nacional de Literatura de 1953 y destacado escritor boliviano. En relación con el matiz religioso de la reforma, las declaraciones del presidente no pueden

ser más explícitas, ya que "mi posición de humanista cristiano —declara—constituye una garantía para el sentir católico mayoritario del país", posición que, según afirmación propia, ha sido causa de que el Presidente de la República boliviana haya hecho recaer la presidencia de la Comisión reformadora en las manos y en la conciencia católicas de Díez de Medina. Y más lejos, el autor de *Nayjama* no duda en declarar "de filiación cristiana" a la nueva filosofía educacional de Bolivia, "una filosofía de exaltación de los valores humanos".

No obstante estas afirmaciones lapidarias, se está extendiendo la especie de una infiltración atea y comunista en la ideología de la reforma educacional. Contra esta "publicidad" arremete Díez de Medina: "Bien sé que una propaganda absurda difunde que los comunistas se habían filtrado en la Comisión de Reforma Educacional, y que ella será atea, marxista, totalitaria y otras sandeces. Repito: son sandeces." Pero con todos los respetos para el presidente de la Comisión, nos referiremos al último número (66-67, septiembre-diciembre, 1953) de la *Revista Interamericana de Educación* que se publica en Bogotá, en cuya sección "Información pedagógica mundial", págs. 319-20, se habla de un grave peligro para la educación en Bolivia, por ser muy probable que la reforma "sea atea, contraria a toda ley divina y eclesiástica, y que prescinda de los derechos de los padres de familia". La revista se funda en las declaraciones de un miembro de la Comisión, hechas de Cochabamba, las cuales, limitadas a la enseñanza religiosa, dicen así:

"Supresión de la enseñanza religiosa, porque cada secta tiene derecho a imponer supremacía y no una sola, llámese católica o comoquiera."

"... Muchos se extrañarán al oír lo que yo voy a decir: que soy de opinión que debe darse enseñanza religiosa a los escolares; pero de una forma comparada con todas las religiones, *para que el niño libremente escoja la que más le agrade,* y sin que el Estado diere trato de preferencia a una iglesia determinada, sino tolerancia a todas."

(Subrayamos muy intencionadamente la frase "para que el niño escoja la que más le agrade"..., de indudable profundidad y conocimiento de la psicología infantil.)

Esta actitud, pese a Díez de Medina, no es única y sí muy generalizada entre los responsables de la educación en la democracia americana. A mano tenemos el número 27 (julio-agosto de 1953) de la *Revista Ecuatoriana de Educación,* editada por la Casa de la Cultura Ecuatoriana. En él se inserta un memorable artículo de

don Alberto Viteri Durand, titulado "Ni fieles, ni religiosos, sino ciudadanos", en el cual, entre un bosque de lindezas como la que sigue, se dice: "En nuestro país [Ecuador], si bien es cierto que la religión católica es la más practicada—no asimilada—, lo es solamente por la población civilizada o semicivilizada, por cuanto aquella que no lo es *practica todavía un paganismo que de nuestra parte se merece igual respeto.*"

Como puede apreciarse, todo consiste en respetar, en agradar y en dar libertad lo mismo al niño que al salvaje; con iguales respetos para la persona de inteligencia adulta como para la nebulosa infantil o para la tribu analfabeta y en estado auroral.

A nosotros, por todo comentario, se nos ocurre rubricar estas líneas con aquella frase decisiva y perogrullesca—el huevo de Colón de una política educacional de base—de nuestro don Miguel de Unamuno, replicando: "¿Respetar la conciencia del niño...? ¡Crearla, animal, crearla...!"

E. C.

EL COMUNISMO Y EL ISTMO DE PANAMA.—Una de las mayores preocupaciones de Estados Unidos con relación a la Conferencia de Caracas está constituída, sin duda—además de su interés en matizarla "económicamente"—, por el planteamiento del problema del comunismo en toda Hispanoamérica, y muy particularmente en Centroamérica, en ese istmo retorcido, como la clásica serpiente de mar, en el que seis naciones hispánicas, una colonia inglesa en litigio, un extraño subestado frutero y una vía marítima de importancia vital, integran una de las encrucijadas de mayor delicadeza crítica del actual panorama político del mundo. La propuesta anticomunista de Wáshington sugiere que sea particularmente examinada la intervención del comunismo internacional en los asuntos internos de América, incluso los esfuerzos tendentes a debilitar la "solidaridad panamericana" y contrariar los movimientos nacionalistas, sociales y políticos americanos para servir a los fines propios del marxismo soviético, así como solicitar atenta consideración de las recomendaciones adecuadas para impedir y contrarrestar tal intervención.

Desde que en tiempos de Itúrbide, Centroamérica perdió su mejor ocasión de unir en un gran país la tierra de los dos océanos, un constante latido de fraternidad ha repentizado sus patrias y sus hombres, desde Guatemala hasta la Gran Colombia, de las costas

bajas del Caribe a las montañas mordientes del Pacífico. En nuestro tiempo, el intento, bien conjuntado, de la O. D. E. C. A. ha penetrado en el barbecho abierto de los distanciamientos, y una cosecha de auténtica unión brotará el día en que los dos colosos extraños, el económico y el doctrinario, cejen o se equilibren en su influencia. Porque los progresos que pueda realizar el comunismo en este eslabón geográfico americano están siempre en función de la propaganda antiyanqui. Porque los intereses de los monopolios del Norte moverán siempre también el pabellón marxista para asegurar doctrinas en crisis ante auténticas reivindicaciones nacionales y sociales.

Ahora, un lema judicial, que recorre con chocante unanimidad el periodismo del mundo, sitúa a Guatemala y a Costa Rica en el banquillo de los acusados de Caracas. Estados Unidos, que divide sus flotas, no puede, sin embargo, olvidar la fragilidad militar del Canal de Panamá y de las aguas del Caribe, en donde media docena de sumergibles alemanes bastaron en la última contienda para turbar peligrosamente su seguridad marítima. La United Fruit y los monopolios económicos explican muchos recelos e, indirectamente, muchas simpatías hacia el extremismo.

¿Por qué—se preguntan muchos—Guatemala no es tratada por el mismo rasero aplicado por Wáshington a Bolivia, por ejemplo? Las sorprendentes noticias contradictorias, que el informador sitúa periódicamente en el feudo de los Arévalo y Arbenz, quizá no tenga explicación si se olvida esta disyunción terrible de Centroamérica, situada, por la fuerza de la circunstancia histórica, entre Wáshington y Moscú. Si la inspiración política interna de Guatemala es netamente marxista, la realidad económica hace depender más de las tres cuartas partes de las divisas de exportación de las compras de café por Estados Unidos. Fuentes bien informadas habitualmente hacían responsable al pasado Gobierno de Truman de las dos más recientes intentonas para derribar el régimen guatemalteco. Su fracaso, y el temor a que la resurrección de los hábitos de Teodoro Roosevelt dé nuevas bazas al comunismo, incitan a Estados Unidos a mantener el *statu quo*, e incluso a ignorar las graves acusaciones dirigidas indirectamente contra Wáshington por la propia Guatemala a finales del mes de enero pasado, en las que se hacía pública una supuesta conspiración internacional—más concretamente de Nicaragua, República Dominicana, Venezuela, El Salvador y "ciertos monopolios del Norte"—para acabar con el Gobierno Arbenz.

En el caso de Costa Rica, ha sido el Gobierno dominicano

quien, en comunicado oficial, informó del traslado, en menos de dos meses, de una treintena de caracterizados agentes de la Kominform—rusos, hispanoamericanos y de otras procedencias, entre ellos algunos exilados españoles—desde la capital mejicana a territorio costarricense. El comunicado citaba asimismo la llegada a San Salvador de 650.000 dólares destinados a fomentar el comunismo en América Central y países inmediatos, precisamente en el momento coincidente con la celebración de la X Conferencia Interamericana. Pero algo más sucede en Costa Rica. El Presidente Figueres había hecho uno de los puntos capitales en su programa electoral el mejoramiento de las relaciones fiscales con la United Fruit. Si ésta, mediante acuerdos que datan de principios de siglo, entregaba hasta ahora el 15 por 100 de sus beneficios, que suponían sólo algo más de la vigésima parte de los ingresos contributivos del país, el actual Gobierno de San José intenta llegar a un módulo semejante al que rige en otros países hispanoamericanos para la explotación de sus recursos esenciales por Compañías extranjeras, repartiendo por mitad los beneficios entre la gran empresa bananera y el Gobierno. Además, Costa Rica exige la incorporación de todas las prestaciones de tipo social y económico que hasta ahora ejercía la United Fruit en relación con los municipios, centros de comunicación, hospitales y otras instalaciones educativas y laborales. Es sintomático que, inmediatamente después de estas peticiones, Costa Rica se haya transformado, a los ojos de las grandes agencias informativas, en un peligroso foco comunista.

Cuando en Honduras, y en manifiesto reciente, los diputados antirreformistas han denunciado "la sistemática penetración de extrañas ideologías que amenazan derrumbar lo más sagrado de la vida institucional"—comprobadas, por ejemplo, en la intentona de San Pedro Sula—; cuando la Legión del Caribe continúa figurando en discursos e informaciones después de un turbio recuerdo de empresas fracasadas; cuando Guatemala, la Guayana, Honduras, Costa Rica, El Salvador, Panamá y otros países inmediatos registran el peligroso incremento de los magmas comunistas, la preocupación de la agenda de Caracas cobra especial relieve para el observador objetivo, atento, deseoso de una auténtica solidaridad de pueblos que elimine aquellos imperialismos que—de un signo o de otro—amenazan la recta y libre vida de Hispanoamérica.

E. G.

RAFAEL LANDIVAR, EL POETA DE GUATEMALA.—Desde el día 18 de enero, los restos del eximio poeta guatemalteco, el padre jesuíta Rafael Landívar Caballero, reposan definitivamente en el bello y sobrio monumento erigido a su memoria en la ciudad colonial Antigua Guatemala, que lo vió nacer el 27 de octubre de 1731.

Landívar falleció en Bolonia el 27 de septiembre de 1793, recibiendo sepultura en la iglesia de Santa María del Muratelle. En 1949, por iniciativa de la Universidad de San Carlos, y merced a las activas gestiones del entonces embajador en Italia, doctor Jorge Luis Arriola, los restos del poeta fueron trasladados solemnemente a Guatemala. La Universidad de San Carlos ha sido depositaria de ellos hasta la terminación de ese monumento, testimonio fiel de la admiración de sus paisanos, quienes consideran a Landívar, muy justamente, como su máximo poeta, porque ninguno como él supo cantar, con tanta emoción y ternura, las bellezas naturales de su patria.

Rafael Landívar era descendiente de familia navarra, emparentada con la del conquistador y cronista Bernal Díaz del Castillo. Cursó los estudios elementales en el colegio de San Borja, de su ciudad natal, y los superiores en la Real y Pontificia Universidad de San Carlos. A los dieciséis años se graduó de doctor en Filosofía.

En 1749 marchó a Méjico, con el fin de ingresar en la Compañía de Jesús, ordenándose sacerdote seis años después. Al cabo de algún tiempo regresó a Guatemala, haciéndose cargo de la rectoría del Colegio Antigueño. En 1767, al ordenar Carlos III la expulsión de los jesuítas de España y sus dominios, el padre Landívar abandonó su patria, y tras peregrinar con otros compañeros de Orden durante un año por diversos países, llegó a Bolonia, donde residió hasta su muerte, acaecida en la fecha antes indicada.

La obra capital de Landívar es su poema *Rusticatio Mexicana*, editado en Moden en 1781. Consta de 3.425 exámetros latinos, distribuídos en diez cantos. Al publicarse la segunda edición fué aumentado el poema en dos mil versos y corregido en varios pasajes; se le añadieron cinco nuevos cantos y una incomparable oda a Guatemala.

El poema describe la campiña americana; canta, también, el suelo de Guatemala, sus cataratas, sus ríos, su flora y fauna; enaltece con predilecto cariño al indio, cuyo ingenio y laboriosidad alaba y admira. "Todo el poema—dice José Mata Gavidia, eminente profesor de la Facultad de Humanidades de Guatemala—es un

himno grandioso a la América, que va del Darién a las Californias, por él conocida, y dentro de este subido concierto de bellezas naturales, hace aparecer como sobre todas, inigualables, a Guatemala, su tierra natal, a la que compara con las siete maravillas del mundo antiguo, declarando que las aventaja en belleza y prodigio su caro terruño guatemalense."

A Landívar se le ha llamado el Virgilio guatemalteco; pero como muy bien dice el citado Mata Gavidia en su estudio sobre el poeta, es lo cierto que "Landívar reniega de la ficción y busca el realismo griego en el dicho horaciano *ut pictura, poesis*". Landívar, desterrado, añorando su patria, traduce en versos—según él mismo dijo—el paisaje maravilloso que siendo niño vieron sus ojos, conmoviendo y deleitando su ya entonces emotivo y sensible espíritu.

La obra de Landívar ha sido traducida varias veces al español y una al inglés. El canto a Guatemala está traducido siete veces al español, dos al italiano, dos al inglés, una al quiché, una al cakchiquel y una al idioma quechua de los incas del Perú. La Editorial del Ministerio de Educación Pública, de Guatemala, hizo recientemente una edición facsimilar de la de 1782, la cual contiene un estudio y notas del tantas veces repetido profesor José Mata Gavidia.

La bibliografía sobre Landívar es muy copiosa, habiéndose ocupado de él, entre otros, Menéndez y Pelayo, Sommervogel, Backer, Samere, Guarinos, Pedro Henríquez Ureña, Carlos Pereira y el citado Mata Gavidia. Los guatemaltecos David Vela, J. Antonio Villacorta y Salvador Falla le han dedicado también interesantes trabajos, los cuales fueron editados por la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala.

Menéndez y Pelayo, en su *Antología de poetas hispanoamericanos,* publicada por la Real Academia Española, tomo primero, dice: "El padre Landívar, autor de la *Rusticatio Mexicana,* es uno de los más excelentes poetas que en latinidad moderna puedan encontrarse. No tendremos reparo en reconocer asombrosas condiciones de poeta descriptivo al padre Landívar, en quien, en mi concepto, sólo faltó haber escrito en lengua vulgar para arrebatar la palma de este género a todos los poetas americanos... Ni tan siquiera en Rapin y en Vanière descubrimos inspiración tan genial y tan nueva, riqueza tan grande de fantasía descriptiva y una tan gran variedad de formas y recursos poéticos como los que encontramos en el amenísimo poema de Landívar."

Landívar—hay que reconocerlo—ha sido injustamente olvidado,

pues apenas si es conocido, fuera de su patria, más que por los eruditos y por los pocos a quienes gusta penetrar en ese bosque frondoso que es la historia literaria. Pero los guatemaltecos siempre rindieron culto a su memoria, y varios centros docentes e instituciones llevan el nombre del poeta.

D. C. V.

COLABORAN EN ESTA SECCIÓN:

FERNANDO DIEZ DE MEDINA
ENRIQUE CASAMAYOR
EUGENIO GARZO
DOMINGO CIRICI-VENTALLO



ESPAÑA EN SU TIEMPO

D'ORS Y SU CURSO DE CIENCIA DE LA CULTURA.—Lo primero que se imponía a esta Ciencia de la Cultura, que oficialmente acaba de poner cátedra, para poder constituirse como tal ciencia, estuvo en superar—y ello logrado por agencia del pensamiento figurativo que informa el sistema filosófico orsiano—lo fluente de los acontecimientos históricos. Y precisamente es un acontecimiento de estos días, un acontecimiento histórico, el que sale en seguida al paso de nuestra crónica: la presencia de don Eugenio d'Ors en la Universidad de Madrid. La pública referencia del suceso querrá presentarse automáticamente, en unas páginas informativas, bajo dos aspectos, que hasta pueden parecer inconciliables, a lo mejor, en el corriente uso: por un lado, como nota de actualidad, ya que el héroe de tales jornadas es aquí alguien que, notoria y cotidianamente, viene discurriendo desde antiguo por el ágora vulgar y franca de los periódicos; y, por otro, como crónica de sociedad, puesto que consta al mismo tiempo que es don Eugenio d'Ors quien mantiene la institucional madurez sociable de unos salones. Pero sabemos cómo es superado, en la Ciencia de la Cultura, el acontecimiento histórico: los *eones* o constantes históricas, elementos de fijeza impertérrita, de eternidad, son gérmenes que no excluyen la vicisitud en que se proyectan a una madurez. Así, para nosotros, lo sustancial de la docencia de la Cultura comunica accidentalmente con el mundo social y con el mundo también fugaz de los periódicos.

Mas si, partiendo ahora de tales medios de lo cotidiano y anecdótico, nos esforzamos por llegar a la cifra de ese alto y nuevo saber, a nuestra labor se le brinda el acogerse a un prestigioso ejemplo, a una manera docente del maestro, cuando hallamos a éste, que ha sido llamado "Sócrates de la España nueva", sirviendo a la inteligencia a veces en las formas más modestas; cumpliendo así, y en contra de cualquier aprensión de impía "vulgarización", una actividad superior y hazañosa suya: la de llevar todo lo arduo de los problemas a sinopsis, en vivezas y claridades. Colocado bajo semejante advocación, un simple menester de pública reseña se ve elevado categóricamente a vislumbrar posibilidades de acercamiento a la noción de la Cultura, que lo hacen entrar en el coloquio en que ésta se constituye.

Y aquí se nos muestra la realidad de una actitud creadora, en donde lo biográfico puede alcanzar más verdad que en su expresión anecdótica en otra expresión suya inmutable, en que incorpora o representa lo categórico y general; una manera de existencia cifrada en asumir otras mil existencias. Si Goethe decía a su amada Carlota von Stein: "Ya sabe usted cuán simbólica es mi existencia", la *Doctrina de la Inteligencia* puede postular en la personalidad de su creador una fórmula jerárquica más extensa y rica, que sólo ha conocido en la filosofía precedentes parciales y fragmentarios; así apercibidos ahora nosotros, nos será dable ver en el sentido de la nueva cátedra universitaria no un concepto, convencionalizado por la abstracción, y propenso así, a lo mejor, a inercias y rutinas, sino una idea "todavía en el fervor germinal de su descubrimiento"; la que al inaugurar asiento en la Universidad de Madrid viene a templar allí seculares asperezas, y tendrá virtud de hacer consigo trascender el soplo del espíritu por los corredores del caserón de San Bernardo. El símbolo de tal docencia se establece figurativamente en el plan social y coloquial de que se rodea la distinción humana del maestro en la asamblea de sus amigos—y no lo decimos tanto por las particulares o episódicas representaciones que asistieran desde los bancos escolares—, los pintores, escultores y arquitectos, que con él suelen conversar; los científicos. con quienes cambia impresiones; los diletantes y mundanos de los salones de pintura; en la presencia mágica de los adictos al maestro de París y de Roma, de Ginebra y de Buenos Aires, de Barcelona y de Madrid, sus habituales en pláticas de colegios y museos ilustres; los seguidores del *Glosario*, los suscriptores del *Courrier Philosophique;* ahí también presentes las "sombras lívidas y sublimes" de *El valle de Josafat*, y las figuras del *Flos Sophorum;* y la Bien Plantada y Lidia de Cadaqués comparecen; y, a la vez, maese Octavio de Roméu, y Xenius, y Eugenio d'Ors.

Y hasta nuestra pobre crónica, finalmente, también parece que tiende—y tanto más cuanto que fiel sirva a su cometido, como referencia viva de una actualidad ciudadana de estos días—a convergir hacia esta irónica filosofía, que traduce en toda ocasión y todo lugar lo disperso, las realidades de un instante, a síntesis y a perpetuación. Y esta filosofía, por una norma de totalidad, se hace incluir en la plenitud del saber, y éste, que puede ser individual, lo hace a su vez en una realidad sobreindividual, ecuménica y tradicional: la Cultura.

* * *

Henos aquí, por fin, instalados en su noción, tras de los importantes descubrimientos que a nuestro filósofo se deben. Ellos han permitido construir una ciencia que, sobre lo mudable y accidental de la Historia, no cabía. El hallazgo de la entidad de fijeza en los *eones* o constantes históricas ha podido aquí superar el conocimiento empírico. Preguntaron al maestro una vez en la Universidad de Burdeos: "Y ¿en qué diferencia usted esta Ciencia de la Cultura de la antigua y hoy desacreditada Filosofía de la Historia?" "Sencillamente—contestó don Eugenio d'Ors—en lo mismo en que se diferencia la Química de la Alquimia."

Una determinación más científica en la Historia de la Cultura será la que no se esclavice a una división cronológica, no obstante se haga a ésta referencia de cuando en cuando; así como en anatomía, que aunque se encontrara la superioridad que sobre la clasificación del cuerpo humano en *regiones* había de tener la que más profundamente lo hace en *sistemas*, no se deja de aludir de continuo a aquella primera forma de determinación.

Fué al comenzar esas lecciones a que hemos venido asistiendo cuando, tras de definir lo que debemos entender por eternidades en la Cultura (entidades inmutables en su esencia, aunque no lo sean en las operaciones), se nos habló de las llamadas Epifanías. Eternidades éstas que se presentan como "grandes revelaciones, adquisiciones definitivas de la Humanidad, quicios ideales, a cuyo entorno giran todas las ideas, con todos los acontecimientos". Estas Epifanías son cinco; van apareciendo sucesivamente en la Historia, sin que ninguna de ellas, al presentarse, anule a la precedente, sino que la subordina, y van por este mismo orden transmitiéndose de una en otra la protagonización en el gran teatro del mundo.

La primera Epifanía es la del *Hombre*, obra, por un lado, en lo físico, de la estatuaria griega y de su canon, y, por otro, en lo moral, de Sócrates y del pensamiento estoico. La segunda, la de la *Sociedad*, se simboliza en la edición de *La Ciudad de Dios*, de San Agustín. Sucede luego la del *Estado*, legada por el Dante, autor del tratado *De Monarquía*. Más tarde viene la Epifanía del *Pueblo*, traída por Rousseau, por Juan Bautista Vico y por Herder. La presente, en la que nos hallamos, la Epifanía de la *Cultura*, la recibimos de manos del maestro español, que hoy, entre nosotros, alumbra para el mundo su definición.

Al estudiar las Epifanías del Estado y del Pueblo se nos hizo ver cómo, mediante un juego de manos de enorme trascendencia, las entidades concebidas, respectivamente, como únicas por el Dan-

te y Rousseau, fueron, en juego paralelo, pluralizadas de manera oblicua por Maquiavelo y Herder. Así, las naciones tuvieron su origen en el juego de ideas de Herder, cuya vigencia vemos atenuarse lentamente en nuestros días ante la entidad universal de la Cultura.

En sazón de la segunda de las lecciones, encontramos cómo dos *eones* opuestos: *Roma*, símbolo de unidad, y *Babel*, símbolo de dispersión, cruzan sus actividades en la trama viva de la Historia. Roma, en su constancia, se presenta como un "germen"—gérmenes son, en la filosofía orsiana, realidades en cuya sustancia entra una vocación—, imbuída de una misión de unidad y centralidad. El maestro nos lleva, en lúcida tarea de adivinación, a la vinculación sutil de dos mitos que confluyen en el origen fabuloso de Roma: el de Minos, "Rey de Reyes", hijo de Júpiter, y el de las secretas nupcias de Ulises, héroe de Troya, con la hechicera Circe, de las cuales nacieron Agrio y Latino. Dos versiones distintas del Imperio se obtienen aquí, cifrada la segunda de ellas en una "talasocracia" o república marítima. Y desde esta cima de la idea imperial advertimos que el maestro dirige su mirada hacia lo por venir: he aquí algún camino que se abre a la visión. ¿No podrá establecerse en el paso español de acercamiento a América el germen de una talasocracia entre dos continentes?

Nunca se aniquila a Roma en las duras vicisitudes que sufre, de ninguna manera excluídas teóricamente de la eternidad de su germen. Asimismo, Babel, su enemiga, la cual, a veces, pareció prevalecer: tal durante la Edad Media, significada en el feudalismo; tal en el siglo XIX, todo él inspirado por el nacionalismo.

Al lado de tales relaciones, establecidas por la *Sistemática de la Cultura*, existen otras vinculaciones, llamadas *estilos*, que en sección especial estudia la *Morfología de la Cultura*. Como a cada dominante espiritual corresponde la predilección por un determinado repertorio de formas, es dable incluir en un esquema común, que hace que veamos los sistemas políticos en función de estilos arquitectónicos, que morfológicamente los traducen. Así, el carácter feudal de Bolonia se verá simbolizado en la abundancia de sus torres, *beffrois*, campanarios, campaniles. En la ciudad de Roma, en cambio, vemos como si la Monarquía, con mano vigorosa, hubiera empuñado todas esas estructuras paralelas hacia su cúspide y hecho convergir a un punto común, formando la estructura unitaria de la cúpula. El siglo XIX traduce su dispersión a chimeneas y rascacielos. La feudalidad plutocrática cae así en la misma estilización que la feudalidad medieval.

Una nueva lección nos trajo otros dos *eones* opuestos: *lo Femenino* y *lo Viril.* No dejó el maestro de insistir de nuevo en que nos producimos aquí, en el plano de la Cultura, en superación de determinaciones antropológicas, psicológicas o sociológicas. En el sentido de Otto Weininger, cuando afirmaba viril al árbol y femenina a la flor, que pudiera ofrecerse como incurso en error botánico. Nuestra investigación se dirige también, sin embargo, a problemas particulares. Un ejemplo: ¿Por qué será tan larga y brillante, en la música, la nómina de mujeres ejecutantes, y tan singular, por el contrario, el modelo de la compositora? Estúdianse también las dos versiones que caben en la reacción condenatoria, producida en los espíritus ante las consiguientes calamidades de una guerra, en que entre al mismo tiempo algo así como la destrucción de una catedral de Reims. En una versión, es el valor de la vida humana lo que se estima como supremo. En otra, el valor del producto humano.

Tenemos la definición del maestro: "La constante de lo Femenino se establece en el conjunto de relaciones históricas, que ponen un vínculo entre el ser humano y el ser humano, y constituyen a éste en razón o final de aquél." Función de la madre y la maestra, de la actriz y la ejecutante de música.

"La constante de lo Viril corresponde al conjunto de relaciones mediante las cuales el hombre se entrega a las cosas; realidades que están por encima de él."

En cada uno de estos símbolos está el origen de un tipo diferente de civilización: uno de la felicidad y otro de la responsabilidad. Lo Eterno Femenino, el *Ewig-weibliche,* aparece ya como simbólico en el final del *Fausto,* en el coro de las santas mujeres. Eugenio d'Ors procede aquí con mayor extensión que Goethe y que Weininger.

Finalmente, y a la altura de la lección que puso término al ciclo que venimos relatando, nos habló el maestro de las que él llama, en nomenclatura aquí no definitiva, pero válida de momento, "*eones* mixtos", que se diferencian de los otros, los "puros", en que si su constancia parece eterna, no, en cambio, resulta necesaria. Si alguno de ellos pudiera desaparecer, como, por ejemplo, la *Raza,* debido en su caso a agencias de la ciencia biológica, no por ello terminaría la Historia; no cambiaría su sentido. Como la Raza, la *Guerra* entra en tal consideración de constante histórica mixta.

Ante el porvenir de la Guerra, es pesimista nuestra actitud. Sin embargo, el maestro abre un camino a la esperanza. Va a diri-

gir su investigación al hecho de la consideración de inactual que pesa hoy sobre la práctica del duelo. ¿Por qué llegó a situación así, algo a que se adhirieron en un tiempo las vivencias históricas y culturales del honor? En el ejercicio de sus lances vimos especializarse un día al caballero de industria. El duelo se ha descalificado estéticamente, ha desmerecido en la idea de distinción anclada en el espíritu humano. El ridículo ha acabado con él; no la religión ni la moral.

Empleo este de la obra de corrosión sucesiva de la Guerra, que se ofrece para los hombres de buena voluntad, aunque no llevado con espíritu de que puedan desaparecer todos los conflictos del mundo. Labor no repentina, pero sí sucesiva en el sentido de debilitar su ámbito estético.

Consideramos—y este extremo cerró el primer ciclo del nuevo saber universitario—tres zonas superpuestas en el espíritu general humano: Subhistoria, Historia y Cultura, como en el individual se sobreponen lo Subconsciente, lo Consciente y lo Sobreconsciente. De ahí que el maestro haya propuesto sustituir en el léxico "Prehistoria" por "Subhistoria". La *Revolución* es otra constante. Se presenta a manera de volcán, que, procedente de la Subhistoria, y después de atravesar la Historia, llega a la zona de la Cultura.

* * *

Se está profesando la Ciencia de la Cultura en un aula recogida, ante un cabal concurso de fieles seguidores, sin reclamos en los periódicos ni alharaca publicitaria, sin carteleras ni taquillas, con la austeridad propia de un servicio al imperativo doctrinal de la hora.

Que los movimientos de auténtica eficacia no los promueven los teorizadores ruidosos; que a dar solución de los problemas que angustian al mundo contemporáneo quizá no estén llamadas ahora esas figuras flamantes, a que prestan brillo patrias de influencia y de postín, celosas ellas, sí, de los valores que les sea dable enarbolar. Al maestro de la Ciencia de la Cultura le inviste la grave e insoslayable *autoridad* correspondiente a quien es *autor* de adquisiciones decisivas para el pensamiento de nuestro tiempo.

Muchos años antes de que fueran de obsesionante actualidad problemas como los que confluyen en imponer la unidad de Europa, ya él, serenamente, predicaba las soluciones.

De esto no saben las altisonantes proclamaciones ni los grandes titulares de los periódicos, sino más bien los cotidianos, a veces oscuros, comulgantes del *Glosario;* ellos podrán desamortizar para el maestro la gloria verdadera. En cada uno de nosotros, y en algunos más, hemos pensado, los que a las jornadas de San Bernardo asistimos, cuando recordábamos—¡y cuán entrañablemente sentíamos!—lo que Paul Valéry decía a Stephane Mallarmé como desquite de arideces y escabrosidades, que a él también conturbaban: "¿Conoce, percibe usted, que existe en cada ciudad de Francia un joven ignorado que se dejaría despedazar por sus versos y por usted? Usted constituye su orgullo, su misterio, su vicio. El se aísla de todos en el amor sin rival y en la confidencia de vuestra obra..."

Prosigue impertérrita nuestra nueva ciencia la ardua constitución de su sistema; ella sirve a nuestra mejor esperanza de futuro. Nos parece asistir a un proceso por el cual algo que antes sólo era sentido como un valor pasa en nuestros días a constituir un objeto de ciencia, análogamente al de aquel instante en que Sócrates y los estoicos crearon la Moral, como nueva disciplina científica.

Que nuestro Occidente, a Dios gracias, tiene para oponer, en este momento, a Rusia y a su insigne Filosofía de la Historia, algo más que un pálido y también anacrónico relativismo a lo Toynbee, y ello por "obra y magia" del maestro español de la Ciencia de la Cultura.

R. L. G.

LOS PENULTIMOS ESTRENOS EN MADRID.—Y hay que hablar de los penúltimos porque los últimos no han tenido demasiado interés. ¿Qué va uno a decir, por ejemplo, de *La eterna doña Juana,* comedia original de Julia Maura y, al mismo tiempo—según su declaración—, "casi totalmente inspirada" en una novela de Vicky Baum? (El comentario a este hecho no puede tener ninguna relación con la crítica teatral. El hecho entra dentro de la zona de estudio de la Sociedad de Autores. Si la obra es original, y Julia Maura cobra el total de los derechos, parece que quedan defraudados los de Vicky Baum, ya que Julia Maura declara que su obra está casi totalmente inspirada en la de Vicky Baum. Si, por el contrario, en la ficha de reparto figuran las dos escritoras, resulta que la obra no puede ser presentada al público como original de Julia Maura.)

El *Edipo*, de Pemán, es una buena versión del viejo mito trágico. La fábula está recompuesta en un lenguaje que resulta claro, inteligible, para el más torpe de los espectadores. Se trata, pues, de una buena versión popular de *Edipo*. La historia del reconocimiento del Edipo incestuoso y parricida por el pueblo de Tebas, por Yocasta y por el mismo Edipo—sobre todo por el mismo Edipo—, está muy bien contada desde el punto de vista dramático. Se trata, en cierto modo, de la búsqueda del asesino en las novelas policíacas. El autor de esta versión ha conseguido que el espectador quede pendiente de la resolución del caso y participe de la angustia de los agonistas de la tragedia.

El cuarto de estar es otro de los penúltimos estrenos. El drama de Graham Greene ha excitado polémicas en su torno. Sobre este drama han sido formuladas las más extrañas y diversas teorías. Se ha discutido acerca de su problemática—según algunos—ortodoxia católica. Se ha planteado una vez más, con este motivo, el problema del teatro católico. ¿Y es o no es—se ha preguntado—teatro católico *El cuarto de estar?* De lo que se ha hablado muy poco es de la obra considerada desde un punto de vista rigurosamente dramático. Y resulta que se trata de una obra interesante escrita por un dramaturgo todavía inhábil: por un dramaturgo dudoso y principiante. La composición de la trama adolece de torpezas e irregularidades. Las entradas y las salidas de los personajes no fluyen normalmente desde la entraña misma de la trama. El autor sirve a sus necesidades de exposición a costa de todo y elimina cuando le es preciso un personaje—forzadamente lo elimina—para que la trama vaya por donde él cree que debe ir. Por ejemplo: el sacerdote deja sola a la muchacha, contra toda verosimilitud, para que la muchacha tenga ocasión de suicidarse en aquel momento. El sacerdote no podía dejar sola a la muchacha desesperada. La muchacha no podía suicidarse... por lo menos en aquel momento. Podía suicidarse al día siguiente y por cualquier método. Pero, dada una operación normal de los personajes, no podía suicidarse aquella noche y en el cuarto de estar. Y, sin embargo, el sacerdote se va y la deja sola en aquel momento, y ella se suicida en el cuarto de estar. Todo esto es, dramáticamente, torpe. (No entro en el dominio moral y confesional.) Pues bien: este es el tono dramático de la obra, Lo que no impide que el drama interese en muchos momentos más por la importancia propia del problema moral planteado que por el vigor y la eficacia de las situaciones dramáticas.

El deseo bajo los olmos, de Eugenio O'Neill, ha sido estrenada en Madrid. La tragedia ha sido encarnada por un grupo de entu-

siásticos actores, que consiguieron en muchos momentos el acento justo y la emoción precisa. Casi al mismo tiempo, los muchachos del Teatro Español Universitario de Murcia han dado una versión esquemática de *Más allá del horizonte.* Nuevamente ha sido planteado y discutido en los ambientes profesionales el problema de la supervivencia y de la representabilidad del teatro de O'Neill. El desbordado temperamento de O'Neill—hay que reconocerlo—se objetivaba en un teatro desmesurado, más allá de toda regla y de toda exigencia práctica. Y es de temer, a fin de cuentas, que las tragedias de O'Neill no lleguen a ser un espectáculo frecuente en los escenarios de los teatros. ¿Habrá que ir a buscarlas siempre a los libros? El tiempo lo dirá.

Hace unos días ha sido representada de nuevo en Madrid la conocida trilogía de *Azorín* sobre el tema de la muerte: *Lo invisible.* Es lo más interesante de su teatro, lo que con más garbo admite la puesta en escena. El público aplaudió, en *Lo invisible,* el trabajo y la inquietud de un autor que no llegó a encontrar una fórmula de expresión dramática, pero que aportó a nuestro teatro algunas dramas experimentales dignos de nuestra atención y de nuestro estudio.

A. S.

UNA NUEVA CIENCIA: EL URBANISMO.—El profesor don Manuel Terán, catedrático de Geografía de la Universidad de Madrid, ha pronunciado—en el Colegio Mayor "Jiménez de Cisneros", y a finales de enero—dos conferencias, tituladas *Situación y perspectivas de la población mundial.*

En la primera de estas conferencias, el señor Terán se ocupó de los graves problemas planteados al mundo por la expansión demográfica actual. La población mundial aumenta. Pero en Europa se incrementa la población, sobre todo por la disminución de la mortalidad, pese a un pequeño índice de nacimientos. En otras partes del planeta, en cambio, no sólo se ha frenado la mortalidad, hasta coeficientes análogos a los europeos a comienzos de la guerra del 14, sino que el índice de nacimientos es bastante elevado (se puede comparar con el que se dió en el Viejo Mundo durante la Edad Media). Esta situación estructural de las poblaciones del globo fué sometida por Terán a fina y aguda crítica. Las reservas alimenticias del mundo son limitadas, y es grave problema el mantenimiento de los 2.500 millones de habitantes que ahora

cuenta nuestra esfera terrestre sobre su superficie. Sin embargo, algunos optimistas creen que es posible llegar a encontrar recursos alimenticios para una población doble de la actual. Algunos, incluso, admiten la posibilidad de dar de comer a *doce mil millones* de seres humanos. No queremos extendernos más, sin embargo, en la reseña de esta interesante y documentada conferencia de Terán. Pero para hacer ver lo vivo de sus reflexiones citaré un trozo de la conferencia de Samuel K. Allison en el Curso de Problemas Contemporáneos de la Universidad de Verano de Santander (1953). (El profesor Allison es director del Instituto de Estudios Nucleares de la Universidad de Chicago y es uno de los investigadores que intervinieron en la creación de la primera bomba atómica.) El trozo a que hago referencia dice así: "La aplicación de los modernos métodos de higiene y medicina en Puerto Rico ha producido en los últimos treinta y cinco años un enorme aumento de población. Los escasos recursos de la isla son inadecuados, y una parte de la gente está condenada a la pobreza. Miles y miles de ellos emigran a Nueva York, para encontrar un clima extraño y un sistema de vida al que no están acostumbrados. En todo el mundo, la población aumenta aceleradamente. Ninguna persona humanitaria puede oponerse a que los beneficios de la medicina moderna se apliquen en China o en la India; pero el problema resultante está claro."

En la segunda de las conferencias, Terán abordó el tema de la ciudad y del proceso urbanístico del mundo. Presentó al hombre como a un formidable transformador de la naturaleza primigenia. El campo y la vida campesina representan ya una primera etapa en el proceso urbanizador. El campo es naturaleza humanizada. El mismo bosque europeo acusa la impronta humana, ya que lo característico del bosque originario es la variedad, que suele faltar en el sometido a orden, a razón. Pero el proceso de urbanización surge desde los tiempos remotos de las civilizaciones antiguas. Babilonia, por ejemplo, era un enorme jardín rodeado de murallas. Ahora bien: el campo no está inmovilizado; el campo cambia también, porque si no sería naturaleza. Naturalmente, este cambio es lento comparado con el que acaece en las ciudades. Terán, magistralmente, fué destacando el significado de la urbanización griega. (Atenas, en sus comienzos, fué una ciudad mal construída: las casas se apiñan por proceso de amontonamiento natural.) A esto sigue un sistema urbanístico, basado en la razón. Ejemplo: las normas de urbanismo aristotélicas. Sigue la ciudad romana. (Roma tuvo el sentido de los ejes de comunicación y de los cruces de cami-

nos. Ahí están, para confirmarlo, las ciudades que ella creó por el mundo mediterráneo, y de las cuales se conserva la mayoría.) Subsigue la urbanización medieval. Luego, una etapa importante: la urbanización del Nuevo Mundo por los españoles. Destaquemos que en nuestro caso no sólo poseíamos una experiencia de la construcción de ciudades, legada por la historia precedente, sino una verdadera ciencia urbanística. Las ciudades que fuimos creando sobre la faz de América eran bloques urbanos trazados a regla y cordel, urbes ordenadas a estilo europeo. Pero no es posible dar cuenta en esta breve nota de la gran riqueza temática de esta conferencia. Por ello me limitaré a subrayar los puntos más salientes del resto.

Las cosas se complican aproximadamente desde 1800 con el crecimiento fantástico de los núcleos urbanos, a causa de la concentración del capital en las grandes urbes, la revolución industrial y la nueva técnica.

Repárese que en esa época no había en el mundo entero más que una ciudad que contase un millón de habitantes: Constantinopla. Hoy pasan de 40 esas ciudades, y Londres y Nueva York, sumadas, rebasan los diez millones. La segunda revolución industrial ha extendido el fenómeno urbanístico a países nuevos. (Un hecho interesante: coincidencia en la U. R. S. S. de la revolución industrial con la revolución rusa. Por otra parte, la posguerra ha traído a la Unión Soviética un fenómeno de urbanización sin precedentes.)

La actual situación histórica acusa una progresiva asimilación de la técnica. Con ello se muestran los afanes de una nueva ciencia: *el urbanismo*. El auge técnico de nuestro tiempo conduce a una urbanización radical del campo y de la Naturaleza. Puede decirse que, en algunos casos, se ha llegado a perder el respeto a los derechos de *natura*. Frente a esta usurpación técnica se yerguen los derechos del paisaje natural. Claro está, la idea de un retorno al campo es inauténtica. De aquí que en la nueva ciencia urbanística han de saberse conjugar los derechos de las realidades que entran en juego en el proceso. Se impone una planificación por regiones geográficas; no por regionalismos naturales, que es muy otra cosa. Después de la conquista de la Naturaleza, debe seguir la colonización *secundum naturam*. El gran proyecto históricogeográfico, que así aparece en el horizonte de nuestro tiempo, obliga a una estrecha colaboración del hombre y de la Naturaleza. La ciencia de la urbanización ha de armonizar las conquistas científicas y ha de dar expresión a las nuevas formas bellas. Vamos, pues, camino de una nueva inteligencia con el mundo en su aspecto natural.

R. C. P.

UNA INSTITUCION CULTURAL EJEMPLAR.—Desde febrero de 1943 se vienen desarrollando las actividades de la "Institución Fernando el Católico", fundada por la Diputación Provincial de Zaragoza con ayuda del Patronato "José M.ª Cuadrado", del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

En once años ha realizado una labor que difícilmente podrá ser superada por ningún otro organismo cultural semejante. Basten estos datos de orden bibliográfico: ciento cuarenta obras publicadas y una biblioteca de más de nueve mil volúmenes, formada por intercambio con 321 entidades culturales de Europa y América. Tal empresa, realizada desde el centro de una provincia, es realmente admirable.

Las ciento cuarenta obras publicadas corresponden a las distintas secciones que forman la Institución: Literatura, Filología, Geografía, Historia, Arte, Arqueología y Numismática, Folklore, Estudios Económicos y Sociales, Estudios Pedagógicos, Estudios Médicos y Filmología. Cada una de ellas referida esencialmente al estudio de los correspondientes temas aragoneses.

Todas estas secciones cuentan con buen número de libros publicados; algunos se encuadran en colecciones: *Cuadernos de Arte Aragonés; Monumentos Aragoneses; Tesis doctorales; Biblioteca de Autores Aragoneses.*

Con carácter periódico se publican las siguientes revistas: *Archivos de Filología Aragonesa; Seminario de Arte Aragonés; Seminario de Arqueología y Numismática aragonesas; Archivos de Estudios Médicos Aragoneses; Cuadernos de Historia "Jerónimo Zurita"* y *Boletín de Estudios Pedagógicos.*

Todos estos libros y revistas que ha editado la "Institución Fernando el Católico", todos los que continúan tal labor bibliográfica, están al cuidado del Departamento de Publicaciones, que ha logrado ediciones perfectas y a veces primorosas: tales los facsímiles de *El Político D. Fernando el Catholico,* de Baltasar Gracián; *Breve compendio de la sphera y de la arte de Navegar,* de Martín Cortés, y de la *Instrucción de Música sobre la Guitarra española,* de Gaspar Sanz.

La Institución convoca concursos con importantes premios; aparte del extraordinario del Centenario del rey titular, dotado con 50.000 pesetas, y que se otorgó al catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras de Barcelona, doctor Jaime Vicens Vives, por una *Historia crítica de la vida y obra de Fernando II de Aragón,* de próxima publicación, se concede anualmente el Premio "Insti-

tución Fernando el Católico", de 20.000 pesetas. Se halla actualmente convocado para una monografía sobre pintura medieval aragonesa, y se halla a punto de publicarse la obra premiada en la convocatoria anterior: *Cajal*, de los doctores García Durán y Alonso Burón.

Otros premios son el "Codera", sobre temas arábigoaragoneses; el "Giménez Soler", que en su última convocatoria era sobre "Economía regional aragonesa", y otros que se convocan sin titular para las distintas secciones.

En esta intensa labor bibliográfica no se concluyen las tareas de la Institución, que realiza una constante actividad de extensión cultural. Cada curso se organizan ciclos de conferencias y cursillos monográficos. En el pasado año—curso 52-53—se dieron ocho cursillos por la Sección de Literatura; tres, por la de Arte; cinco, por la de Historia; dos, por la de Estudios Económicos y Sociales; dos, por la de Pedagogía; uno, por la de Arqueología, y otro, por la de Estudios Médicos. Suponen en conjunto más de cien lecciones, a las que habría que añadir buen número de conferencias.

Además de estos actos celebrados en Zaragoza, la Institución organiza conferencias en las ciudades aragonesas más importantes; en algunas de ellas está organizando organismos filiales destinados especialmente al estudio de temas localistas; así va a surgir en plazo breve un Centro de Estudios Bilbilitanos.

Dos Congresos ha promovido y realizado con auténtico éxito la Institución: el V de Historia de la Corona de Aragón, con cerca de trescientos congresistas de diversas nacionalidades, cuyas actas se publicarán en breve, completando el interés de las ya editadas ponencias, y las II Jornadas Médicas Aragonesas, con más de ochocientos congresistas y medio centenar de ponencias. Ambos Congresos se completaron con exposiciones: la del Libro Fernandino, la Numismática de los Reyes Católicos y la de la Lucha contra el Cáncer.

Este es un resumen de la importantísima labor que realiza la "Institución Fernando el Católico", y que justifica que la consideremos ejemplar.

I. M. G.

EXPOSICION DE FEITO, CANOGAR, PACHECO ALTAMIRANO, ARTE ABSTRACTO, REPRODUCCIONES EN COLOR, LUIS M. SAUMELLS, MARIA LUISA SEMPER. — Un muchacho muy joven, Feito, salta por primera vez a una sala de exposiciones. Primera exposición: una sorpresa. Era curioso el desdoblamiento exhibido por el autor en esta muestra. Por un lado, pintura tan concreta como puede ser la pintura mural en su sentido clásico; por otro lado, pintura no figurativa. Quizá estos dos géneros de pintura no anden, en el fondo, tan lejos. Pero en la apariencia, sobre las paredes de una sala, la diferencia no puede ser mayor. Figuras recias, arquitectónicas, de sólida osamenta; figuras tangibles como muros. Pérdida de toda realidad, acordes de color, ritmos de masas, movimientos; los elementos de la pintura en plena libertad y valiéndose por sí mismos. Ignoramos por qué camino seguirá luego Feito. Lo chocante es que parecía igualmente bien dotado para seguir por cualquiera de ellos.

Y otro muchacho muy joven, Canogar, presentó también su primera exposición y proporcionó otra sorpresa. La obra de Canogar era realmente considerable. Sorprendía, ante todo, su madurez y su unidad. Este dato de la unidad es muy de tener en cuenta si se advierte que Canogar, cosa perfectamente lícita en un muchacho de su edad, recogía multitud de influencias. Allí estaban, según se señaló a su tiempo, Braque, Picasso, Vázquez Díaz y varios maestros más. Pero estaban fundidos; no pegados como etiquetas, sino incrustados en la propia personalidad; no postizos; sino incorporados al ser pictórico.

Canogar evidenció la misma profundidad para manejar las estructuras cubistas—cuando lo fueron—que para manejar el color. Este era denso, grave. Sus bodegones y naturalezas muertas estaban rodeados de esa particular atmósfera que señala la existencia de elementos espirituales entre los simplemente formales.

Si Arturo Pacheco Altamirano hubiera sido español habríamos dicho con rapidez que andaba en los alrededores de la escuela levantina; pero siendo, como lo es, chileno y autodidacta, según se nos indica, no sabemos qué decir, aunque nos sigue pareciendo, eso sí, muy afín a nuestros pintores catalanes y valencianos; por donde vemos que las localizaciones geográficas de escuelas y tendencias son cosa muy problemática y deparadora de sorpresas. El aire pictórico español del Mediterráneo puede darse en Chile, quizá en Australia y quién sabe en cuántos sitios más.

Creemos haber caracterizado, en conjunto, el aspecto de la pintura de este autor dentro de un sentido realista, luminosidad, co-

lores brillantes, soltura, viveza, mares calientes y animados. Un peculiar impresionismo, semejante al de Sorolla, bulle por aquí. Pacheco Altamirano posee una gran limpieza de color y una envidiable frescura; utiliza la espátula y el pincel con destreza. Algunas de sus telas adolecían de cierto énfasis. Pero, en general, vueltas de espaldas a problemas de más empeño, renunciando a trascender del aspecto puramente visual, conseguían sus propósitos con lucimiento.

La primera irrupción seria y sistemática del arte abstracto en España tuvo lugar el año pasado, en Santander, durante los cursos de verano. La dirección del Museo de Arte Contemporáneo, dispuesta a seguir la "penetración", trajo a Madrid algunas de aquellas obras, las cuales, unidas a otras y bajo la denominación de "Envío a París", constituyeron la primera fase de lo que podríamos llamar ciclo de arte abstracto en nuestra capital.

Nos apresuramos a consignar que poco de acuerdo con la designación de *arte abstracto* que aquí se ha utilizado, preferimos la de *arte no figurativo*, empleada en otras partes; nos parece más cerca del verdadero sentido. El arte abstrae siempre; no es más que un continuo abstraer de entre una enorme cantidad de posibilidades formales. "Pintar es el arte de suprimir", se ha dicho hace mucho tiempo. Pero este arte aspira a más; aspira a abandonar por entero toda representación objetiva, y por eso creemos más acertado llamarlo por su nombre: arte no figurativo.

Ignoramos qué suerte correrá esta aspiración artística. De momento, nos parece que la labor es penosísima. Por otro lado, ¿es acertada, es lícita, es siquiera posible esta subversión practicada por el artista no figurativo, mediante la cual los medios pasan a ser fines? Porque ya sabemos de qué se trata: los elementos constitutivos de la obra plástica—color, masas, líneas, ritmos de composición, movimiento—han de quedar libres de toda servidumbre re presentativa y han de valer, puros, por sí mismos. Son ya el único fin y el único *objeto* de la obra artística; la única fuente de goce.

Y volvemos a preguntar: ¿es acertada y posible tanta *pureza?* ¿No habrá ningún lugar para lo humano, aunque sólo sea "un poco humano"? Repetimos que no sabemos qué resultados producirá esto que se anuncia como una formidable revolución estética. Será necesario conceder un nuevo plazo de espera.

En este "Envío de París" figuraban franceses, norteamericanos, el español Aguayo, el cubano Servando Cabrera y numerosos artistas de origen eslavo. Nombres: Poliakoff, Gilioli, Deyrolle, Haugaard, Day Schnabel, Claire Falkenstein, Oscar Chilensky, Jonh Lee-

ve, etc. Seguirán a éste un conjunto de reproducciones de los maestros del género, como Kandinsky, Klee, Arp, etc., y un grupo constituído por italianos y españoles. Estudiaremos y compararemos.

Por medio de las Direcciones Generales de Bellas Artes y de Relaciones Culturales, la Unesco cedió a España, para su exhición circunstancial, una colección de reproducciones en color de los grandes maestros de la Pintura moderna. La colección era magnífica. Dada la altura de los pintores elegidos y la calidad de las reproducciones, no podía ser menos.

Comenzando por Sisley y siguiendo por Menet, Renoir, Van Gogh, Degas, Gauguin , Monet, Seurat, Braque, Matisse, Rouault, Picasso, Miró, Juan Gris, Diego Rivera, hasta llegar a jóvenes artistas de este mismo instante, casi todo lo representativo y valioso desde 1860 se hallaba concentrado en el paseo de Recoletos. Algunos autores no estaban bien representados; por ejemplo, Bonnard, Toulouse-Lautrec, Gris, del cual sólo se daba una muestra, no muy afortunado; otros faltaban, por ejemplo, Derain, Duffy. Nos sorprendió la total ausencia de éste y de pintores italianos. Claro es que una selección de cincuenta obras entre un total de quinientas sesenta y dos reproducciones de que consta el fondo general, algo se ha de dejar fuera.

Comprendemos que esta tendencia a las reproducciones se vaya convirtiendo, desde el punto de vista económico de pintores y marchantes, en un problema; un problema que, según nuestras noticias, se ha intentado ya reglamentar. Las reproducciones van siendo ya "demasiado perfectas"; algunas telas resultan beneficiadas. ¿No hay aquí un buen problema, incluso estético?

Como ha sucedido en otras ocasiones, resulta que el tarraconense L. M. Saumells era conocido en otras partes (exposiciones en Barcelona, en París; viajes por Inglaterra, Bélgica, Holanda, Portugal) mientras permanecía absolutamente desconocido en Madrid, aunque no por falta de ganas. Al fin, Saumells, vió cumplidos sus deseos de xponer en la capital de España. Y no podemos por menos de felicitarnos de este conocimiento, de este hallazgo. En adelante, L. M. Saumells ha de contar entre nuestros artistas más interesantes.

Su personalidad se manifiesta con iguales características en sus dibujos, esculturas y relieves. Todo guarda una gran unidad, demostrativa de que su labor es auténtica, sincera y envidiablemente firme. Su inspiración se nutre de temas elevados, lejos de lo baladí y episódico: mártires, filósofos, apóstoles, personajes evangélicos

y eclesiásticos. Y los trata con admirable desenfado, con vigor o con pasión. Saumells cultiva un expresionismo muy profundo que no se limita a la mera forma. ¿Qué preferir entre sus obras? Como dibujante evidencia una gran soltura y consigue a veces excelentes trozos de color. Lástima que algunos de estos dibujos no se conviertan en lienzos, en grandes lienzos. Y como escultor, algunas de sus esculturas pueden ponerse allí donde se pongan las buenas obras del día (estamos pensando, por ejemplo, en las italianas), en tanto que sus relieves constituyen una colección realmente extraordinaria.

Desde sus comienzos, hará dos o tres años, la pintura de María Luisa Semper se caracterizó por una energía más varonil que femenina. De entonces para acá ha ido evolucionando, pero esta característica subsiste. En otros sentidos ha ganado, y M. L. Semper parece haberse instalado en un modo de hacer definitivo, al menos por ahora. Por este camino, sin duda obtendrá resultados muy estimables. Tendrá que limpiar su palèta y ordenar más la arquitectura interna de sus composiciones. Pero todo ello llegará, esperamos, aunque no se lo proponga; sencillamente, lo traerán los muchos años que todavía quedan por delante a esta joven pintora.—L. C.

UN MES DE EXPOSICIONES

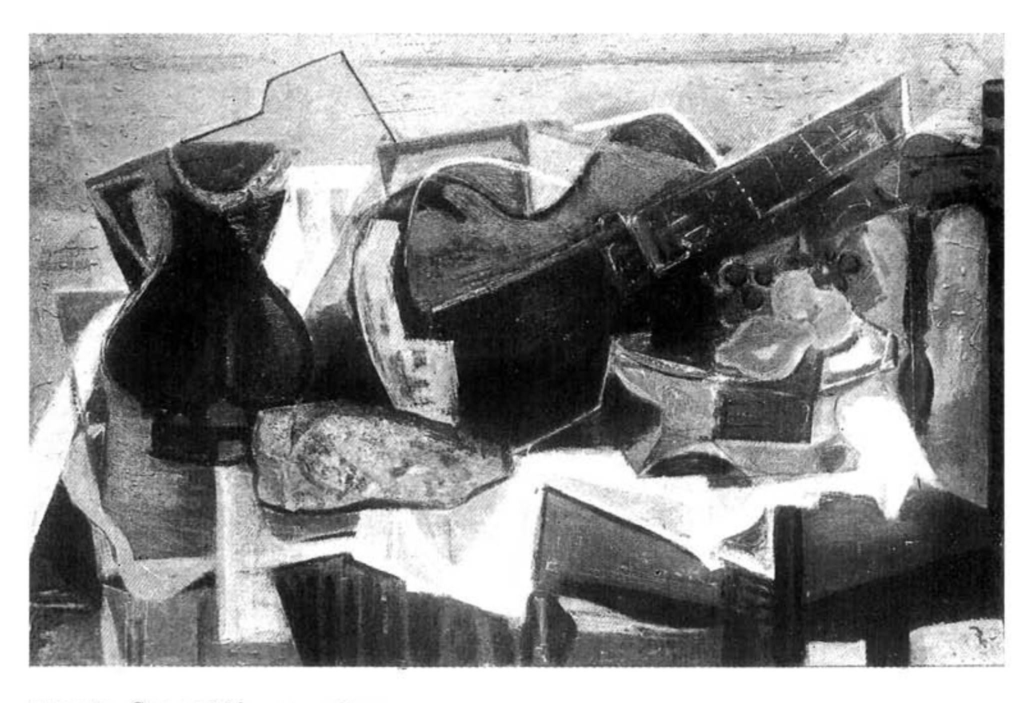
Sala *Dardo:* A. Herrero Alonso, bodegones. Chico Prats, óleos.
" *Macarrón:* E. Cobos y J. Cascajares, óleos. Payá Sanchiz, paisajes.
" *Alcor:* Elena Fischer (Austria), paisajes. J. Manaut, óleos.
" *Fénix:* A. Pacheco Altamirano (Chile), óleos.
" *Cano:* Martínez Vázquez, paisajes. J. Ferré Revascall, óleos.
" *Estilo:* Pilar Aranda y F. San José, acuarelas. M. Luisa Semper, óleos.
" *Toisón:* C. Moreu, óleos. A. Larrumbide, miniaturas.
" *Abril:* Sanguinetti, óleos y gouaches. F. Velasco, dibujos.
" *Clan:* Florencio Domínguez, óleos y dibujos. Montenegro, óleos.
" *Círculo de Bellas Artes:* Salón de humoristas.
" *Vilches:* S. Matilla, óleos. Amparo Palacios, óleos, dibujos. A. Iniesta, óleos.
" *Buchholtz:* Feito, óleos y dibujos. Valdivieso, óleos y gouaches.
" *Biosca:* J. M. Serrano, óleos.
" *Altamira:* Canogar, óleos.



M.ª LUISA SEMPER: *Caracoles en salsa encarnada.*



L. FEITO: *Santos.*



CANOGAR: *Composición con guitarra.*

Sala *Museo de Arte Contemporáneo:* Arte abstracto.
" *Círculo de Bellas Artes (Minerva):* J. Ojeda, óleos.
" *Dirección General de Bellas Artes:* Reproducciones en color.
" *Ateneo:* L. M. Saumells, dibujos y escultura. Escultura medieval.
" *Los Madrazo:* María Reneses, acuarelas. Lin Sheng Yang (China).

COLABORAN EN ESTA SECCIÓN:

RICARDO LEON G.
ALFONSO SASTRE
RAMON CRESPO PEREIRA
ILDEFONSO MANUEL GIL
LUIS CASTILLO



BIBLIOGRAFIA Y NOTAS

LAIN ENTRALGO Y LA UNIVERSIDAD HISPANICA

Pedro Laín Entralgo, rector de la Universidad de Madrid, presidente de la Asamblea de Universidades Hispánicas, en la primera sesión de esta Asamblea desarrolló una magistral lección, cuyo texto es el que contiene la presente obra (1). Muy conocido como el gran doctrinario español sobre pedagogía universitaria, esta lección constituye una nueva aportación al tema universitario, proyectado esta vez hacia el mundo hispánico, con lo cual se complementan sus anteriores estudios.

La Universidad Hispánica, centrada en la común maternidad de Salamanca, es el punto de partida: La Universidad es uno de los constitutivos germinales de la naciente vida americana, no sólo en el aspecto institucional, sino también en su medula espiritual y ejemplar, al henchirse la vieja y medieval Universidad de Salamanca de savia nueva, mostrando a todas sus hijas cómo era posible aunar la tradición y la originalidad oportunas.

Pero esta consideración del pasado es motivo, para Laín Entralgo, de meditación sobre el futuro: ¿Sobre qué porvenir quisiéramos brincar desde este presente que hoy nos ha juntado? La Asamblea se reunió para definir y afirmar una comunidad: la de las Universidades Hispánicas; comunidad vista como problema, cuya entraña será aclarada por la explicitación de los deberes del universitario hispánico.

Hay deberes que obligan al universitario hispánico, en cuanto tal, por encima del tiempo, y otros, de orden genérico, pero circunstancial, dados por nuestra época en la historia de Occidente. Los primeros son: servir por oficio a la verdad; distinguir humilde y esforzadamente en nuestra enseñanza lo verdadero de lo probable y de lo simplemente posible, y enseñar día a día, para formar los discípulos como "hombres de verdad". Los segundos vienen dados por la actual crisis de la Universidad, crisis que ha de ser superación, provocada por la irrupción de la masa en su ámbito, la penetración de la política y el cambio operado en la función social de la inteligencia, hoy desorientada y descontenta.

El intento de centrar los deberes para todo tiempo en el cultivo como universitarios de lo que nos define como hombres hispánicos, lleva a la pregunta de qué es lo hispánico: ni la creyente instalación en el fin absoluto de nuestra existencia, como si éste fuese ya realidad; ni la entrega, por el otro polo de la existencia hispánica, al puro goce inmediato y sensorial de la realidad, son suficientes para el hombre que de veras quiere ser intelectual y

(1) Pedro Laín Entralgo: *Sobre la Universidad Hispánica*. Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1953, 53 págs.

universitario. La solución la busca Laín Entralgo en la actitud vital subyacente a la vida moderna, en sus tres manifestaciones concretas de problematismo, temporalismo y accidentalismo. La fruición del momento puede darse viviendo lo relativo como si fuese eterno; en todo caso, presuponiendo una altísima estimación de la ciencia humana y de la dedicación a ella. En consecuencia, el "progresismo hispánico" debe ser visto como una conversión absoluta de nuestros pueblos a la modernidad o como una pura fidelidad a los viejos principios; ambas posturas extremas deben ser superadas mediante tres modos de vida individual y social: la efectiva convivencia social de las dos formas de vida y de los hombres que las encarnan; la convivencia psicológica dentro de la misma alma de las actitudes espirituales antes descritas: la científica y la religiosa; y la armónica conexión del saber científico y la fe religiosa en el alma del intelectual, entre lo que se sabe y lo que se cree.

Este mirar hacia el futuro exige que la institución, la Universidad, cumpla su cometido. Hoy les falta a las Universidades Hispánicas fuerza individual y mutua trabazón orgánica. La Asamblea debe afrontar la misión de fortalecer este segundo aspecto: la mutua trabazón orgánica entre las Universidades Hispánicas. Laín Entralgo propone la "Universidad Hispánica", o quizá "Lusohispánica", como entidad corporativa de todas las que en nuestro mundo son ya mayores de edad.

Con este estudio, Laín Entralgo inició el trabajo de la Asamblea, trabajo que consistía en buscar las maneras concretas de realizar esa vida corporativa, tan diáfanamente expuesta y fundamentada por el rector de la Universidad de Madrid. Lo que representó la obra de Ortega en la clarificación de la Universidad española, eso ha venido a representar la de Laín en la clarificación de la Universidad Hispánica, con lo que se culmina una segunda etapa, de decisiva importancia, en la historia moderna de nuestra Universidad. Son las ideas las que mueven a los hombres, y Laín ha acertado a mostrar la tarea del futuro, no tan sólo vivida ya en forma de tendencia inconsciente, sino como labor medular de la inteligencia misma.

CONSTANTINO LÁSCARIS COMNENO

PAPINI Y SUS HALLAZGOS ESPIRITUALES

Un libro de Papini, el genial converso italiano, es siempre un descubrimiento. El juego de su ingenio, que se despliega en profundidad de penetraciones; la originalidad de sus puntos de vista respecto de las cosas, que se abre en cauce de sugerencias nuevas; la brutal sinceridad con que expone sus pensamientos, desnudos de prejuicios y plenos de violenta disposición, que valoran su postura y su humana actitud, determinan el interés en la lectura de una obra de Papini—cualquiera que ésta sea—y la seguridad de acabar con una visión desconocida de los temas tratados. Ello no significa, ni mucho menos, una aceptación radical y entera de todos sus puntos de vista. Quizá es el autor de *Gog* un autor en quien—o frente al cual—mejor cabe advertir el fenómeno personal de una admiración de su estilo y de sus maneras junto con una disconformidad respecto de sus opiniones. La paradoja—la contradic-

ción aparente—opera aquí de dentro hacia fuera. Y en los lectores de Papini encuentra amplio e intenso muestrario. Cada tema es, en el autor italiano, una buena ocasión para que sus lectores asientan y disientan a un tiempo.

Descubrimientos espirituales (1) está en la línea de *Gog;* pero con más armadura doctrinal, mayor propósito de penetración y tanta violencia, sobre todo en algunos pasajes. Contiene una serie de "estudios"—de alguna manera habrá que llamarlos—acerca de temas universales: el Renacimiento italiano, Miguel Angel, Shakespeare, Cervantes y, ya en el mundo de nuestros días, Gide y Sartre. Tal vez son los enumerados—en cuya relación no están contenidos todos los tratados en el libro—los temas de más señalada significación. Hay un cariño extraordinario de Papini por dar al Renacimiento todo su valor, incluso un propósito no encubierto de cristianizar el sentido inicial pagano del mismo. Propósito que sólo estimación merece, aun cuando las cosas no hayan sido siempre, histórica y artísticamente, como Papini pretende. Una defensa del genio de los dramaturgos ingleses y universales y una amorosa dedicación a nuestro más grande escritor. En terreno ya moderno—más aún, actual—, Gide y Sartre son objeto de ataques, en los cuales se pone de manifiesto todo el destello hiriente de la capacidad de Papini para enjuiciar personas y valorar aportaciones. Aquí se eleva, quizá al máximo, ese sello característico del autor italiano, que recrimina con energía, no le teme a la arista de la palabra, ni se detiene ante la crudeza del concepto. Ni la serenidad puede hallarse en estas líneas ni cabe esperar un hallazgo de plácido enjuiciamiento. Temperamento apasionado el de Papini, toda su pasión la coloca al servicio de su vocación de escritor. Acaso se resienta algo la objetividad deseable; pero nunca hasta el punto que podría resultar a primera vista. Porque, en el fondo, hay siempre, inevitablemente, por carácter y razón de entrega, una autenticidad que salva todo partidismo y es el gran pasaporte de los hombres con voluntad de titanes, como Papini. Por eso, sin firmarlo, puede desvelarse cualquier escrito suyo y descubrir, en la emoción comunicable y en el acento, mitad profético, mitad reformador, de su expresión, al hombre profundamente preocupado, arrollador e incansable.

Con esta recopilación nos da Papini, una vez más, la confirmación de su personalidad, en camino de fidelidad continuada a sí mismo, y en orden a advertir lo que siempre ha sido doble cualidad esencial de su misma vida: la inquietud por los más variados—aunque universales—temas, y el desmelenamiento en el enfrentarse con su realidad sustancial y sus humanas, y sociales, derivaciones.

MANUEL ALONSO GARCÍA

CULTURA Y POLITICA EN UN PAIS TOTALITARIO

Editada con la habitual pulcritud de las Ediciones Criterio, y distribuída exclusivamente por Emecé Editores, de Buenos Aires, ha aparecido la primera edición castellana de la obra *Scott-King's Modern Europe,* con el título

(1) Giovanni Papini: *Descubrimientos espirituales.* Editorial Emecé. Buenos Aires, 1953.

de *La nueva Neutralia* (1). Ignoramos las causas por las cuales se ha soslayado una aplicación más directa del título original; pero estas cuestiones obedecen a oscuros—por lo menos para el lector y hasta para el crítico—móviles, que truecan, valga el ejemplo, el hermoso título de una película: *Le ragazze di Piazza d'Spagna,* por el anodino, manoseado y poco comercial de *Tres enamoradas.*

La nueva Neutralia es una novela típica del *humour* inglés cuando hila fino. Y es un libro político. Se trata de la aventura de un lingüista y profesor inglés, que se momifica en una institución escolar de Granchester. Por causas que no son del caso detallar, el profesor se ve invitado a unas fiestas en honor de un poeta de quinta fila, un tal Bellorius, que escribió en latín 1.600 interminables exámetros por los lejanos años de 1646. Pero este señor Bellorius fué nacido en Neutralia; y en nuestros felices días, Neutralia es un hermoso país totalitario, como pueden serlo políticamente Yugoslavia, Hungría, Rumania u otro satélite más o menos innocuo del sistema estelar de las cinco puntas. Las incidencias de la Comisión "occidental" pro Bellorius en Neutralia, el choque de ambas concepciones políticas, culturales y humanas, la explotación totalitaria y—digámoslo—desvergonzada de la cultura en favor de los fines políticos neutralianos, las fiestas oficiales, el mundo subterráneo de quienes se lucran de la desesperación fugitiva de los que intentan exilarse...; todo ello, desde el plano de ese humor inglés, constituyen algunas de las delicias que nos brinda Evelyn Waugh con buen conocimiento de causa.

Porque Waugh, que tiene sobre su conciencia una experiencia docente, y fué periodista, pintor, corresponsal de guerra en Abisinia y llegó hasta el honorable grado inglés de Mayor, participó en una misión especial ante Tito durante muchos meses, y según dice la propaganda de Ediciones Criterio, "protestó a toda voz cuando el dictador yugoslavo visitó recientemente a Inglaterra". Premio Hawthornden, novelista y últimamente encarrilado con felicidad por los cauces de los relatos humorísticos, nos presenta ahora la aguda reflexión sobre el estado actual de un pueblo extranjero maniatado inexorablemente —jerarquías y pueblo a la vez—por los pesados grilletes de la política totalitaria según los procedimientos moscovitas.

En *La nueva Neutralia* se debaten dos temas principales: el primero importa menos aquí, pues se refiere a problemas educativos ingleses, y señala con aguda clarividencia el peligro que corre la formación integral humana del estudiante inglés con la progresiva desaparición de las disciplinas clásicas, como son el griego y el latín, hasta el extremo de que el protagonista de la novela, "el viejo Scottie", es la única muestra que se conserva de un grupo numeroso de profesores de la especialidad clásica, reemplazados todos, con la inexorabilidad de que solamente son capaces los fanáticos del "progreso" y del utilitarismo, por profesores de física y de economía, mientras las humanidades languidecen mortalmente.

Tal es el primer problema, agudo y bien visto. El segundo concierne al mundo político signado como característica de nuestro tiempo: el totalitarismo. Para centrar la cuestión, haremos resumen de la historia neutraliana. Y luego que el lector haga sus comentarios.

El, en 1646, dichoso reino de los Habsburgos es hoy el turbulento Estado

---

(1) Evelyn Waugh: *La nueva Neutralia.* Título original, *Scott-King's Modern Europe.* Trad. de J. R. Wilcock. Ediciones Criterio. Buenos Aires, 1953. 132 págs.

de Neutralia. De entonces acá, el país soportó todos los males imaginables que pueden ocurrirle a un Estado: guerras dinásticas, invasiones extranjeras, *sucesiones disputadas, colonias que se independizan, epidemias de sífilis,* empobrecimiento del suelo, intrigas masónicas, revoluciones, restauraciones, cábalas, juntas, pronunciamientos, liberaciones, constituciones, golpes de Estado, dictaduras, asesinatos, reformas agrarias, elecciones populares, intervención extranjera, negativa de empréstitos, inflaciones, sindicatos, matanzas, incendios, ateísmo, sociedades secretas... De todos estos ingredientes, y alguno más que signaría el carácter personal de ciertos neutralianos de jerarquía, nació el Estado de Neutralia, "un típico Estado moderno, gobernado por un único partido, que aclama a un mariscal como jefe supremo y soporta una vasta burocracia, cuya labor es suavizada y humanizada por la corrupción".

Este país, que "no intervino en la segunda guerra mundial", al que fué a visitar el profesor Scott-King, aquel inglés que "era un adulto, un intelectual, un clasicista erudito, casi un poeta"; el país del que se decía en el claustro de la *Secondary School*, de Granchester, que *tenía "demasiados secretos, equi*pos de físicos alemanes que hacen bombas atómicas; guerras civiles encarnizadas; la mitad de la población en campos de concentración...". Y sin mayor preparación, el "adulto" profesor se fué a Neutralia, situada en el corazón de Europa, nación que, por razones de propaganda política (pues por el año de 1946 no había un centenario mejor a que echar mano), organizaba los festejos del III Centenario de la muerte de Bellorius.

Y la ingenuidad occidental de 1946 ante el fenómeno comunista llevó a Neutralia los encendidos arrebatos de la buena fe. No importa que hasta para un niño fuese evidente que los actos del Centenario de Bellorius servirían de máscara grosera a la propaganda política; ni importaba que el pequeño prestigio ensayístico del profesor Scott-King, desconocido en su patria, fuera aplicado grandilocuentemente en una mera explotación propagandística de las cualidades políticas de la *Modern Europe,* representada por la comunista Neutralia; ni importaba la trampa de cartón de los actos conmemorativos... Las democracias occidentales confiaban en su aliada de los editoriales de *Pravda* y de *Izvestia.* Y el profesor, fiel a sus principios, y aunque los "políticos se habían burlado de la Asociación Bellorius"; aunque el monumento no fuese más que un fetiche de la guerra civil neutraliana; aunque "Bellorius no había tenido nunca nada que ver con Neutralia, pues había sido un general bizantino"; aunque los profesores no habían venido a Neutralia por motivos políticos..., todos, hasta la bandera de Inglaterra, tuvieron que contribuir al complot político... Y, pese a todo, un inglés tarda su tiempo en apearse del burro. Y el profesor inglés, "un adulto, un intelectual, un clasicista erudito, casi un poeta", pese a todo, y ante la estatua aplicada a Bellorius, dijo: "... un mundo desgarrado y amargado se unía en ese día para dedicarse a la consecución del majestuoso concepto de Bellorius, y reconstruirse primero en Neutralia y luego, entre todas las anhelantes naciones de Occidente, sobre las bases que Bellorius tan sólidamente había colocado... En ese día se encendía un cirio, que por la gracia de Dios no se apagaría jamás."

Y, al fin, cuando al clausurarse los ajetreados festivales, el inglés fué abandonado por el Comité de recepción, sin dinero, sin amigos, sin visados, sin Bellorius también, primero a la miseria y luego a las garras de los estraperlistas de la huída, el ingenuo demócrata inglés ya no pudo creer ni un segun*do más en que la cultura occidental pudiera resurgir nuevamente en Neutra-*

lia. "Porque Neutralia no fué preservada por el Destino de los horrores de la guerra para convertirse en faro de esperanza del mundo."

Y el orgullo inglés, mohino y desairado, hubo de reintegrarse a la orgullosa metrópoli con la escarcela democrática vacía de convicciones.

El propio autor se veda ciertas profundizaciones en el infortunio democrático. Porque la musa cómica, que nunca se pierde casi nada de lo que es *humano, también encuentra* lugares prohibidos: esos abismos del espíritu humano, propicios a la agonía y a la desesperación, de los que pudo aflorar nuestro inglés en una amanecida al mundo civilizado, en los dominios del Campamento núm. 64 de Inmigrantes Judíos Ilícitos, en Palestina.

Al autor nos atrevemos a objetarle un desliz de su aguda y felicísima vena humorística. Aunque sea partidario casi exclusivo del *humour*, hemos observado que cuenta también con esos "lugares prohibidos" hasta para la musa cómica. No ha sabido tenerlo en cuenta en la página 33, cuando dice, a propósito de cierta periodista inglesa, hombruna y solterona: "... solía aparecer en todos los lugares donde ocurría algo desagradable: Dantzig, el Alcázar, Shanghai, Wal-Wal..." Para ser simplemente humor, existen en la comparación excesivas irregularidades históricas, y alguna cosa más. Al autor se le olvidó localizar a la reportera en algún otro desagradable lugar de la especie, no escasa para Inglaterra, de los Dunquerque, Egipto y la India...

ENRIQUE CASAMAYOR

LA NUEVA LEGISLACION SOCIAL ARGENTINA

La etapa signada, en Argentina, por el paso del Presidente Perón por el Poder, quedará como un hito en la historia del país. Por encima de los posibles enjuiciamientos—favorables, unos; no tanto, otros—de su política, queda la realidad incuestionable de la transformación que, con aliento verdaderamente revolucionario, el régimen peronista ha llevado a cabo. Hoy día, el justicialismo no es ya solamente una doctrina o un sistema nacionales; su repercusión ha trascendido las propias fronteras de la República Argentina, para pasar, cuando menos, a materia de controversia internacional. Término de adopción o causa de prevención, la doctrina justicialista extiende su significación y prolonga su influencia. La tercera posición no es una utopía: representa una efectiva realidad en el ámbito argentino, y, por su propio planteamiento, como solución que escapa, superando ambos al liberalismo capitalista y al colectivismo despersonalizado, entraña también una realidad más allá de lo puramente nacional.

Son bien conocidos los tres postulados esenciales del justicialismo: independencia económica, justicia social y soberanía política. Tres pilares cuyo recíproco encadenamiento y estrecha vinculación y dependencia crea la imposibilidad de existencia de ninguno de ellos sin que se den los otros dos; o sin que alguno sirva de complemento necesario a los restantes. Ello, constitucio-

nalmente admitido. Pero, además, con la eficacísima derivación de un desenvolvimiento posterior en disposiciones legales, que, por vía jurídica—que acaba siendo aquí siempre jurídicosocial y jurídicopolítica—, realiza una obra de transformación de auténticas dimensiones revolucionarias. Si a todo lo conseguido se une una preocupación real por hacer posible el alcance de la conciliación entre valores tales como la autoridad necesaria dentro del orden social y la libertad del individuo, junto con una labor intensa por hacer, que la dignidad de la persona logre cumplida efectividad mediante la garantía de un bienestar económico y un disfrute de los bienes de la cultura y el espíritu, se comprenderá perfectamente el sentido cristiano que, en su formulación de principios, el justicialismo envuelve. Doctrina que implica una concepción entera aplicable a los problemas económicos, sociales y políticos: a la Empresa, a la propiedad, a la cultura, al Estado, etc., etc. Ha sido el mismo Perón quien ha dicho que la "tercera posición no es, de manera alguna, una posición de neutralidad frente a los problemas políticos, económicos y sociales del mundo contemporáneo. Es, en cambio, una actitud positiva que se ofrece a la Humanidad como solución de sus problemas. Es una filosofía que conforma una doctrina y una teoría en lo político, en lo social y en lo económico; y es sustancialmente distinta del individualismo capitalista y del colectivismo en cualquiera de sus formas". Y, en otra ocasión, también Perón ha dicho expresamente que "nuestra doctrina, dentro de un orden cristiano de valores, supera las concepciones materialistas exaltando los valores del espíritu, y asigna al hombre una dignidad superior, aspirando a que él logre sus altos destinos en una sociedad organizada con justicia".

Constitucionalmente, el justicialismo o peronismo, la doctrina de la tercera posición, ha cuajado en un conjunto de formulaciones, que son, a un tiempo, derechos y deberes del individuo y garantías de los mismos.

Quizá por la propia índole de la doctrina justicialista, pocos campos tan llamados a un cultivo por ésta como el campo social, bien que hoy todo programa político haya de ir pertrechado de un fuerte contenido social si aspira a satisfacer las exigencias más elementales de la comunidad a que pretende servir. El peronismo no ha descuidado, ni mucho menos, este aspecto de lo social, realizado también, en gran medida, por caminos jurídicos. Bien de manifiesto lo pone el libro que, con el título de *La nueva legislación social*, ha editado el Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de la nación, con obra muy personal de su titular, Jerónimo Remorino, que escribe el prólogo.

La obra que comentamos se inicia con un capítulo dedicado a resaltar la consagración constitucional de los derechos que llamaríamos sociales, según denominación hoy en uso ya en la terminología política doctrinal. A continuación, otro capítulo estudia los organismos principales de trabajo y previsión, que llevan a cabo la realización de la política social y de seguridad social. Luego, y en sendos capítulos, se contienen una síntesis reveladora de la legislación existente en la Argentina acerca de materias, aspectos o instituciones tan importantes desde el punto de vista jurídicosocial, y aun del estrictamente social, como la colocación de los trabajadores, las vacaciones anuales, el descanso semanal, los días feriados obligatorios con goce de salario, los salarios y sueldos, el sueldo anual complementario y el salario familiar, la higiene y seguridad del trabajo, accidentes de trabajo, trabajo de menores y aprendizaje, trabajo de mujeres, asociaciones profesionales, conflictos de trabajo, estatutos

y reglamentaciones de las profesiones, convenciones colectivas, asistencia social y servicios sociales, jubilaciones y pensiones, pensiones de vejez, seguro colectivo de vida, viviendas, turismo de los trabajadores y de sus familias.

En suma, y como fácilmente cabe deducir de la enumeración hecha, se trata de un libro en el cual está contenida una visión general de lo que actualmente integra el índice de un Derecho del Trabajo en su parte puramente jurídica, y en el campo de la seguridad social, y donde se advierte cómo la doctrina justicialista ha hecho realidad unas aspiraciones adaptándose a la conducta del trabajador como elemento de la sociedad más necesitado de protección, contribuyendo, por este sendero, a la dignificación de la persona y a la *valoración espiritual del trabajo en cuanto actividad—la más* noble—de aquélla.

MANUEL ALONSO GARCÍA

LA AUTOBIOGRAFIA DE KOESTLER

Nuestra época, más que ninguna otra, está pletórica de tragedias, y hace suponer a algunos pensadores, poseídos por la visión escatológica de la Historia, que *los tiempos están maduros,* como diría Rilke; que viviríamos, pues, en un *tiempo último.* Pero pocas tragedias llegan a estas cumbres de la desesperación, en las que se mueven, con ademanes de fantasmas inquietos, *los desengañados políticos,* los héroes frustrados de nuestro tiempo. No queremos referirnos aquí a los simples casos de cambio de opinión o de frente. *El Campesino,* por ejemplo, no plantea problemas, ni tragedias personales. En casos como éstos, el espectador puede preguntarse con razón: ¿cuál de los dos "campesinos" *es el auténtico: el comunista o su dudoso antípoda?* Ser *comunista,* o cualquier otra cosa, para hombres como éste, significa buscar siempre la oportunidad de hacer el mal. Uno termina con el respectivo *ismo* en el momento en que esta oportunidad se halla agotada. Muy diferente es el caso de *los que han creído,* que han visto el mundo bajo un nuevo aspecto a través de los dogmas marxistas, y, una vez en medio de la realidad comunista, se han dado cuenta de que su conversión ha sido un tremendo error y su ídolo un monstruo como cualquier otro. El caso del creyente es, sin lugar a dudas, muy diferente del oportunista, puesto que el creyente busca la ocasión de hacer el bien y sigue en esta postura aún después del desengaño, así como el oportunista sigue deseando el mal después de haber agotado todas las posibilidades de uno u otro partido.

Arthur Koestler (1) creyó elegir el bien cuando, muy joven todavía, ofreció sus servicios al partido comunista alemán, pidiendo lo enviase a Rusia para manejar un tractor. Mas el partido tenía suficientes tractoristas. Lo que necesitaba en aquel momento era un espía más en Berlín. En aquel tiempo, poco antes que Hitler conquistase el Poder, Koestler dirigía uno de los periódicos berlineses de la "cadena" Ullstein, la mayor empresa periodística y editorial europea, y no fué, por cierto, la miseria la que lo empujó hacia

(1) Arthur Koestler: *Flecha en el azul.* Emecé Editores. Buenos Aires, 1954, 402 págs.

Moscú. *Flecha en el azul* es la historia de esta conversión, el primer tomo de una trilogía que empieza en Budapest, donde el autor nace en 1905, y que terminará en el desierto de la desilusión. Ya en este primer tomo, el afán de justificar su decisión y de ironizar su propia conducta constituyen pruebas evidentes de que el autor ya pasó, de la fase crítica y polémica con respecto al comunismo en general, a la fase del proceso personal, no tanto para justificar su conducta, como Churchill, sino para autocomprenderse. El origen semita de Koestler explica, sin duda, muchas cosas, entre otras la siguiente: ¿cuál podía ser la actitud de un activo sionista en el año 1931, en un momento en que el único lugar en Europa donde un hebreo tenía la probabilidad de sentirse amparado era Rusia? Mucho menos lógica fué la actitud de tantos escritores europeos cristianos, que se pasaron al comunismo para luchar *en pro de la libertad.* Además, su conducta, como él mismo lo reconoce, fué mucho más razonable y bien pensada de lo que puede imaginarse en un primer momento.

"La República de Weimar se encaminaba hacia la guerra civil; ganaran en última instancia los nazis o los comunistas, en ningún caso la prensa liberal podría sobrevivir. De esta manera, una vez más, el impulso irracional que me impelía a arrojar por la borda el fruto de tantos años de trabajo, demostró, después de todo, ser eminentemente racional, en un mundo de locura colectiva. Si me hubiera conducido razonablemente, es muy probable que hubiera terminado en el crematorio de Belsen."

No resumiremos aquí este libro lleno de acontecimientos, de encuentros, de dramáticos cambios de rumbo. Baste decir que el autor no es un simple escritor que nunca se ha movido de su cómodo bufete, sino uno de aquellos héroes frustrados a los que aludíamos más arriba. Puede ser que el lector no esté siempre de acuerdo con su pensamiento o con sus actitudes; pero a este hombre no se le puede achacar una culpa: la de haber tenido miedo a la vida. La ha vivido, al contrario, a la manera de Pizarro, quemando varias veces sus naves, para no volver atrás. Y esto es mucho, y entre tantos escritores cobardes—pienso en Malaparte, en el coqueteo de Sartre con el comunismo, en Thomas Mann y en otros más—, el trágico destino de este hombre, nacido, como su raza, con la vocación del destierro, puede ser que, en cierto sentido, sea ejemplar. Nació en Hungría, estudió en Viena, fué a Palestina y trabajó allí en una granja colectiva, sufrió el hambre y la miseria en Tel Aviv, vivió en París como corresponsal de la "cadena" Ullstein, dirigió un periódico en Berlín, participó en el vuelo del dirigible *Graff Zeppelin* por encima del Polo Norte y, de regresó a Berlín, decidió de repente ingresar en el partido comunista, el 31 de enero de 1931. Aquí termina el primer tomo.

Flecha en el azul, como los demás libros de Koestler, adolece de un vicio originario: el del periodismo. Hasta sus novelas son las de un periodista que excede en el reportaje, pero no alcanza sino muy pocas veces los verdaderos límites del arte. En un libro de memorias, el defecto es menos grave; pero esta vez, el lector tiene que aguantar al filósofo Koestler, que no está mayormente dotado para la filosofía que el periodista para las novelas. Mas lo que uno busca en un testigo del tiempo, de la talla de Koestler, es el documento elocuente, aquel hecho o aquel conjunto de sucesos con valor simbólico que escapan al espíritu de observación de los demás contemporáneos y vierten una nueva luz sobre un determinado período. *Flecha en el azul* (que viene a ser como el símbolo de un individual progreso indefinido) tiene, en este sentido,

páginas esclarecedoras, a pesar del vicio periodístico y de la manía filosófica, que hacen fluctuar el libro entre lo superficial y su seudoantípoda. La observación de que la Humanidad vivía, a principios del siglo, el fin de la Edad de la Razón; la opinión de que el marxismo es una doctrina romántica, ya sin contacto con los anhelos del hombre de hoy, y que el culto del proletario es la artificial prolongación en el tiempo del culto del buen salvaje o del buen pastor, practicados por los escritores románticos; la crítica del socialismo, las observaciones con respecto a la vida política alemana y europea, sitúan con precisión en el tiempo lo que se podría llamar "la tragedia Koestler" en la tragedia de nuestro tiempo. Impresionante logra ser también la descripción de la fase encantada en sus contactos introductivos con el comunismo. Al cruzar, por ejemplo, las vastas soledades del norte de Rusia durante el viaje en el *Graff Zeppelin*, el joven Koestler, conquistado ya por el ideal comunista, observa con entusiasmo las raras aldeas, las salvajes bellezas, todo este *imperio de la libertad*, que le servirá como material para escribir, después de su conversión, un libro sobre su viaje ártico, editado en Rusia por una Editorial del Estado. Los hombres que veía desde el *Graff Zeppelin* eran para él los "héroes del socialismo"; el paisaje tenía la grandeza y la hermosura del paraíso, que poco a poco desarrollaba sus engañosas dimensiones en el alma del joven entusiasta. Al pasar por encima de Novaya Zemlya—una isla situada al norte de los Urales—, Koestler admira las montañas cubiertas por eternas nieves y la soledad impresionante del lugar. "Sin embargo, mi recuerdo de esta isla ha sido manchado por lo que supe más tarde: que Novaya Zemlya se ha convertido en un nuevo campo de concentración. Desde mediados de la década del treinta se explotan el cobre, el plomo y el carbón de sus minas exclusivamente mediante trabajos forzados. Entre los habitantes de los otros campos de concentración de Rusia circulan relatos sobre las condiciones de vida en las minas árticas durante la noche polar, más fantásticamente macabros que los relatos de las cámaras de gas de Belsen."

Las amargas comprobaciones son del desengañado de hoy. El hombre es, sin duda, sincero, y ofrece sin titubeos a los lectores las deplorables páginas de su primer libro publicado en Rusia, llenas de las ridiculeces de su entusiasmo de otrora. Por doquier pasaba el *Graff Zeppelin* en aquel viaje de iniciación a Rusia, Koestler veía sólo las imágenes de la alcanzada felicidad terrenal. Más tarde se dió cuenta de que aquellas soledades servían al régimen de Moscú no para liberar al hombre, sino para esclavizarlo y destruirlo material y espiritualmente.

Pero, al lado de estos aciertos periodísticos, el libro de Koestler tiene fallas que, sin quitarle el valor documental ni su auténtica tinta de tragedia, enjuician la misma objetividad del escritor. Así, por ejemplo, las páginas dedicadas a la revolución comunista húngara de 1919, a la que el autor asistió, adolescente ya. Pues bien: esta revolución, iniciada y dirigida por Bela Kuhn, la primera revolución comunista victoriosa en el corazón de Europa, la descubre Koestler bajo los colores de una empresa humanitaria e inocente, porque él mismo había tenido la oportunidad de asistir a una conferencia que una prima de él dió en una factoría de los suburbios de Budapest y porque los carteles publicitarios del régimen tenían matices surrealistas y divertidos. El hecho de que la prima de Koestler haya sido asesinada más tarde por los nazis en un campo de concentración, hecho deplorable en sí, no justifica la simpatía que el memorialista consagra a una revolución en que su prima pudo

desarrollar un papel inocente, pero cuyos principios Koestler mismo había de atacar más tarde en libros que lo hicieron famoso. Todo esto pasó hace mucho tiempo, es verdad, y esto haría pensar a los admiradores que Koestler tendrá seguramente entre los jóvenes de hoy que aquella sangrienta revolución fué una empresa más bien romántica y espontánea que uno de los muchos atentados de Moscú en contra de nuestra civilización. Lo que sería un peligroso error.

Otra falla, característica de casi todos los antiguos miembros del partido comunista, es la de considerar el porvenir de Occidente como una catástrofe ineludible, según la enseñanza del fatalista Karl Marx. Varias veces, en el curso del relato, Koestler alude a la inevitable catástrofe de nuestra civilización o del género humano. Profeta bíblico y ex alumno de las Academias comunistas, el autor está doblemente sujeto a la exageración, y su tono lo coloca en seguida en una posición fatalmente pesimista, igualmente relacionada con su origen y con su formación política, dos fuentes de inspiración y dos sellos que no dejarán nunca de influir sobre su vida y su obra.

"Ningún cirujano del cerebro puede devolvernos la virginidad de una ilusión." Esto es verdad, en cuanto a las ilusiones del joven Koestler se refiere, embaucado por los discursos de su prima y por los carteles surrealistas de un régimen más bien realista. Pero ¿qué ilusiones podía despertar un Estado como el alemán, fundado sobre el equívoco de Weimar? La empresa Ullstein, donde Koestler trabajó durante su residencia berlinesa, era defensora de aquel Estado liberal de tipo modernista y progresista, como Koestler mismo lo define. Alguien tenía que ser muy ingenuo para forjarse ideales alrededor de aquel compromiso ideológico derrumbado sin gloria por las primeras embestidas del nacionalsocialismo. Koestler, sin embargo, dedicó algunos años a la defensa de aquel ideal. Pero ¿por qué defenderlo todavía cuando, encaminada de aquella manera, Alemania no podía esperar ser más que comunista o nacionalsocialista? Claro que la decisión del autor al elegir al primero, tiene, al lado de las evidentemente ideales, razones que el autor no quiere confesar, y que no obedecían a las causas que empujaron a Malraux o a Gide hacia el comunismo. El mismo derrotero de Koestler nos plantea varias veces durante la lectura el siguiente problema: el autor de este hermoso libro no es un europeo. Su origen y su fe lo empujaron dos veces hacia Oriente, una vez hacia Palestina, otra vez hacia Moscú. Pero estas mismas hazañas lo colocan en un plan que no es el nuestro. A pesar de la simpatía que nos inspira, este trágico destino parece ser más bien el de un curioso forastero, partícipe de nuestros dramas, pero dirigido siempre hacia metas situadas en un horizonte secreto, más allá de la trayectoria occidental. La misma impresión de extrañeza con respecto a las aventuras y a las opiniones del autor nos sobrecogió al leer la autobiografía de Stefan Zweig *(Die Welt von Gestern)*, el libro mejor logrado entre las fantasías comerciales del compatriota de Koestler. El autor de *El cero y el infinito* hace, en medio de las letras y las ideas europeas, figura de tránsfuga. Sus libros contienen, en efecto, el alma de los dos mundos a los que el escritor pertenece biológica y espiritualmente: Palestina y Moscú. De aquí el extraordinario éxito de este tránsfuga, que reveló a los europeos mal informados el rostro terrible del comunismo o las aventuras, entre cómicas y heroicas, del flamante Estado palestinense. (Véase, a este respecto, *Ladrones en la noche.)* Resulta evidente que el éxito se basó esencialmente en este carácter de revelación que tuvo la obra, digamos "oceanográfica", de Koestler, y que, en este sentido, sólo puede ser comparada con el libro de información

documental de Kravchenco, cuyo *Yo elegí la libertad* hace gala de la misma autenticidad y del mismo esfuerzo *desde dentro*, que no lograron alcanzar los autores europeos inmersos casualmente en la realidad comunista.

Esta afirmación plantea otra vez la relación tantas veces establecida entre marxismo y judaísmo. Ella explica de manera ideal la elección de Koestler en 1931 y el entusiasmo juvenil que el gran escritor dedicó, con la misma sinceridad, al sionismo como al marxismo. ¿Cómo comprender entonces su desengaño, cuando todo coincidía para que el nuevo camino fuese el ensanche perfecto del antiguo? ¿En qué punto precisamente el bíblico y marxista Koestler se dió cuenta de que *su tradición* y su ideal no tenían nada que ver con el comunismo? Pues en el punto en que el comunismo se separa del marxismo. Koestler aparece como una víctima del nuevo rumbo staliniano, nacionalista e imperialista, tan extraño al internacionalismo judaico como el nazismo hitleriano. Durante la última contienda, los espirituosos vieneses sostenían que la única diferencia que en aquel momento había entre Moscú y Berlín era que en Berlín hacía menos frío que en Moscú. Fué esta única diferencia la que transformó al entusiástico escritor en un desengañado. Este desengaño se produjo siempre con asombrosa exactitud psicológica. Koestler dejó a Alemania cuando su instinto le advirtió del peligro antisemita que se aproximaba. Y eligió el comunismo para poder trasladarse a Moscú. En la capital soviética advirtió el cambio con la misma exactitud y previsión, y dejó a Rusia en el momento en que el nacionalismo staliniano evolucionaba hacia un previsible antisemitismo. Pero, sobre todo esto, Koestler argüirá en el segundo tomo de sus memorias, punto culminante de sus experiencias, de las que habían de brotar aquellos libros inolvidables, que fundamentan en cierta medida el anticomunismo, un poco tardío, pero no menos interesante, de todos aquellos europeos y americanos que, a través de su lectura, empuñaron después de la segunda guerra la espada del anticomunismo.

VINTILA HORIA

MUJERES DE "AZORIN"

El mejor biógrafo de *Azorín*—¿quién no ha pensado al instante en Angel Cruz Rueda?—ha publicado recientemente un volumen, consagrado a presentar y glosar las mujeres ideadas por *Azorín* y vivificadas por éste en las páginas de sus principales obras (1). La intención de Cruz Rueda y el acierto con que ha cumplido la para él gratísima misión, sólo plácemes merecen de cuantos sienten de antiguo sincera admiración por el autor de *Los pueblos*. Al frente del libro, *Azorín* ha trazado una silueta de Cruz Rueda, escrita con la sobriedad y belleza de que sólo él tiene el secreto, en ese estilo suyo tan sencillo —¡y por eso mismo inimitable!—, que lo ha convertido, sin disputa, en el más moderno y el más clásico de nuestros escritores contemporáneos.

Como de todos los escritos de *Azorín* se desprende siempre una agradable

(1) Angel Cruz Rueda: *Mujeres de "Azorín"*. Biblioteca Nueva. Madrid, 1953. 298 págs.

y provechosa lección, o se advierte cuán discretamente aporta una nueva voz al acervo de nuestra lengua, en el aludido prólogo leemos el sustantivo *coloquiante*, neologismo que nos parece será acogido por la Academia como un perfecto y bello derivado de *coloquio*, digno de figurar junto a los más castizos vocablos de nuestro idioma.

* * *

La primera mujer que aparece en el álbum es Justina, la muchacha sometida a la voluntad del cura Puche, su tío, quien le amenaza con hacer de ella una monja antes que tolerar sea la esposa de Antonio Azorín, el personaje homónimo del escritor de su novela *Voluntad.* La decisión del cura es tenaz, y ello hace que se enfurezca Azorín—no el escritor—, y que recuerde tenía razón su maestro, el anciano pesimista y desolado Yuste, "cuando decía la otra tarde que hay que apelar a la fuerza para cambiar este estado social, y que no hay más medio que la fuerza...". Tras Justina desfila Iluminada, la amiga de Justina, que comunicaba a Azorín los altibajos de las desventuras que le esperaban en sus amores con la sobrina del cura Puche. Al fin, Justina ha entrado en un convento..., y al cabo de algún tiempo muere en él... A Antonio Azorín le place hablar con Iluminada, que es "una fuerza libre de la Naturaleza, como el agua que salta y susurra, como la luz, como el aire...".

A esas siluetas de Justina e Iluminada sigue el capítulo titulado "Las viejas", resumen de algunas páginas de *Azorín* consagradas a las ancianas y a los niños. Empieza el maestro recordando los llantos o las exclamaciones jubilosas de un niño que a menudo interrumpían su labor, y prosigue: "Para el niño que yo he oído llorar y reír durante tantas horas, a lo largo de tantos años, mientras yo apaciblemente leía, yo quiero que en la vida todo sea estro divino, ímpetu generoso, bondad inagotable... Ese niño no conocerá acaso nunca al escritor que tanto, ignorándole, le ha querido... Si hay alguna sensibilidad en estas páginas, ¿no se deberá en parte a ese niño?" Esas líneas son de *Los dos Luises y otros ensayos.* En *El chirrión de los políticos,* el protagonista afirma que, en la senectud, "lo único que nos atrae es la sonrisa de un niño... ¿Conoce usted, querido amigo, angustia mayor que el dolor de un niño?". Son numerosas las viejecitas creadas por *Azorín* y recordadas por Cruz Rueda: las "viejecitas acartonadas, avellanadas, estas viejecitas andaluzas que no comen jamás, jamás, jamás...". (La reiteración del adverbio sigue teniendo, ¡ay!, actualidad.) A las viejecitas siguen las mujeres de los balnearios, las "muchachas que guardan cartas y retratos, que tocan en el piano obras sentimentales, que leen a Campoamor y a Bécquer, que suspiran, rezan y lloran...".

No queremos dejar de señalar, al ocuparnos de este libro, infinitamente agradable, la influencia azorinesca que se advierte en la prosa flúida y correctísima de Cruz Rueda, dicho sea no en demérito, sino en elogio suyo. No una, sino varias veces, después de leer un párrafo o una página completa, hemos tenido que releer el mismo texto para buscar las comillas que nos señalasen lo que era labor de *Azorín* o bien de su mejor comentador. No hay exageración en afirmar que sin esa relectura nos habría resultado difícil establecer la auténtica paternidad de innumerables líneas: de tal modo el espíritu del exegeta ha logrado que su prosa sirva de engarce a la del maestro. ¿Qué otro elogio mejor podría hacerse del libro?

Bien quisiéramos comentar algún capítulo más de las *Mujeres de "Azorín"*

—todos ellos a cuál más deleitosos—; pero no queremos abusar del espacio reservado a este reseñilla, con la cual, burla burlando, a la vez que elogiamos un libro digno de sincera loanza, expresamos nuestra más humilde admiración hacia el escritor cuya intensa y extensa obra lo ha inspirado.

* * *

Dicho lo que antecede acerca del contenido del libro, vayan unas palabras más sobre el continente. El dibujo de F. Marco utilizado para la cubierta—que como obra de tan admirable ilustrador sólo merece elogios—habríamos preferido verlo en el interior, en página fuera de texto, en cuché, o en el lugar de la página 3. Nunca en su cubierta. Para ésta lo juzgamos demasiado barroco, de difícil lectura para la generalidad de quienes acostumbran detenerse ante los escaparates de las librerías. Una cubierta tipográfica, utilizando, verbigracia, los hermosos caracteres Ibarra, con el título del libro y la viñetita de la Biblioteca Nueva en rojo, y en negro todo lo demás, saltaría fácilmente a la vista del curioso buscador de novedades literarias... Estamos seguros de que, aun habiendo sido expuesto en los escaparates de algunas librerías, se lo "habrán comido", como vulgarmente se dice, los restantes libros... Es menester realizar un esfuerzo visual nada leve para leer esa cubierta, aun teniendo el ejemplar en las manos... Piénsese en quién podrá distinguirlo, al atardecer, si se halla situado a un metro de distancia, en el escaparate de la librería, rodeado de otros muchos volúmenes, y con el alumbrado de que disfrutamos...

JOSÉ LÓPEZ Y LÓPEZ

GUTIERREZ SOLANA, EN LA "CARIÁTIDE"

Esta bella colección de la "Cariátide", en su volumen VI, ofrece una perfecta muestra de la recia y compleja obra de José Gutiérrez Solana (1). El estudio que precede a las ilustraciones es de Manuel Sánchez-Camargo, ilustre escritor y crítico de arte, al que ya debíamos el libro más importante sobre el genial pintor.

Ahora, Sánchez-Camargo ha condensado en treinta y siete páginas la vida de Solana y el estudio de su arte. La biografía se da en función interpretativa de la obra, porque en muy pocos pintores se puede encontrar tan perfecta adecuación de una y otra como en el caso de Solana, en el que el mundo de su infancia—un mundo visitado por la muerte y por la pesadilla—fué creciendo en una misma intensa dirección, enriqueciéndose en las sucesivas repeticiones, teniendo siempre un sorprendente caudal de variantes en la línea ascendente de su unidad.

Gutiérrez Solana vuelve a nuestros ojos en un retrato verbal lleno de sabios y reveladores detalles, que nos lo muestran vivo, entero, exacto: "Su figura era alta, ancha, fuerte, algo vencida. Parecía un hidalgo, y, a la vez, un gran

---

(1) Manuel Sánchez-Camargo: *Solana, pintura y dibujos*. Colección de la "Cariátide", VI. Afrodisio Aguado. Madrid, 1953.

paleto. En su cabeza, casi pelada, se alzaba sobre la frente un tupé de *clown* o de niño testarudo. Vestía trajes de segunda mano o, mejor aún, como él decía, *de segundo cuerpo*, arrugados, descosidos y rotos." "Incansable fumador, sus cigarrillos se le quedaban olvidados en los labios. Al andar se balanceaba como si fuera en un barco que no encontrara nunca puerto, y el humo gris del pitillo parecía una aureola y también una chimenea sobre su fachada, torcida del lado diestro y tocada con un viejo sombrero corrientemente fuera de su sitio. Una explicación suya, en términos propios y acompañada de ternos, era una afirmación categórica que no admitía réplica. Cuando su dedo ancho, macizo, casi cuadrado, señalaba algo, parecía haber señalado todo lo que podía existir. Era un hombre antiguo, acaso el primer español prehistórico al que, por un azar, se le había trasladado al día de hoy. Le gustaba oírse llamar carpetovetónico. Ignoró en absoluto, sinceramente, el valor del teléfono, el del automóvil, y se sorprendía mucho ante los telegramas. No comprendía que existiera otro idioma posible que su castellano recio y contundente."

Lo copiado es sólo una muy fragmentaria muestra de la calidad de esta biografía de Solana; en cualquiera de sus pasajes podríamos escoger fragmentos tan reveladores. Toda la vida del pintor-escritor—¡y fué bien ancha y honda!—está iluminada por el estilo cálido con que Sánchez-Camargo la ha evocado, encontrando, pese a la brevedad de las páginas, un curioso *tempo* lento, perennizador como los trazos seguros del pincel evocado. La intensa y dolorosa vida de Solana está en todos y cada uno de sus momentos decisivos, desde la infancia que entrevió la tragedia hasta la muerte que le ganó, para la eternidad, el único reposo: "La paz la encontró donde esperaba hallarla, en su ataúd. Se pudo ver cuando una madrugada, después de pasar su cadáver por la chillona verbena de San Juan, quedó al descubierto su bello rostro de medalla, que tenía ya la serenidad y la confianza de saberse seguro en trance de descomposición. No se estremeció ni oyendo los maullidos de pena de su amada gata, ni el ruido buído que producía una mujer limpiando en aquella hora, inexplicablemente, la luna de un armario. Luego, sobre su tumba, mientras la preparaban bien honda, caía una lluvia menuda, como si quisiera hacer más blando el reposo del hombre. Después salió un tímido sol, que puso una gracia indefinible en el desolado horizonte de las Ventas."

La obra está estudiada con el mismo fervor, que en este caso no impide el claro juicio. Sánchez-Camargo fué gran amigo del pintor; pero es bueno poder elogiar la obra del amigo cuando se sabe que ésta cae mucho más arriba de toda sospecha de adulación. La amistad no puede dar vuelos al elogio, porque la contemplación de las obras es apoyo sobrado para la apología. Mucho más en este caso, en el que se puede establecer rotundamente la singularidad de su arte: "Solana es un número impar. Lo mismo que en su vida no dialoga ni cambia ideas, en su pintura tampoco sigue un proceso con antecedentes, consecuencias o conversaciones. Sus cuadros se producen por causas inmediatas y, desde luego, extrañas a los propósitos que a los demás impulsan."

Evidentemente, la pintura de Solana es de una profunda originalidad. Hace pensar en Goya; pero no como una consecuencia, sino más bien pensando en que existió un parentesco más allá de la obra, en la propia naturaleza humana, en la personalidad de uno y otro, por encima del tiempo. Tal era mi impresión de contemplador. Sánchez-Camargo nos dice: "Solana llega a la pintura española para enraizarla definitivamente con la tradición más noble. Hasta

él, los bellos balbuceos de Alenza, las magistrales concepciones de Rosales, son de otras cosas, y en sentido racial no son sino ligazones sin fuerza de cadena. Solana es el eslabón que enlaza para siempre la pintura española al cabo suelto que dejó Goya. Y lo hace como lo debe hacer, sin sujetarse a modelo, sin seguir una dirección; lo intuye genialmente y, sin querer, se convierte en un jalón fundamental."

Las palabras de Sánchez-Camargo, bellas en la evocación de la vida y agudas en el juicio de la obra, sirven de introducción a setenta y nueve reproducciones, algunas de ellas en color y todas perfectamente realizadas. Con todo ello se alcanza una excelente visión del arte excepcional de Gutiérrez Solana. La edición se completa con un breve apéndice documental, en el que destacan el *curriculum vitae* autógrafo y un inventario de los cuadros y objetos que dejó el pintor al ocurrir su muerte y que formularon sus albaceas testamentarios, uno de los cuales fué Manuel Sánchez-Camargo.

ILDEFONSO M. GIL

HOMENAJE A AMADO ALONSO

> "Yo te digo que cualquier oficio se vuelve Filosofía, se vuelve Arte, Poesía, Invención, cuando el trabajador da a él su vida, cuando no permite que ésta se parta en dos mitades: la una, para el ideal; la otra, para el menester cotidiano. Sino que convierte cotidiano menester e ideal en una misma cosa, que es, a la vez, obligación y libertad, rutina estricta e inspiración constantemente renovada." EUGENIO D'ORS: *Aprendizaje y heroísmo.* Madrid, 1915, pág. 22.

La *Nueva Revista de Filología Hispánica* ha publicado el primer tomo de su homenaje a Amado Alonso. Homenaje sin actualidad: en cualquier circunstancia, en cualquier momento habría sido oportuno. La *Revista* ha satisfecho —¿hasta qué punto es posible esto?—una deuda particular, filial. Pero la deuda con Amado no es sólo de una o de dos revistas o de grupos de discípulos de Hamburgo, Madrid, Buenos Aires o Harvard. A Amado le debemos todos los hispanohablantes algo: por su generosa defensa del idioma, por sus estudios científicos, por la lección de su vida.

La *Nueva Revista* surgió en el año 1947, poco después de la marcha de Amado de Buenos Aires, para continuar la antigua *RFH.* Con la desaparición de ésta se cerraba una etapa en la biografía de Amado y también en la historia de los estudios hispánicos de América. No podemos olvidar la emocionada evocación de María Rosa Lida del seminario bonaerense capitaneado por Alonso: la constante vigilancia de los trabajos ajenos, el generoso—e ingrato—consejo de todos los días, la renuncia al éxito propio en favor del extraño. Eso representaba la *RFH:* la culminación de una entrega con raros precedentes en las aulas universitarias. Harvard le confió su cátedra de español e hizo posible, con el Colegio de Méjico, la aparición de la *NRFH.* Con idéntico for-

mato, sí, pero ya sin la intimidad cordial de la antigua *RFH:* faltaba la presencia física, humanísima, de Amado. Su marcha de Buenos Aires fué también la señal de partida para el grupo bonaerense.

Por tantos y tantos motivos, la *NRFH* tenía que rendir homenaje—"un duelo de labores y esperanzas"—a su fundador. Nos extraña que al frente del primer tomo no aparezca un minucioso estudio de lo que representan la obra y la personalidad de Amado en el campo hispánico. Las breves y cordiales palabras de Alfonso Reyes no pueden llenar ese vacío. Tampoco una discreta nota necrológica ni la impresionante bibliografía—calidad, no cantidad—de Amado. (Véase *NRFH*, VI, 2, abril-junio de 1952. R. L(ida): *Amado Alonso.* 13 septiembre 1896-26 mayo 1952, págs. 205-208) (1).

* * *

Amado Alonso se incorporó muy joven al Centro de Estudios Históricos, en donde Menéndez Pidal había reunido un grupo de discípulos o casi discípulos único en la historia de la filología española: Américo Castro, Tomás Navarro, García Solalinde. Por encima de las rencillas políticas, nadie puede negar hoy el valor de esos tres nombres. Al seminario del Centro fueron llegando los jóvenes—alguna vez, rara, no los mejores—recién salidos de la Facultad. Entre ellos, Amado Alonso. Bajo la dirección de Navarro empezó a trabajar en problemas de fonética. Pronto se impuso la salida al extranjero: en el laboratorio de Hamburgo completó su formación, y, ya de vuelta, en 1924, se dedicó preferentemente al estudio de la fonética dialectal y a su tesis—*Estructura de las "Sonatas" de Valle-Inclán*—. Al poco tiempo, el Centro tuvo que "renunciar a la valiosa cooperación de aquel joven", dirá, en 1952, Menéndez Pidal. Alfonso Reyes había procurado atraerle a Méjico; pero no fué en Méjico, sino en Buenos Aires, donde Amado empezó la que, acertadamente, llama Muñoz Cortés segunda etapa de su vida. Iba a dirigir el Instituto de Filología, misión desempeñada antes por Castro, Millares y Montolíu. Hasta ese momento, la bibliografía científica de Amado rebasaba en poco la media docena de números. En España era conocido en el Centro, en los cursos de extranjeros, en la Facultad; pero este justo renombre no podía salvarle de las críticas malintencionadas de algunos argentinos. "Pasaban el año 27 y el 28, y Amado Alonso y su Instituto daban pocas señales de actividad. De cuando en cuando venía un suelto venenoso en algún periódico de mayor o menor circulación: "¿Qué ocurre con el Instituto de Filología? ¿Cómo allí no se publica nada? ¿Qué hace el "galleguito" que han traído para dirigirlo?" (Dámaso Alonso: *Noticia biográfica de Amado*, en *Insula*, núm. 78, 15 de junio de 1952, pág. 2.) Pronto la cantidad y calidad de los trabajos del Instituto y de Amado hicieron enmudecer a todos: *Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana, Colección de Estudios Estilísticos, Revista de Filología Hispánica*... Colaborador de revistas y periódicos, conferenciante, traductor de libros de inestimable valía, maestro de un grupo escogido de discípulos, asesor literario de editoriales y, sobre todo, español de oficio, como acertadamente le calificó Carlos Clavería. Español de oficio en múltiples aspectos: en defensa del idioma, contra absurdas tendencias nacionalistas, en defensa de la literatura pen-

---

(1) Véanse *Insula*, núm. 78, 15 de junio de 1952; *Clavileño*, núm. 15, mayo-junio 1952; *Sur*, mayo-junio 1952; *Asomante*, núm. 4, 1952; *RFE*, XXXVI, 1952, páginas 204-208, etc.

insular, en defensa del espíritu frente al materialismo ciego de los positivistas.

A España llegaban, en correo retrasado, las noticias de sus éxitos diarios. Su nombre ganaba, también día a día, lenta y seguramente, sin vacilaciones, el afecto y la admiración del mundo hispánico. Esa labor se continúa en Harvard, cuando Amado clausura, a la fuerza, la segunda etapa de su vida. Dámaso Alonso fué testigo excepcional de sus últimas actividades: trabajo sin descanso, con rapidez y no prisa, como si presintiese la muerte, ya vecina. Reúne datos, escribe capítulos de su obra maestra, la historia de la pronunciación española, gobierna desde lejos la *NRFH*, visita a Méjico y a España. Aquí, entre nosotros, se pone en contacto con los profesores jóvenes, con los recién licenciados. Al parecer, todo sigue lo mismo. Tal vez recordó sus primeros pasos en el Centro. Más de un estudiante de la madrileña sección de románicas sentiría que ese maestro, comunicativo, paciente, accesible, no hubiese abierto cátedra en la Universitaria o en torno a cualquier mesa de trabajo.

Rafael Lapesa ha referido la lección de los últimos días de Amado: como español, como hombre de ciencia, como cristiano. Preparaba libros, artículos, conferencias, que la muerte le impidió escribir y dar. Estudios sobre Fray Luis, García Lorca, temas de poética, categorías gramaticales... ¿Para qué? El mismo sabía que nada podría hacer de todo eso. Dejándose llevar por una apreciación ligera, y a la vista de esos proyectos sólo proyectos, tal vez alguien clasifique a Amado en el grupo de los malogrados.

Profundo error. "A veces la obra no está en la obra misma, sino en su eco", escribe Marañón (2). No puede llamarse malogrado a un hombre que supo terminar cada día su historia e hizo de todos sus trabajos ejercicios de rara perfección; a un hombre que deja amigos entrañables y discípulos fieles, y a la juventud, de aquí y de allá, el ejemplo de un destino nunca traicionado, una "obra bien hecha", como diría Eugenio d'Ors.

* * *

Desde sus primeros trabajos—"Augustu > *agosto* y auguriu > *agüero*", en *RFE*, IX, 1922, págs. 69-72; *Consonantes de timbre sibilante en el dialecto vasco baztanés,* III Congreso de Estudios Vascos, San Sebastián, 1923, págs. 57-64, hasta los últimos artículos—*O cecear cigano de Sevilla,* 1940, en *RFE*, XXXVI, 1952, págs. 1-5; *Cervantes,* en *BAL,* I, 1952, núm. 1, págs. 3-8—, Amado supo mantener un estilo sobrio, limpio de apasionamientos. A María Rosa Lida debemos un curioso testimonio de la "facilidad de redacción" de Amado. (Véanse *Amado Alonso,* por María Rosa Lida, en *Insula,* núm. 78, págs. 3, o *Bibliografía de Amado Alonso. Homenaje de sus discípulos.* Buenos Aires, 1946.)

La obra de Amado, tan claramente escrita, abarca conceptos muy distintos: gramática descriptiva, fonética, fonología—o fonemática—, estilística, historia de la literatura; pero esos varios conceptos responden a un mismo criterio y están concebidos según un método uniforme. Amado no tabica las parcelas del idioma: desde su juventud consagra la misma atención al aspecto filológico y al aspecto literario del español. El dato concreto no se pierde en la enumeración erudita, desarticulada: constituye siempre una pieza indispensable en la síntesis del trabajo. De éstos se desprende una lección de permanente claridad, fruto sólo de renovado esfuerzo. Amado revisaba a cada mo-

---

(2) *Raíz y decoro de España.* Madrid. Espasa Calpe, S. A., pág. 155.

mento sus libros, sus artículos; mantenía inalterado el enfoque, pero no el detalle; rectificaba de buena gana cuando era necesario.

En cualquiera de sus libros encontramos exposición clara y rigor científico y novedad en los datos. En la *Gramática castellana*, escrita en colaboración con Pedro Henríquez Ureña, aparecen sistematizados en la enseñanza, por vez primera, ideas generalmente admitidas en el campo lingüístico: las partes del discurso no son otras tantas partes de la realidad; el sustantivo corresponde a un concepto independiente; el adjetivo y el verbo, a conceptos dependientes del sustantivo; el adverbio, a conceptos dependientes de conceptos dependientes (adjetivo y verbo); el género se explica por concordancia con el sustantivo, etc. Muchos de estos puntos ya habían sido entrevistos por Bello; pero Amado y Henríquez Ureña desarrollan y perfeccionan los aciertos iniciales del gramático venezolano. La explicación de las partes del discurso según su oficio oracional, contra el criterio de Viggo Bröndal, aparece admitida hoy por casi todos los lingüistas—Kurylowicz ya hizo ver ese fallo en la teoría de Bröndal—. La *Gramática* de Amado y Henríquez Ureña arranca de ese principio feliz: la oración es la menor unidad del habla con sentido completo. A su servicio se encuentran formas, sonidos, entonación, significado. (Algún manual había adoptado este criterio en su programa; los cuestionarios del 34, también; en los del 38 se vuelve al método antiguo.) Con este principio aparece íntimamente asociado otro no menos eficaz: el sustantivo funciona como núcleo del sujeto, designa "objetos" pensados como conceptos independientes. Es la teoría de Santo Tomás, de Descartes, de Bello, de Pfänder, de Jespersen. Pero la gramática, apegada a la rutina, no había dado entrada a esos puntos de vista. Como es lógico, la obra de Amado y de Henríquez Ureña encontró dura oposición. (Véase *RFE*, II, 1940, págs. 55-57.) Dos autoridades indiscutibles en la filología española opinan así: "Sin dificultad puede asegurarse que su influencia ha de dejar notable y extensa huella en la enseñanza de nuestro idioma" (S. Gili Gaya: *Insula*, núm. 2, 15 de febrero de 1946, página 7). "En mi opinión, significa para los países de lengua española lo que la *Gramática* de Andrés Bello fué hace un siglo" (Américo Castro: *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico*, Buenos Aires, 1941, páginas 20-21).

Amado había escrito, con anterioridad a esa *Gramática*, estudios ejemplares de tema gramatical también: *Para la lingüística de nuestro diminutivo* (*Nosotros*, 1930, núm. 21, págs. 35-41) y *Estilo y gramática del artículo* (*Azul*, II, 1931, págs. 5-13). Como otros artículos de Amado, estos dos sufrieron reelaboraciones y adiciones hasta alcanzar la forma definitiva (véase *Estudios lingüísticos. Temas españoles*. Editorial Gredos. Madrid, 1951). A pesar de los años transcurridos—1933, 1935—, ni uno ni otro han sido superados todavía. El tiempo ha venido a confirmar muchas de las ideas expuestas en ellos: la consideración de los artículos, por ejemplo, como un sistema de tres factores —*el*, *un*, artículo cero—interdependientes. El mismo criterio encontramos en *Sobre métodos: construcciones con verbos de movimiento en español*, en *RFH*, I, 1939, págs. 105-108 (incluído en *Estudios lingüísticos. Temas españoles*), maravillosa exposición y sistematización de esas perífrasis verbales.

La defensa del español ocupó preferentemente a Amado. Escribe artículos: *Llega a ser lo que eres*, en *Nac*, 22 septiembre 1929; *El problema argentino de la lengua*, en *Sur*, 1932, núm. 6, págs. 124-178, etc., y tres libros fundamentales: *El problema de la lengua en América*. Espasa Calpe, S. A. Madrid, 1935; *Castellano, español, idioma nacional. Historia espiritual de tres nombres*. Ins-

tituto de Filología. Buenos Aires, 1938 (2.ª edición. Editorial Losada. Buenos Aires, 1943) y *La Argentina y la nivelación del idioma.* Institución Cultural Española. Buenos Aires, 1943. La actitud de Amado es siempre ecuánime, pero sin vacilaciones: el español de América corresponde a una modalidad nueva de ser en la Historia, más o menos alejada de la peninsular. Nadie puede someter al idioma a una servidumbre injusta; pero tampoco la política o el romanticismo de unos exaltados deben dirigir la vida de la lengua propia. Américo Castro escribe en la obra citada: "En 1935, Amado Alonso publicó un denso librito acerca de *El problema de la lengua en América,* en el que concede atención preferente al lenguaje de Buenos Aires. Ni antes ni después se ha escrito nada más exacto" (pág. 10).

Los primeros trabajos de Amado estuvieron dedicados a problemas de fonética: fonética dialectal, descriptiva: *Consonantes de timbre sibilante en el dialecto vasco baztanés; El grupo tr en España y América,* en *HMP,* II, 1925, páginas 167-191. Aparentemente, ese interés por la fonética disminuye en años siguientes. Pero, ya en América, Amado se dedica a estudiar la pronunciación y los cambios fonéticos de allí y de España. A partir de 1939 publica artículos sobre temas de fonética, revisa teorías generalmente admitidas; por ejemplo: la araucanización del castellano de Chile *(Examen de la teoría indigenista de Rodolfo Lenz,* en *RFH,* I, 1939, págs. 313-350. Incluído en *Estudios lingüísticos. Temas hispanoamericanos.* Editorial Gredos. Madrid, 1953). Con seguro método pulveriza, uno tras otro, los argumentos de Lenz. En esa línea de trabajo—estudios fonéticos—habrá que incluir su obra maestra, inconclusa, sobre historia de la pronunciación, de la que dió algunos adelantos—las correspondencias arábigoespañolas en los sistemas de sibilantes *(RFH,* VIII, 1946, págs. 12-76), trueques de sibilantes en antiguo español *(NRFH,* I, 1947, págs. 1-12), etc.—. No pueden olvidarse las múltiples notas publicadas en la *Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana.* Hoy, la consulta de esa *Biblioteca* es indispensable para cualquier estudio del español. Amado introduce también un nuevo método—el fonemático—en la consideración del idioma: *La identidad del fonema,* en *RFH,* VI, 1941, págs. 280-283, y *Una ley fonológica del español. Variabilidad de las consonantes en la tensión y distensión de la sílaba,* en *HR,* XIII, 1945, págs. 91-101. (Véase también *HR,* XV, 1947, págs. 306-307.)

El aspecto fonético y gramatical del idioma no atrajo sólo la atención de Amado. En esos estudios se observa la preocupación constante de no minimizar el dato, sino de incorporarlo a una estructura orgánica superior. Amado sigue aquí la concepción del lenguaje impuesta por Saussure. Gracias a Amado, los españoles podemos leer en nuestra propia lengua tres obras fundamentales en los estudios de gramática general o filosofía del lenguaje: *El lenguaje y la vida,* de Charles Bally (Buenos Aires. Editorial Losada. 1941); *Filosofía del lenguaje, de Karl Vossler* (Buenos Aires. Editorial Losada. 1943), y *Curso de lingüística general,* de Ferdinand de Saussure (Buenos Aires. Editorial Losada. 1945). Los dos últimos, con prólogo de Amado, que hace suyas las palabras de Vossler: es necesario, por principio, goznar toda la ciencia del lenguaje en el quicio espiritual del mismo. "Partiendo de ahí, pero sólo partiendo de ahí, podrá luego la lingüística colectar y estudiar cuantos productos o formas comunalmente fijadas quiera."

Según la división saussureana de *langue* y *parole,* los estudios estilísticos de Amado pueden agruparse en dos apartados: estilística de la lengua—"se ocupa de las sustancias afectivas, imaginativas, activas y asociativas que integran con la referencia lógica (significación) el contenido total de una expresión,

no en cuanto uso individual de la lengua (estilo), sino como contenido comúnmente compartido y vivido por todos los que hablan la lengua correspondiente"—y estilística del habla—"se ocupa de los estilos individuales, prácticamente de los literarios"—. Entre los primeros trabajos pueden incluirse: *Estilística y gramática del artículo en español; Noción, emoción, acción y fantasía en los diminutivos sobre métodos: construcciones con verbos de movimiento en español; Gramática y estilo folklóricos en la poesía gauchesca,* etcétera. Tal vez en los estudios de estilística del habla consiguió Amado mayor acierto: *Estructura de las "Sonatas" de Valle-Inclán; Jorge Guillén, poeta esencial (Nac,* 21 de abril de 1929; *Insula,* IV, 1949, núm. 45); *Un problema estilístico en Don Segundo Sombra (Nac,* 27 de julio de 1930); *Estilística de las fuentes literarias: Rubén Darío y Miguel Angel (Nac,* 25 de septiembre de 1932); *Poesía y estilo de Pablo Neruda. Interpretación de una poesía hermética* (Buenos Aires. Editorial Sudamericana. 1951. 2.ª edición); *Ensayo sobre la novela histórica. El modernismo en "La gloria de don Ramiro"* (Buenos Aires. Instituto de Filología. 1942). Amado desmiente—¡qué pocas veces sucede esto!—la imagen del filólogo alejado de la lectura de la poesía novísima. Su libro sobre Pablo Neruda—incomprensiblemente casi desconocido en España (véase Rafael Lapesa: *Un estudio estilístico,* en *Insula,* núm. 79, 15 de julio de 1952, págs. 1 y 12)—es, sin duda, el estudio estilístico más completo sobre un poeta hispánico de nuestros días. Con estilo claro, de maravillosa facilidad, Amado se adentra en el mundo oscuro y demoníaco de Neruda. Raro contraste entre la mirada de Amado y la del poeta. En pocos libros como en éste descubrimos en Amado una veta de intuición poética que le aproxima al misterioso centro de la creación (3). Completan los estudios personales de Amado sobre temas de estilística su prólogo a la *Introducción a la estilística romance,* de Vossler, Spitzer y Hatzfeld; la advertencia a *El impresionismo en el lenguaje,* de Bally, Richter, Alonso y Lida (véase también *RFH,* II, 1940, páginas 379-386); su carta a Alfonso Reyes sobre la estilística *(Nac,* 9 de febrero de 1941) y *The stylistic interpretation of literary texte,* en *MLN,* LVII, 1942, págs. 489-496.

Esas son las líneas fundamentales de la obra de Amado Alonso. Inútil sería pretender encasillar su aportación a la filología hispánica en unas notas deshilvanadas. Queda fuera su humanísima presencia, su palabra, viva y cordial, y la lección, renovada en cada momento, de su manera de ser, fruto de una inteligencia clarísima, de una capacidad creadora y una generosa vitalidad, dice Lapesa.

* * *

Al *homenaje* contribuyen artículos sobre muy diversos temas. En torno al lenguaje en la estética de Croce escribe Alfredo Schiaffini; de la historia del concepto parentesco lingüístico, Benvenuto Terracini; don Ramón Menéndez Pidal colabora con un estudio sobre sufijos átonos en el Mediterráneo occidental; Vittorio Bertoldi trata de alusiones geográficas en términos de la técnica y del mercado—seria, zurriago—; Alonso Zamora Vicente aborda un problema de geografía dialectal: *-ao, -an,* en gallego; Juan Corominas puntualiza

(3) "Algunas veces le oímos referirse a sus titubeos de mocedad entre la poesía y la investigación científica. Si el hombre de ciencia prevaleció, al fin, sobre el poeta, lo cierto es que honró siempre a la poesía y la comprendió como pocos." Lida: *art. cit.,* pág. 205.

la fecha del yeísmo y del lleísmo; Angel Rosenblat considera el género en los compuestos; Adolfo Salazar trata de la guitarra, heredera de la kithara clásica; Carlos Clavería estudia el gitanismo *terne;* Margit Frenk Alatorre, las designaciones de rasgos físicos personales en el habla de la ciudad de Méjico; Dámaso Alonso, el portugués *estiar* y el gallegoasturiano *bedro;* Krüger, las palabras salmantinas *bica, antruejo;* Tomás Navarro trata del papiamento; Berta Elena Vidal de Battini, del léxico de los yerbateros; Sranley L. Robe, de algunos aspectos históricos del habla panameña; Peter Boyd-Bowman, de la pronunciación del español en el Ecuador; Marcos A. Moriñigo, de la formación léxica regional hispanoamericana; Américo Castro contribuye con una breve nota sobre el concepto historia; María Rosa Lida, con un estudio sobre la *Garcineida,* de García Toledo; Marichal, con unas observaciones sobre Montaigne en España; Vicente Lloréns trata de *No me olvides;* Bataillon colabora con unas notas sobre la tortolica de *Fontefrida* y del *Cántico espiritual;* cierran el homenaje dos artículos de Joseph E. Gillet—el mediodía y el demonio meridiano en España—y de Paul Benichou—el casamiento del Cid—. Hay que agregar tres más: de H. y R. Kahane y A. Tietze, sobre el término mediterráneo faluca; de María Josefa Canellada, sobre el ritmo en unos versos—ocho versos del *Castellano leal*—y de Samuel Gili Gaya, sobre cultismos en la germanía del siglo XVII.

A. CARBALLO PICAZO

ASTERISCOS

PUDOVKIN, 1953

* * * Hace unos días hemos asistido en el Cineforum—esa interesante experiencia del dominico belga P. Morlión—a la proyección de *La vuelta de Vassili Bortnikov*, el *film* de Pudovkin presentado este año en la Bienal de Venecia. Fuimos con la curiosidad que puede suponerse, esperando ver en esta obra el testamento estético del gran director ruso, recientemente fallecido, y volvimos con el más triste de los desencantos. Es ésta la clásica película en que una tesis—política, religiosa, social—impuesta destroza el arte.

Tras diez minutos iniciales, en los que vimos cine puro, tuvimos que irnos resignando a ver derrumbarse la película. El tema que planteaba la primera secuencia, si bien muy conocido (el prisionero que vuelve a su casa y encuentra a su mujer viviendo con otro hombre), estaba llevado con una elementalidad impresionante, sin la más ligera concesión a la retórica, a lo sentimental. Pero la película, que se presentaba con el clásico esquema del triángulo, de pronto, y en un extraño viraje, cruzaba una segunda tesis, que relegaba el problema familiar a segundo término. El trabajo—mejor: el tractor—invadía la escena y se constituía en módulo de los sentimientos humanos. Desde entonces ya sabíamos que la gente viviría alegre o triste, según funcionase mejor o peor la maquinaria agrícola; que la vida en el interior de los hogares tendría un termómetro: la cosecha; que las muchachas se enamorarían de los chicos con mayor cultura laboral, y que, al final, los dos protagonistas se abrazarían sobre un fondo de trigales espléndidos. Todo esto dicho con un abuso desesperante de diálogos y con una seriedad realmente cómica. En muchos momentos, en que los personajes hablaban con un aire de terrible trascendencia, si los letreros en francés (la película no estaba doblada) no nos hubieran traducido sus palabras, uno hubiera creído que estaban resolviendo los más hondos problemas metafísicos o los más serios asuntos sentimentales. Pero los letreros cortaban el vuelo de nuestra imaginación, y contaban que los protagonistas hablaban de los últimos inventos para aumentar la lactación de las vacas o el mejor modelo de máquina para desecar pantanos.

Muchas cosas tendría que comentar esta obra—sobre todo en su aspecto de propaganda comunista—; pero limitémonos a señalar este triste encadenamiento de aquel director extraordinario que fué Pudovkin, y que sigue siéndolo en esta película en los momentos en que logra escaparse de la tesis, como cuando introduce series de espléndidos fotogramas—una admirable tempestad, por ejemplo—sin conexión aparente con la película. Tiene además esta cinta un espléndido color—tras de verla, podemos comenzar a esperar que el color no sea un obstáculo para el cine—, una extraordinaria música en los pocos

momentos que la tiene, una gran fotografía y el interesante y repetido recurso al paisaje como expresión de los sentimientos humanos.

En resumen: una buena lección de lo que no se debe hacer.

MARTÍN DESCALZO

PRIESTLEY O LA INCOGNITA

* * * Es indudable que entre los dramaturgos actuales no españoles, J. B. Priestley es el más conocido de nuestro público.

El azar ha hecho que un buen número de piezas del escritor inglés se hayan exhibido en escenarios españoles, resultando con ello que un estimable sector del público aficionado conozca y admire al original y brillante literato.

Si analizamos una a una estas obras, observaremos en seguida que el autor trata de situarse en una zona intermedia—"tierra de nadie"—para dejar que el espectador o lector de sus comedias "ponga" donde halló falta o "delimite" la posibilidad de aquellos personajes. Esto es, constante incógnita en todo aquello que el público ve. Bien es verdad que las peripecias humanas o "temporales" de los tipos han podido suceder así, solucionarse complejamente; pero también es cierto que la hipótesis de realidad, mezclada con una buena dosis de fantasía, se verifica en todo el profundo y sutilísimo mundo de Priestley.

Siguiendo un orden de conocimiento, vamos a intentar el esbozo de algunas de estas piezas. Empecemos por *La herida del tiempo.*

La herida del tiempo constituye, personalmente, un gratísimo recuerdo. Y creemos sinceramente que, con *Nuestra ciudad,* de Wilder, es lo más interesante que se dió en España después de nuestra guerra.

La obra en cuestión es la historia de una familia. No una familia corriente. Con todos los respetos, diremos que nos parecen sus tipos—con reacciones lógicas, por otro lado—soñadores perniciosos, que no pulsan el tiempo con sentido cristiano y constructivo. Que son, en una palabra, los eternos y caducos románticos que se sentaban a la sombra de un árbol para ver pasar, y desear en su imaginación, los magníficos autos que rodaban por la carretera. Sin hacer nada para lograrlos mediante su trabajo. O sea, adobando los fabulosos y optimistas cimientos de un castillo demasiado hermoso para ser realidad.

Alan, uno de los tipos más cuerdos de *La herida del tiempo,* dice: "El tiempo no destruye nada; simplemente pasamos. Nos empuja a lo largo de la vida por un inmenso círculo, en el que estamos."

Y más adelante: "El centro de ese círculo es el tiempo de Dios."

Ante la desesperanza de Kay, su hermana, al cumplir cuarenta años, cita unos versos de Blake que, en definitiva, constituyen la tesis de obras con casos de premonición. (Lenormand, Levy, Balderston, etc.)

Priestley, en *La herida del tiempo,* deja al final de acto a uno de los personajes junto al ventanal del fondo, mirando al vacío, mientras la luz de la luna se refleja en su rostro. Lo que este personaje "sueña", o "presiente", o "ve", es algo que debe imaginar el público. El autor, sí, nos dará sus razones, pero en la incógnita. ¿Serán "los Conways" tal y como los vemos en el acto segundo, con sus vidas rotas y cerrados sus corazones a la piedad y a la con-

vivencia familiares? ¿Lo soñó Kay? ¿Lo ha presentido? ¿Lo vió? He aquí la razón del entrecomillado de esas palabras. No sabemos nada del mundo de las cosas, ni de lo que a nuestro alrededor aletea. Es posible que las "charadas" sean algo que flota en el ambiente de aquella casa de Mrs. Conway. Y muy probable que la vida se porte tan mal con seres tan fatuos como revelan las obras de aquellas criaturas, algunas tan soberbiamente tontas como Marta, o *Diana*, o Gerald Morton...

Hablemos de *Curva peligrosa*—primera obra de Priestley dada a conocer en Inglaterra—, esa primorosa comedia, tremendamente inmoral, que fué retirada al mes de su estreno en España por orden superior; después, claro, de haberla visto todo Madrid.

Si en la obra anterior el tiempo (como en *Mrs. Moonligth)* envuelve a los seres, aquí será un personaje inexistente, Guillermo, quien plantee y resuelva el conflicto, que en realidad no lo es.

Al alzarse el telón, la voz de un locutor de radio "despedirá" algún capítulo de una novela radiofónica tras el sorprendente sonido de un disparo. *La fiera dormida*—tal el título de la novela—ha terminado. Se hace la luz y vamos conociendo a una serie de tipos de psicología complicada, reunidos, al parecer, en grata velada.

Se ha cometido un crimen: Guillermo ha muerto. Este ser incorpóreo, en virtud de un diálogo sugerente, aparece casi realmente ante el espectador. Pero he aquí de nuevo la incógnita de Priestley: ¿Por qué fué muerto Guillermo? ¿Qué razones tenían todos aquellos personajes para una relación íntima—íntima—con el muerto?

En un momento dado se oye decir: "Todos, absolutamente todos vosotros, estabais enamorados de Guillermo."

Piénsese que en la comedia figuran varias parejas de matrimonios. Y esa afirmación brutal ocasiona réplicas crudelísimas, que muchos oídos no supieron o no quisieron admitir.

Volvemos a preguntar: ¿Por qué J. B. Priestley no nos da una solución, solución suya y de los tipos que presenta, y acaba la comedia con el descubrimiento del asesino, dejando en completa paz al intranquilo espectador? Pues no, señores; aquel personaje pacífico saldrá de escena y sonará un disparo. Y surgirá otra vez la duda, la incógnita, porque—final de la comedia—volverá a hacerse la oscuridad y sonará de nuevo la voz del locutor: "Acaban ustedes de escuchar la novela radiofónica *La fiera dormida.*"

Caben, pues, dos soluciones: una, que aquellos actores representen la novela de la estación radiodifusora; otra, que hayan vivido el drama que los atenazaba y hayan dado una razón para que el público agradezca, como ellos, que Guillermo hubiera desaparecido.

En definitiva, incógnita. Incógnita siempre en el teatro de J. B. Priestley.

Si hablamos de *Llama un inspector* o *Música en la noche,* volvemos a encontrar las características apuntadas, que forman la tónica constitutiva en la producción del dramaturgo.

El "inspector" hará su entrada durante la celebración de una fiesta en la residencia de la familia apacible. Pero acusará a todos y a cada uno de sus miembros de un suicidio que acaba de producirse, y del cual aquellas personas serán responsables.

Es obligado señalar que Priestley acumula en esta pieza toda una serie de ardides y casualidades para que la muerte de Eva Smith pueda ser imputable a cualquiera de ellos. Claro que el teatro es eso: concreción, hechos a

resolver ante el público, omitiendo, en lo posible, la referencia. De ahí lo ridículo que resultaría que el gran comediógrafo se nos fuese del escenario para divagar, saliéndose del cerco del problema que constituye esta trama casi policíaca.

Ahora bien: las razones del inspector de Policía estarán tan perfiladas, serán tan certeras, que los personajes, uno tras otro, irán cayendo en sus redes, hasta que él, por gusto y conclusión, desaparecerá, como si hubiera sido un paréntesis de la fiesta, una sombra que apareciese en la sobremesa feliz, y que por un momento, igual que los vapores del alcohol, hiciese reflexionar a la culpable Humanidad por actos reprobables y en apariencia leves y sin alcance.

Puesto que nuestro trabajo pretende hacer resaltar el misterio y la incógnita que en el teatro de J. B. Priestley se dan, pensamos: ¿No podría ser un final la culpabilidad de aquellos seres? ¿O, por el contrario, la tranquila postura en que parece van a quedar?... El caso de premonición que el público ha visto se resolverá con el anuncio telefónico de que un inspector de Policía va a llegar a aquel hogar—hogar, familia e inspector ya conocidos—y de la muerte de la *empleada Eva Smith*...

Música en la noche es, a nuestro modesto juicio, como concepción dramática, la más importante de las conocidas en España. Vuelve a jugar aquí el pasado con el presente; la magia, diríamos, de un ambiente sugestivo, mientras los personajes escuchan un concierto. La comedia tiene tres actos; el concierto, tres movimientos. Al planteamiento del primero seguirá la intensidad del segundo, para resolverse en unos acordes finales, donde, eso sí, puede caber la esperanza de un mundo mejor.

Utiliza el escritor ese simbolismo, del que se halla enamorado, y que en el ánimo de un público sensible encuentra un eco y una atención.

El desarrollo de la obra transcurre en la noche anterior a la declaración de la guerra; por eso hemos apuntado más arriba que, al caer el telón, queda un lugar para la esperanza, porque aquellos seres nos revelan su mundo interior, sus más íntimos pensamientos, que surgen punzantes al influjo de la música.

La mezcla, en escena, de seres que pertenecen ya al pasado, que desaparecieron hace tiempo, aumenta el grado de tensión con que el espectador contempla la obra; y hay momentos en que quisiéramos gritar con los hombres y mujeres que gritan en escena, quisiéramos rebelarnos contra la realidad, que trunca nuestros más elevados pensamientos; quisiéramos, en fin, evocar dulcemente un pasado que fué mejor, como lo hará el vejete que muere con su bastón y su sombrero de paja...

Esa guerra que va a surgir al día siguiente, ¿borrará los errores de un mundo caduco? ¿Surgirán tras ella legiones de hombres y mujeres felices y en paz?

El espíritu combativo de Priestley, realmente extraordinario, se ocultará siempre, como hemos visto, en la incógnita, en la adivinación por parte del público de lo que más conviene, de lo que, en definitiva, sólo está en manos de Dios...

* * *

El éxito indiscutible de J. B. Priestley en Inglaterra y en los principales escenarios del mundo está justificado con amplitud.

Grupos españoles universitarios e hispanoamericanos han llevado a sus acti-

vidades, en repetidas ocasiones, piezas del escritor inglés. En ellas, el campo experimental del teatro, hoy de tan floreciente empuje en todos los ámbitos estudiantiles, encuentra cauce adecuado para la exteriorización de ideas audaces, donde caben la escenografía simbólica y atrevida, la personalidad interpretativa y donde la labor de un director hallará, sin duda, molde y referencia para futuras pruebas profesionales.

Quede, pues, en estos apuntes constancia de la marcada tendencia de Priestley por la incógnita y el misterio.

JESÚS FRAGA AMADO

GIAN CARLO MENOTTI Y GARCIA LORCA

* * * Un diálogo, prolongado y sin premura, con Gian Carlo Menotti, nos ha ofrecido verdaderos descubrimientos. O, al menos, nos ha reasegurado muchas creencias previas. Menotti habla con una cordialidad matizada, siempre cálida de humanidad y de fe en el camino a seguir. El sabe que su derrotero está fijado, y en seguirlo concierta todos sus afanes. Desde que, aún niño, saliera de la Italia natal, con una carta de recomendación de la señora de Paganini, hasta ahora, cuando su nombre se alza sobre el pavés de la polémica universal.

La primera frase que nos entrega Menotti—"entrega" es la palabra justa—nos habla de la necesidad urgente de volver a redescubrir el corazón humano, de volver a bucear en su meollo para dar ternura al arte. Y en seguida afirma, sin acidez ni crítica: "Pero lo malo de la juventud actual es que pretende ser *personalidad* antes de haber llegado a ser persona." Según él, nuestro tiempo se ha revestido de angustias y prisas, más o menos reales, que le impiden desarrollarse íntegramente, que le vedan el espacioso campo de la meditación y de la introspección. De ahí que surjan tantos engendros estéticos llenos de frialdad y carentes de alcance, que se quedan en esbozos deshumanizados de algo que pudo ser auténtica obra de arte. Y Menotti, con ello, no define a la música moderna únicamente, sino a la literatura, a las artes plásticas, etc.

Hablamos de influencias, naturalmente. Y el autor de *El cónsul* nos sorprende con una rotunda afirmación: "Para mí, la más importante que he sufrido es la de Federico García Lorca. Cuando descubrí su teatro, todo mi sentido del mismo cambió radicalmente. Es decir, a partir de *La médium*."

No sospechado por nadie este determinante, examinado *a posteriori* se nos ofrece luminosamente: Tanto en *La médium*, como en *El cónsul* o *El teléfono* —y prescindiendo de su valor musical, que nos impresiona, pero no nos incumbe—, el peso del lirismo lorquiano vibra en cada frase, en cada situación. Y no precisamente con la vulgar imitación al uso, en que se utiliza el ritmo y la metáfora, sino con esa corriente más honda y apretada que edifica el contenido dramático, su estructura moral, su relieve humano. *La médium* no es una simple anécdota sensacionalista, sino que encierra todo un símbolo religioso: Flora, la protagonista, es la encarnación de la lucha entre la incredulidad y la fe, entre el instinto que obliga a creer y la razón que niega. Y el pobrecillo mudo es la alegoría condensada de lo sobrenatural, de lo que no puede tener explicación cartesiana, sensorial o humana. Esta concepción sim-

bólica, ese ritmo, entre real y fantástico, de los personajes que se agitan y luchan, aman y matan, tiene una riqueza de expresión muy semejante a la del teatro lorquiano. He aquí, demasiado resumido, el descubrimiento que Menotti puede hacernos, sin recurrir a otro ejemplo cualquiera de su obra. Quede la sugerencia para que alguien, con tiempo y espacio suficientes, explaye la tesis, la construya o la derribe.

ENRIQUE SORDO

UNA MAGNIFICA PELICULA JAPONESA: "RASHOMON".

* * * Estamos—y desde los primeros fotogramas nos damos cuenta—ante una película excepcional. ¿Y por qué excepcional? ¿Sólo porque es una excepción ver una película japonesa en Madrid? ¿Sólo porque es japonesa?

Hemos querido decir que es una película magnífica. Esto la hace excepcional para nosotros. Pensamos, después de ver *Rashomon*, que quizá en el Japón no resulte excepcional ver una película magnífica; pero para nosótros, por el momento, sí lo es.

Rashomon es una breve y misteriosa historia contada por cada uno de sus agonistas. En la historia ha habido un muerto, y escuchamos su declaración a través de una bruja que actúa como *medium*. Estamos ante varias versiones de un mismo hecho. Todas las versiones son distintas. ¿Por qué? Un joven sacerdote se siente triste. ¿Entonces han mentido todos? ¿Entonces sólo hay mentira en el mundo? Y ¿por qué han mentido todos? Han mentido para justificarse. Ninguno ha tenido el valor de decir la verdad. Y, sin embargo, aún hay gentes en el mundo capaces de ser generosas y ayudar a los demás. Vemos, pues, que *Rashomon* trata de problemas morales; que trata de problemas sin resolver, de problemas que habría que resolver de algún modo. *Rashomon* es casi una película con moraleja. Nos parece interesante anotar este dato.

Naturalmente, sólo los problemas humanos de que trata *Rashomon* están sin resolver. Todos los demás problemas están maravillosamente resueltos. En el dominio técnico y artístico es tal la perfección, que parece que no hay problemas. Estamos ante un cine maduro y sorprendente. Al espectador sólo le queda maravillarse de cómo están hechas las cosas.

Un leñador da los primeros datos de la historia. Habla con un sacerdote y otro hombre. Están refugiados de la lluvia bajo el armazón de un templo roto. Nos damos cuenta ya de que una mano maestra ha realizado los primeros fotogramas: una mano maestra dirigida por otra mano maestra. Y estamos además ante unos maravillosos actores. Sentimos desde el principio la impresión de la obra magistral. Esta impresión no llega a desvanecerse en ningún momento.

Los que de algún modo han participado en el hecho declaran ante la Policía, es decir, ante la cámara. Cada uno nos cuenta su versión de los hechos. Asistimos a la misma escena contada por distintas personas. Y ¿dónde está la verdad? ¿En el relato del *samurai*, en el de su esposa, en el del bandido? El leñador que ha empezado a contar la historia lo sabe. También tenía—como

todos—motivos para callarse. Pero habla al fin. Habla y queda purificado. Y el sacerdote ya no está tan triste. Y va dejando de llover. Y la película va terminando poco a poco. Se cierra un relato que cinematográficamente, a pesar de algunas reiteraciones de actitudes y alguna excesiva insistencia en los llantos y en las risas, ha sido perfecto.

A. S.

INDICE

Portada y dibujos del pintor español *Terán*. Páginas de color; las secciones *"¿Adónde va Hispanoamérica?"*

¿ADONDE VA HISPANOAMERICA?



MADRID

1954

PUBLICAMOS EN ESTA SECCIÓN, ABIERTA A NUESTROS LECTORES, DOS TRABAJOS: UNO DE RUBIO GARCÍA, SOBRE LAS RELACIONES ENTRE LOS EE. UU. E HISPANOAMÉRICA, Y OTRO DEL CONSEJERO DE LA EMBAJADA DE ESPAÑA EN BUENOS AIRES, MARTÍN HERRERO, SOBRE SAN MARTÍN. ESTE ÚLTIMO TEXTO FUÉ LEÍDO EN LA SESIÓN INAUGURAL DE LA CÁTEDRA "JOSÉ DE SAN MARTÍN", DEL INSTITUTO CUYANO DE CULTURA HISPÁNICA.

LA AMERICA HISPANA Y LOS ESTADOS UNIDOS

POR

LEANDRO RUBIO GARCIA

No se necesitan grandes explicaciones para comprender que el factor hispanoamericano concentra estimaciones significativas por parte de los estadounidenses.

La Conferencia de los ministros de Asuntos Exteriores del año 1951 fué convocada, como declaró el Presidente Truman, a causa de la expansión agresiva de la potencia soviética dirigida contra el mundo entero. Pero bueno es alargar la mirada hacia otras perspectivas. Por ejemplo, Hernán Santa Cruz, de Chile, argüía del modo siguiente: "Millones de personas no están alarmadas de la expansión del comunismo. Su inquietud ordinaria e inmediata es sobrevivir." Y no estorbará saber que el doctor Federico Gómez, de la Organización Mundial de la Salud, ha asegurado: "En América Latina, el hambre crónica ha afectado alrededor del setenta por ciento de la población." Importa recordar que Peter Kihss, en el *New York Herald Tribune*, escribe que los países latinoamericanos "viven a merced de la demanda exterior de sus productos". El siguiente cuadro fija el porcentaje de las exportaciones totales a los Estados Unidos:

	En 1937	*En 1949*
Colombia	57 %	81 %
Guatemala	63 %	92 %
Bolivia	6 %	63 %
Chile	23 %	49 %
Méjico	51 %	74 %
Argentina	13 %	11 %

Notemos que todas las naciones citadas, a excepción de Argentina, muestran una gran dependencia respecto a las exportaciones hacia la República norteamericana. Desde luego, se ha afirmado que el comercio es un camino por el cual una nación poderosa controla a los pequeños países. Otra vía viene constituída por las inversiones de capital (1). Las realidades del comercio exterior pondrán de manifiesto el valor de Hispanoamérica para los exportadores e importadores de los Estados Unidos. En 1930, la América Hispana absorbía sólo un 16 por 100 del total de exportaciones estadounidenses; en 1950, tomaba un 27 por 100. Otros datos: en 1950, Iberoamérica atraía un 44 por 100 de las exportaciones estadounidenses de automóviles, el 40 por 100 de las exportaciones de manufacturas textiles, el 40 por 100 de las exportaciones de manufacturas de hierro y acero, el 38 por 100 de las exportaciones químicas y el 30 por 100 de las exportaciones de maquinaria (2).

(1) Consúltese Henry D. Jones: *Christian Approaches to Labour in Latin America*, en *The International Review of Missions*, octubre de 1951, páginas 435-443.

(2) Véase W. Tapley Bennet, Jr.: *The Economic Structure of Pan Americanism*, en *The Department of State Bulletin*, 11 de agosto de 1952, páginas 207-212.

También John M. Cabot, Assistant Secretary for Inter-American Affairs: *The Importance of U. S.-Latin American Trade*, en *The Department of State Bulletin*, 30 de noviembre de 1953, páginas 751-754.

Recientemente, tal vez haya sido uno de los más representativos acontecimientos del viaje del hermano del Presidente norteamericano a algunas naciones suramericanas. Mas conviene ver que él no constituye un perfil aislado. Se reiteran opiniones con sintomática nitidez. Y, puestos en esta coyuntura, hay razón para registrar unas cuantas actitudes yanquis.

* * *

John M. Cabot, hablando del fortalecimiento de los vínculos americanos, apunta las dos aspiraciones de las Repúblicas hispanoamericanas: un deseo de desenvolver sus economías y un deseo de elevar sus niveles de vida. No olvidemos que la renta nacional total de las naciones iberoamericanas es, aproximadamente, un octavo de la renta estadounidense. Cabot alude a la mala inteligencia existente por ambas partes en torno a la cooperación económica: del lado hispanoamericano, sobre las limitaciones de la ayuda económica yanqui... El lector puede sacar algún provecho conociendo los puntos especialmente tratados por Cabot: el incremento del comercio; los problemas del nacionalismo; el papel de la empresa privada; la cooperación intergubernamental y la amenaza comunista (3).

* * *

Pues bien: la Misión encabezada por Milton S. Eisenhower dejó Wáshington el 23 de junio para regresar el 29 del mes siguiente. El viaje se proyectó para incluir en el itinerario a Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Chile, Uruguay, Argentina, Paraguay y Bolivia. Y en todas partes, la Misión fué recibida con amistad y entendimiento. He aquí una razón para ella: "Buenas relaciones en el Hemisferio occidental son esencialmente importantes para el futuro de los Estados Unidos, para el de las naciones hispanoamericanas y para el progreso futuro del mundo entero" (4).

No ha mucho se ha hecho público el Informe de Milton S. Eisenhower relativo a este viaje. El *Boletín del Departamento de Estado* ha insertado este documento en el número de 23 de noviembre, páginas 695-717. El carácter del mismo, bien vinculado a los matices de los pueblos hispánicos, merece un mínimo de comentario. Tras su lectura, cabe recoger algunos perfiles significativos. De este *report* se desprende el deseo de disipar algunas posturas suramericanas sobre la existencia estadounidense: una de ellas, por ejemplo, la referente a la ayuda económica, estimada insuficiente por los americanos del sur de Río de Grande ante los socorros yanquis a Europa y Asia, principalmente. Otra propensión va encaminada a mostrar a los norteamericanos el valor de los vecinos meridionales para el futuro de la nación yanqui. Con otro punto a resaltar: el Informe tiende a no herir susceptibilidades nacionalistas; los extremos tratados al hablar de los *Common Goals* resultan bastante expresivos. Consideremos, con Milton S. Eisenhower, que la América Hispana, como mercado para las exportaciones comerciales estadounidenses, aprisiona tanta importancia como Europa, y se revela tan importante como Asia, Africa y Oceanía juntas. Recíprocamente, los Estados Unidos son la clave de las naciones hispanoamericanas, lo mismo como mercado para sus productos que como fuente de importaciones esenciales. Así, dícese que el cobre, el estaño, el cinc, el hierro, el manganeso y otros minerales obtenidos por Estados Unidos de la América Hispana constituyen partes vitales de la

---

(3) Véase *Strengthening Inter-American Ties*, en *The Department of State Bulletin*, 19 de octubre de 1953, páginas 513-518.

(4) Milton S. Eisenhower, en un anticipo de juicio sobre la misión a América meridional, destacaba el descubrimiento de mala inteligencia; opiniones equivocadas, especialmente en torno a la capacidad económica estadounidense; una subestimación del grado de sacrificio llevado a cabo por el pueblo norteamericano desde 1941. Véase *Statement by Dr. Milton S. Eisenhower. Results of Good Will Mission to South America*, en *The Department of State Bulletin*, 10 de agosto de 1953, páginas 184-185.

maquinaria recibida por los suramericanos. De tal comercio derívanse mutuas ventajas. Casi el 30 por 100 de todas las inversiones privadas yanquis a largo término en el exterior se concentra en Hispanoamérica. Este conjunto, de unos seis billones de dólares, es mayor que el invertido en cualquier parte del mundo, excepto Canadá. También se indican otras evidencias: desgraciadamente, el pueblo de los EE. UU., de modo general, no parece comprender el significado completo para Norteamérica de unas relaciones económicas estables con la América Hispana; por otra parte, algunas acciones yanquis han conducido a los dirigentes de los países del Sur a adoptar la posición errónea de que Wáshington sólo vuelve su atención hacia ellos en tiempo de crisis.

Parejamente, Milton S. Eisenhower destaca los aspectos militar, político y cultural de la cuestión. Desde luego, reconoce que, en el presente, es relativamente pequeña la fortaleza militar de estas naciones. Y el hermano del Presidente norteamericano explaya los argumentos para probar el valor de Suramérica en un sistema de seguridad colectiva y en la eventualidad de una conflagración universal. Llegando a reconocer que, en un cercano futuro, algunas de las naciones de Hispanoamérica se convertirán en potentes aliados.

Respecto al aspecto político, el Informe consigna que sólo una nación americana ha sucumbido a la infiltración comunista. Y, en este punto, resalta cómo la doctrina de Monroe fué basada, obviamente, en consideraciones de la seguridad norteamericana. Ahora bien: si los argumentos para justificarla eran fuertes en 1823, ellos son verdaderamente poderosos en el mundo del presente.

Asimismo, el documento que comentamos admite la diversidad cultural del Hemisferio occidental; pero consigna que toda la cultura del mismo deriva de la filosofía judeocristiana. El hecho es que, a pesar de la gran diversidad cultural, no hay impedimento real para el desenvolvimiento del entendimiento, sobre el que puede levantarse una efectiva cooperación. En resumen: la cultura de la América Hispana ha sido originada en Europa, primordialmente. Hoy se dan cambios. Eisenhower piensa que del conjunto de estudiantes hispanoamericanos en el exterior, el 75 por 100 marcha a la República estadounidense. Se aportan otros detalles. Y creemos que, en este extremo—tocante al patrimonio espiritual—, precísase un mínimo de lucidez para estar al tanto con anticipación.

He aquí, reducido a su última abreviatura, un perfil destacable del pensamiento de Milton S. Eisenhower. Un fermento social tremendo existe hoy a través de toda América Hispana (5). Los dirigentes de las naciones suramericanas han reconocido la desesperada pobreza de sus pueblos. Y miran a los Estados Unidos en pos de ayuda. Pero, desgraciadamente, la necesidad de capital extranjero se acompaña en toda América del Sur con un *rising tide of nationalism*. En algunos aspectos, el resurgir del nacionalismo es digno de alabanza, por ser reflejo de un orgullo en busca de realizaciones y de un impaciente deseo en elevar sus niveles de vida. Pero el ultranacionalismo representa una influencia retrógrada en algunos países (así, conduce a leyes y prácticas que impiden la entrada de capital extranjero, esencial al desenvolvimiento).

Siempre cabe resumir en fórmulas escuetas ciertos trazos de las valoraciones de este destacado estadounidense: 1.ª Desde la independencia, las naciones americanas han luchado con *desigual* éxito hacia las formas republicanas de gobierno funcionando democráticamente. 2.ª El concepto de solidaridad hemisférica es apremiado por todas las Repúblicas americanas. 3.ª En la escena internacional, los Estados hispanoamericanos se han unido con los Estados Unidos en dar apoyo a los objetivos de las Naciones Unidas en pro de la seguridad y la defensa del mundo libre contra la agresión. La aceptación del principio del arreglo pacífico de las dificultades internacionales *es un hecho* entre las Repúblicas americanas. 4.ª Suramérica es verdaderamente un espectáculo de enorme variación, con

---

(5) W. T. Bennet, J.—cit. ant., página 209, 1.ª col.—, aludía también al fermento social hispanoamericano.

gigantescos rascacielos y nuevas factorías junto a las estructuras indias e hispanas, y con estaciones experimentales modernas operando en zonas caracterizadas todavía por prácticas primitivas y sistemas feudales de cultivo.

Podemos permitirnos otear otras singularidades del mundo americano del Sur, a través del pensar de Milton S. Eisenhower. En efecto, este Informe plantea el caso de los recursos, y sinceramente admite que las riquezas humanas y físicas son grandes; mas afirma que las posibilidades mineras y agrícolas sólo están parcialmente desenvueltas. Desde luego, un hecho significativo es el aumento de población, hasta el punto de que, dentro de cincuenta años, el conjunto humano de la llamada América Latina alcanzará unos 500 millones de habitantes, o sea el doble del total anticipado para el Canadá y los Estados Unidos.

Citemos otras referencias del Informe: el problema del incremento de la producción, el nivel de vida, la renta anual *per capita.*

Milton S. Eisenhower entiende que las economías de ciertas Repúblicas americanas dependen de la exportación de materias primas. Por otro lado, el mejoramiento de la producción agrícola no se refiere solamente a los incentivos a los precios, sino también al establecimiento de centros de investigación agrícola, de educación fundamental para instrucción de analfabetos en las zonas rurales y al capital para financiar la compra o la importación de maquinaria. Y este *report* alude a la conducta de determinados Gobiernos—inflación, control de precios, etc.—, que han contribuído grandemente a descorazonar la producción agrícola interna y a animar el uso de las escasas disponibilidades monetarias para las importaciones alimenticias.

Se dan insistencias sobre otros aspectos. Después del incremento de la producción agrícola, el fomento de los transportes es la suprema necesidad en la América Hispana. Realmente, los dos requerimientos están intrincadamente enlazados. Un funcionario del Ecuador informó a la Misión yanqui que su país tiene tres urgentes necesidades: caminos, caminos, caminos. Otro impedimento serio a un desenvolvimiento bien equilibrado viene representado por el déficit de energía y de combustibles. Y ninguna economía suramericana puede esperar un funcionamiento fundado exclusivamente en la energía eléctrica: debe haber carbón, petróleo u otros combustibles.

Milton S. Eisenhower asegura que el desarrollo de una industria suramericana ayudaría a promover mayores niveles de vida. En casi todas las naciones visitadas encuéntranse en construcción nuevas instalaciones industriales. Aunque aparecen otras evidencias insoslayables: en determinados países hay algún peligro de excesiva industrialización. También se tocan otros aspectos: el caso de las industrias, minas, etc., poseídas —total o parcialmente—por empresas estadounidenses (págs. 709-710); el caso del capital europeo en competición—favorable—con el capital norteamericano (6); la amenaza de inflación, que frecuentemente ha torcido el desenvolvimiento económico y ha perturbado los niveles de vida en América, como en otras partes del mundo.

Parejamente, el *report* revela que la mayor parte del capital requerido por las economías suramericanas ha de venir de las inversiones privadas, principalmente del ahorro local; para conseguir éste ha de tenerse cuidado sobre las políticas presupuestarias, fiscal y de crédito y sobre la restauración de la confianza en el valor de la moneda local. Se hace alusión a la necesidad de una mejor administración. Y en muchas ocasiones se nos descubre la conveniencia de buen trato para el capital extranjero.

En fin, el Informe incluye recomendaciones específicas para fortalecer la cooperación económica de los Estados Unidos con los países de la América Hispana: 1.ª Los Estados Unidos adoptarán y se adherirán a políticas comerciales con la América Hispana, provis-

---

(6) Sobre un aspecto del comercio de Europa con la América Hispana, véase *Bulletin Economique pour l'Europe*, tercer trimestre de 1950, págs. 20-56. Cabe acudir a otras publicaciones similares posteriores, cuya cita excesiva no es de este lugar.

tas de estabilidad. 2.ª Los Estados Unidos adoptarán una política de largo término sobre los materiales básicos, de forma que permita la compra de algunos de ellos cuando los precios de tales materias se hallen declinando, con el fin de formar un *stock* estadounidense. 3.ª Los Estados Unidos examinarán una enmienda apropiada, si procede, de sus leyes impositivas, a fin de remover los obstáculos a las inversiones privadas en el exterior. 4.ª Ampliación del programa de ayuda técnica, con vigoroso apoyo a las agencias técnicas actuando dentro del entramado de la O. de E. A. (Del mismo modo, se examina el asunto de las concesiones de alimentos a la América Hispana, etc.) (7).

* * *

Conste que Milton S. Eisenhower, presidente del Pennsylvania State College, ha vuelto a hablar sobre estos temas. La prensa norteamericana nos traía, no hace mucho, la reseña de las palabras pronunciadas por él en una reunión del National Council of Christians and Jews. En esencia, el doctor Milton S. Eisenhower se opone a las altas tarifas estadounidenses para las naciones americanas, revelando que EE. UU. trabajarían por "establecer una estabilidad de comercio internacional con la América Latina" (8).

Y subrayamos este otro aspecto: Milton S. Eisenhower habló de los *cuatro objetivos* necesarios, tanto para los Estados Unidos como para la América Hispana: 1.º Entendimiento común del pueblo y del Gobierno. 2.º Lealtad común a los principios de mutuo respeto e igualdad de los Estados. 3.º Adhesión a la seguridad mutua. 4.º Común sumisión a fines mutuos.

Y Milton S. Eisenhower reiteró la importancia económicomilitar de la *América Latina* en el evento de una guerra. La causa es fácil de comprender: con el estallido de una nueva conflagración, la afluencia de materias primas a Estados Unidos disminuiría, naturalmente, en una gran extensión, viniendo a depender de los suministros de *Latinoamérica*.

* * *

Empero, vayamos a otros rasgos. Un periodista norteamericano ha escrito: "Aquellos que esperaban alguna cosa sensacional en el Informe de Milton S. Eisenhower han sido desilusionados." Quizá haya mucha certeza en el juicio de los que aseguran que nada hay en el *report* que no hubiese podido encontrarse en *revistas* diplomáticas o del mundo de los negocios. Mas el Informe Eisenhower se acepta como un excelente punto de partida para una política norteamericana, sometida a revisión, hacia los vecinos del Sur. También debemos sentir que el *viaje* de Eisenhower ha proporcionado una lección sobre el valor de los contactos personales y amistosos en las altas esferas... A fin de cuentas, tras la visita del hermano del Presidente y de su Informe, el resultado más prometedor se ha concretado en la procesión de senadores y congresistas yanquis a través de varias Repúblicas del Sur. (Un testimonio representativo: la Misión Capehart-Homer E. Capehart, senador (R.) por Indiana) (9).

* * *

Y, de pasada, es menester recordar que los Presidentes de Méjico y de Estados Unidos se reunían en el mes de octubre con motivo de la inauguración de la presa Falcó (10). Y notemos que la Casa Blanca anunciaba, el 15 de octubre, el envío de una Misión encabe-

---

(7) A despecho de posturas de inhibición, las conclusiones del Informe Eisenhower han recibido un amplio margen de atención. Baste ver que no pocas publicaciones especializadas—de la *Newsletter* del F. M. I. a la revista del Banco de L. y Suramérica—han recogido las estimaciones finales del hermano del Presidente norteamericano.

(8) Véase *Latin Area Aims*, en *The Christian Science Monitor*, 4 de diciembre de 1953, pág. 18.

(9) Norman Ingrey: *Latin Bloc Waits Finding on Tariff*, en *The Christian Science Monitor*, 10 de diciembre de 1953, pág. 9.

(10) Véase *The Department of State Bulletin*, 2 de noviembre de 1953, páginas 579-580.

zada por el gobernador John Lodge, para salir de Wáshington el 30 de octubre, con el propósito de asistir a los actos conmemorativos de la independencia de Panamá, del 31 de octubre al 5 de noviembre; y con el objetivo de acudir a la inauguración del mandato presidencial de José Figueres, de Costa Rica, del 6 al 11 de noviembre (11).

* * *

Mas si bien conviene no trivializar el asunto, tampoco es normal superlativizar la cuestión. Con anterioridad, los hispanoamericanos han leído excelentes informes y han recibido con afabilidad recomendaciones similares. Nadie se extrañe, pues, de que haya ofrecido mayor interés la labor de la Clarence Randall Commission—oficialmente conocida como la Comisión sobre Política Económica Exterior—y el informe correspondiente sobre las tarifas (12).

* * *

Ahora nos enfrentamos con una postulación interesante: ¿puede una política puramente negativa—de anticomunismo, por ejemplo—constituir una solución válida y duradera? Evidentemente, no, asegura F. Vegas (13). Ante todo, véase cómo se aparecen al doctor Sarmiento las cuatro principales dificultades de la América Hispana, tomándola como un todo (14): 1.ª Desigualdad social extrema, evidenciada no sólo en niveles económicos, sino también en consideraciones sanitarias. 2.ª Problema cultural, con dos vertientes: analfabetismo y crisis cultural. 3.ª Inestabilidad política. 4.ª Relaciones internacionales y su corolario, la defensa. Y, expresado en sus términos más crudos, el problema económicosocial suramericano se reduce a la impelente necesidad de "expeler la sombra del hambre de la tierra americana", como indicaba Carlos Prío Socarrás, ex Presidente de Cuba, a finales de mayo de 1949, inaugurando, en la Habana, los trabajos de la II Sesión de la Comisión Económica de la América Latina. Para superar el presente económico, un informe de esta Comisión ha reconocido que es esencialmente necesario: aumentar la industrialización; modernizar y mecanizar la agricultura; hacer afluir capitales extranjeros, privados y públicos; obviar las deficiencias de dólares; procurarse la indispensable asistencia técnica extranjera.

Aquí estamos obligados a referirnos a un amplio y documentado discurso pronunciado en Los Angeles, en diciembre de 1949, por uno de los más altos funcionarios del Departamento de Estado, encargado de las relaciones interamericanas. Después de haber pasado en revista todos los campos de la actividad económica en la cual podría mostrarse útil la ayuda de su país, este funcionario concluía diciendo que todas estas vías—cooperación técnica, mayor comercio, asistencia financiera, punto cuarto...—conducen hacia la misma meta de mejores condiciones de vida, de mayor seguridad económica y de mayor estabilidad política (15). Todo esto se propugnaba hace tiempo. Mas, si no resultaren suficientes muchas de las estimaciones recientes evidenciadas—en parte—más arriba, vamos a destacar aún los supuestos básicos de una exposición hecha por Nelson A Rockefeller, comentando la expansión económica del Hemisferio occidental: 1.º La falta de adecuado transporte, energía y combustibles en muchas de las Repúblicas americanas. 2.º La quiebra de la producción agrícola para mantener el paso con el aumento del conjunto humano. 3.º Las necesidades en aumento de ca-

---

(11) *Ibídem*, pág. 586.

(12) Debe conocerse que el 23 de enero vió la luz el trabajo de esta Comisión. El *Wireless Bulletin* de la E. de los EE. UU. se ha referido profusomente a este punto en sus números 15 y 17.

(13) *Il Fair Deal e le Americhe*, en *Occidente*, marzo de 1950, págs. 87-96.

(14) *Latin America*, en *Current Affairs*, núm. 119, noviembre 1950, páginas 3-6.

(15) Si este programa podrá ser completamente desenvuelto, no podemos predecirlo. No obstante, es cierto que, si lo fuera, sería resuelto *uno de los problemas más difíciles, arduos y decisivos* de nuestra época. Así lo leíamos hace algún tiempo en la revista *Occidente*.

pital, exterior e interior. 4.º La falta de facilidades educativas en materia de administración y de estudios técnicos. 5.º La posibilidad de que no sean mantenidos los precios, relativamente altos, conseguidos en muchas exportaciones de Hispanoamérica recientemente. 6.º Las limitaciones del crecimiento económico, impuestas por el sistema de fronteras, en contra de la interdependencia económica (16).

Claro es que no todo depende de los norteamericanos. Los Gobiernos de la América no anglosajona tienen sus responsabilidades y oportunidades (17). Este pensamiento ha sido explayado por Norman Ingrey en el *Christian Science Monitor*. Informes y visitas implican, al menos, un mínimo de atención, interés y preocupación. Se estudian las leyes para hacerlas más adecuadas a las esperanzas del capital exterior. El ejemplo argentino no representa una directriz aislada. Y hasta cunde la esperanza de que en la próxima Conferencia Interamericana el camino resultará aclarado por declaraciones de políticas continentales más liberales. Ya que, verdaderamente, en nuestros días se estimulan las posibilidades en torno a las relaciones económicas interamericanas.

En todo caso, el Occidente conoce muchas peripecias. Por eso ha de acertar a resolver su existencia leal y sinceramente. John M. Cabot, tratando el asunto de la cooperación interamericana, ha hecho las siguientes afirmaciones: "Seguramente, en esta era de bombas de hidrógeno, es mejor sacrificar algo de nuestro propio punto de vista a las honestas opiniones de otro, si esto ha de mantener la paz" (18).

En la América Hispana revélanse propensiones integradoras. Pero no se llega a superar, eficazmente, el sentido localista en todas las trayectorias. Además, buena parte del continente americano hállase sometido a múltiples presiones, conociendo asechanzas indiscutibles (19). Todo ello postula un programa firme y claro, con o sin Conferencias panamericanas...

---

(16) Nelson A. Rockefeller, Under-Secretary of Health, Education and Welfare: *Economic Growth and Human Welfare in the Western Hemisphere*, en *The Department of State Bulletin*, 2 de noviembre de 1953, págs. 581-584.

German O. Galfráscoli estima indispensable la creación de una federación económica de Latinoamérica *(sic)*, condición *sine qua non* para su valorización en el mundo del porvenir, con posibilidad de llegar a ser la tercera fuerza en el campo económico. Notemos que este autor descarta la solución de carácter político. Véase *Perón y la Unión Latinoamericana*, en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, octubre-diciembre de 1951, pág. 303.

(17) Para el enjuiciamiento del desenvolvimiento de las relaciones económicas entre EE. UU. y la América Hispana, de 1933 a la Conferencia de Méjico de 1945, véase Lottie M. Manross: *Economic Relations Between the United States and Latin America*, en *Public Affairs Bulletin*, núm. 45, Wáshington, 1946, 44 páginas, más dos tablas estadísticas insertas.

Idénticamente, *U. S. Trade With Latin America at High Level*, en *Foreign Commerce Weekly*, 27 de octubre de 1952, págs. 14-16, 26.

Del mismo modo, sería acertado recoger algunas alusiones vertidas con relación a los tratados económicos firmados últimamente por la Argentina. Véanse, a título de prueba, *Politics and Economics in Chile*, en *The World Today*, febrero de 1953, pág. 91; *Argentina's Problems Today*, en *The World Today*, mayo de 1953, pág. 208.

(18) Véase *Hemisphere Solidarity*, en *The Department of State Bulletin*, 26 de octubre de 1953, págs. 554-559.

(19) A juicio de Dulles, en una exposición hecha, en enero, ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado, han mejorado las relaciones con la *América Latina*. "But many Latin American Republics have grave economic problems growing largely out of their dependence on a single product."

VOLUMEN DEL COMERCIO DE ESTADOS UNIDOS CON AMERICA HISPANA

EXCESO DE EXPORTACIONES (+)

EXCESO DE IMPORTACIONES (—)

	1951		1952
	enero-junio	*julio-diciembre*	*enero-junio*
Méjico	+ 165	+ 221	+ 141
Venezuela	+ 76	+ 56	+ 60
Perú	+ 23	+ 31	+ 33
Argentina	— 58	+ 71	+ 22
Cuba	+ 59	+ 63	+ 17
Uruguay	— 76	+ 23	+ 7
Bolivia	— 10	— 2	+ 6
Repúblicas Centroamericanas	— 38	+ 48	— 11
Brasil	— 179	— 32	— 15
Chile	— 31	— 7	— 31
Colombia	— 48	— 90	— 63
Otras naciones	— 6	— 1	— 5

(Véase *Foreign Commerce Weekly*, vol. 48, núm. 17, pág. 16.)

SAN MARTIN, SOLDADO ESPAÑOL

POR

RAMON MARTIN HERRERO

San Martín, soldado español. No es éste un tema que pueda abordarse con el exordio habitual. Aquellas palabras que se dirigen a las autoridades que presiden el acto; aquellas otras dedicadas al auditorio, en las que el orador, con mayor o menor sinceridad, subraya su modestia personal; la solemnidad del acto, la confusión y contrición que le produce el verse llamado a aquella tribuna; su rendida gratitud hacia quienes le invitaron... En fin, de sobra conocéis estas frases, más o menos las mismas, con que se inician estas disertaciones. No; al hablar de San Martín, de San Martín soldado español, hay que salirse del camino trillado. Yo, como español, en primer término, os debo una explicación. Porque, sin duda, os habéis preguntado: ¿qué es lo que nos va a decir un conferenciante más de entre tantos, sin otro título distintivo que el de ser español, sobre aquel cuyo máximo título, para la inmortalidad, es el haber dado nacimiento a la América y a la Argentina independientes, que nosotros no sepamos y que no esté inicialmente viciado por sus prejuicios, ilusiones y desilusiones de español, sobre un hombre cuya vida llegó a su cenit, precisamente en aquellos momentos que marcan el inicio de la definitiva disgregación del Imperio hispánico?

Y yo os diré que, al formular esta interrogación, no os faltaría razón. Osadía, y no pequeña, es menester, en efecto, para venir, precisamente a Mendoza, a evocar una estampa de San Martín que no es la familiar y consagrada, y que, en cierto modo, pretende sustituírla. Y, de otra parte, la personalidad del Caudillo de la Emancipación ha sido exhaustivamente, hasta el agotamiento o casi agotamiento, estudiada por sus innúmeros biógrafos. Los azares de su carrera en España, las vicisitudes de sus años de vida bajo los pliegues de la bandera española, son apenas el prólogo ineludible a una vida cuyos años más ricos y llenos se desarrollan después en otras latitudes, con otras inquietudes, otros anhelos y otros objetivos, no ya distintos, sino antagónicos a los que le llevaron a servir en las filas de quienes, en Bailén, combatiendo y derrotando las napoleónicas mesnadas, ganaran vida perenne en nuestra Historia. Sin embargo, en los años españoles de San Martín está la clave de su personalidad toda. Muchas cosas que hoy resultan contradictorias o difícilmente comprensibles, se explican, se ven diáfanamente en sus motivaciones y consecuencias si con atención estudiamos aquellos días, sobre los que, generalmente, quienes se han ocupado de esta personalidad señera pasan de prisa y hasta un poco como sobre ascuas. Y el que yo precisamente os diga esto, prueba hasta qué punto aquel proceso, que se inició cuando San Martín abandonó las tierras españolas, ha llegado ya a su madurez y perfección lógicas, que me permite a mí, sin desazones y embarazos, el hablaros, y a vosotros, el escucharme.

Si yo creyera, verbigracia, que San Martín estaba íntegramente retratado en aquellas palabras suyas de una carta a O'Higgins, en la que le hablaba del "infame yugo de los españoles", no estaría aquí para hablaros esta tarde. Pero ¿cómo hablaban y pensaban, cómo se producían los contemporáneos peninsulares de San Martín? Quintana, por ejemplo, el vate de la Independencia,

de aquellas inflamadas estrofas que clamaba: "¡Guerra! ¡Nombre tremendo, ahora sublime!..." Pues este belicoso Quintana era el que, dos años antes, en su *Oda a la expedición española para propagar la vacuna en América,* lanzaba a los cuatro vientos aquellas jeremíacas declamaciones, que se iniciaban, hablando de la sangre con que estaban escritos, "en el eterno libro de la vida, esos dolientes gritos, que tu labio afligido al Cielo envía". Y para terminar abrumándonos, nos preguntaba: "¿No cesarán jamás? ¿No son bastantes tres siglos infelices, de amarga expiación?" Y éstos no eran, en definitiva, más que excesos poéticos. Pues no está de más el recordar que el propio Quintana, como secretario de la Junta Central en 1808, dirigió una proclama a los americanos, en la que hablaba del pesado yugo a que habían sido sometidos, de los caprichos de los virreyes y otras lindezas, todas caprichosas a placer, pero que nada tenían de apología de los tres siglos de América española, tan fecundos, tan preñados de posibilidades para el continente y para el mundo, siquiera fuese a la vuelta de errores y hasta de excesos, tan disculpables por humanos y tan rescatados por infinitos merecimientos.

Y todavía esto era *peccata minuta* al lado de hechos que todavía no son muy conocidos, como—para no hablar de otros—la sorprendente carrera y fortuna de don Antonio González, más tarde marqués de Valdeterrazo y luego presidente del Consejo de Ministros español, o del general Infante, que a España combatió con las armas en la mano, ministro del Interior en el Perú rebelde, y luego teniente general del Ejército español, por dos veces ministro, presidente de unas Constituyentes. ¿Para qué seguir?

Estos hechos—a quien le interesa le diré que están registrados en un estudio del muy agudo escritor y académico español Melchor Fernández Almagro—prueban sobradamente que en la Península la Emancipación americana no fué, en sus comienzos, percibida y apreciada en toda su trascendencia histórica, y que no es extraño que quienes aquí nacieron pasaran por muchos y muy arduos aprietos antes de hacer el giro en redondo, que habría de llevarlos de las filas de los Reales Ejércitos a las de aquellos que luego cruzarían los Andes o habrían de combatir en Ayacucho o Chacabuco, pongo por caso.

Y si de lo que fué la Emancipación, en su fase militar, pasamos a sus prolegómenos o a la fase inicial de su gestación, tenemos que llegar a la misma conclusión. El proceso que maduró en los años de 1810 al 25, pero que llevaba ya, cuando menos, medio siglo de subterránea fermentación, posiblemente —esto es dudoso—desde los tiempos de Tupac-Amarú; pero, desde luego, desde los años de los comuneros paraguayos o nuevogranadinos, no es sino la versión americana de algo que tenía su origen en tierras europeas, más concretamente en tierras francesas; pero no, como suele haberse creído y haberse dicho, aunque la cosa ya esté en revisión, de un modo directo o inmediato, sino a través de la traducción castellana. con colorido y sabor netamente españoles.

Todas las gestas hispánicas—de sobra lo sabéis—han tenido carácter multitudinario y colectivo. Así nació el *Poema del Cid;* así nació y se hizo el Romancero; así se inició y se concluyó el Descubrimiento, la Conquista y la Colonización de las Américas. Todas estas epopeyas colectivas han tenido unos abanderados, cuyo más saliente carácter era siempre el ser fiel reflejo, reflejo prototípico, del pueblo en que nacieron y de las gentes que los siguieron. Así, Cortés; así, luego, en la Emancipación, Bolívar o San Martín. Pues aunque personalidades cultivadas, abiertas, más o menos, a las corrientes de inquietudes e ideas de su época en lo temperamental o subconsciente, ellos eran ejemplos destacados de las virtudes—y los defectos—que señalaban al prócer o al hidalgo español de su época y momento. Y si en su formación no eran ajenos a las semillas lanzadas por los enciclopedistas y doctrinarios franceses y de los mercantilistas británicos, no las habían recibido—como dije—de un modo inmediato, sino de un modo mediato, a través de sus intérpretes españoles, de los ministros reformadores, de los Aranda o de los Floridablanca, de ideólogos más o menos arbitristas, como los Jovellanos o los Campomanes, o de en-

sayistas de mayor o menor formato, exponentes de una ola de afrancesamiento, de la que el déspota ilustrado y sus secretarios del despacho eran los representantes más conspicuos, y el pedante, el erudito a la violeta y el lechuguino, la más deleznable y peyorativa. Gentes todas, en fin, sin ninguna confianza en la legitimidad histórica de las empresas españolas, en su justificación trascendente, con inmensas dudas en el futuro y las posibilidades del Imperio español, dudas que llevarían a un Aranda a aquel plano americano, que Godoy apellidaría luego de "francés enteramente"; y, años más tarde, al propio Godoy a formular otro *plan* que, por contraste, bautizó de "enteramente español", que, ni más ni menos que el de Aranda, muy a las claras traducía cuán precaria consideraban nuestros hombres de Estado la suerte futura de nuestros reinos de ultramar. Y razón tenían para ello, pues la dinastía borbónica, hoy muy criticada y combatida en España por los comentadores de nuestros vaivenes históricos, en América se hizo, sin duda, acreedora a vituperio y condenación muy justos, por cuanto modificó radicalmente no sólo los perfiles, sino también el contenido de las instituciones de nuestras tierras de aquende los mares, sin haber sabido insuflarles otro espíritu que fuera prenda segura de una viva y vigorosa perennidad.

No cuento yo entre los detractores de nuestros primeros monarcas de la dinastía de Borbón, pues muchos de los males que se les achacan estaban ya en germen en los años que los precedieron.

El siglo XVIII español no tiene otro vicio—si bien éste es grave—que el de seguir al XVII, nuestro Siglo de Oro; pero tuvo, en cambio, la virtud de preceder al XIX, que, aunque no muy justamente llamado "estúpido", para España registró, en lo político, incontables más efemérides infaustas que pudiéramos reseñar en las décadas en las que reinaron Felipe V y sus sucesores, y mientras lo uno se le ha imputado como agravante, lo otro no se le cuenta como atenuante. Pero sea de ello lo que quiera, en tierras de América, hay que proclamarlo de nuevo, todo o casi todo lo hecho en la época de los reyes de la Ilustración resultó funesto.

Nuestras Indias, como el Imperio romano, como el británico, eran fruto de un proceso orgánico y paulatino de crecimiento, que nada o poco debía a la acción organizadora de un intelecto esquematizador y sistemático que operase con arreglo a raciocinios derivados de abstractos postulados. Nuestras Indias eran algo tan seguro y sólido como una eminencia orográfica surgida de secular acumulación y amontonamiento de estratos y capas vegetales. De ellas tenía la solidez y el estatismo. Las reformas borbónicas, al comenzar con la expulsión de los jesuítas y las Ordenanzas de Intendentes, concebidas por espíritus escépticos y racionalistas, creyentes en la superioridad de la inteligencia sobre la Historia, abrían paso a lo que, para seguir con el símil geológico, podemos bautizar de movimiento de tierras, iniciado más o menos en los años que vieron el nacimiento de San Martín, y que desembocaría en el sismo que únicamente había de aquietarse a partir del año de gracia de 1825. Este, pues, era el panorama de la época en años en que el protagonista de esta solemnidad y de esta disertación, de cuya suerte y hazañas tanto en apariencia nos hemos alejado, había de ver la luz del mundo.

Y ahora he de hacer una confesión. Aunque había de hablaros de San Martín, soldado español, no quiero trazar una vez más—pues esto está ya reiteradamente y mejor tratado en todos los manuales—un itinerario de los azares de la vida militar de nuestro héroe. Lo que quiero es señalar unas cuantas fechas cardinales de la inquietud de conciencia que, en 1811, debió de impulsarle a abandonar súbitamente las huestes en que hasta entonces había militado. Y estas fechas o, mejor, etapas de su vida en España, para mí serían: su educación y estancia en el Colegio de Nobles de Madrid; su participación en la campaña del Rosellón, y el papel que desempeñara en el famoso motín del que fué víctima desdichada don Francisco Solano, marqués del Socorro. Y todo ello más, mucho más, que su participación en Bailén, en Albuera o en Tudela.

La Institución del Seminario de Nobles tuvo—según parece—su origen en el reinado de Luis I. En sus inicios, la

dirección de este Instituto se encomendó a los Padres Jesuítas. De aquellos Padres, no muchos años antes expulsados de latitudes muy próximas a las de Yapeyú, en que don José de San Martín viera los albores de su primer día de vida. En 1730, el Colegio tuvo en Madrid su sede definitiva, que lo fué, por tanto, hasta el momento en que la invasión francesa puso término forzado y provisional a todas las actividades nacionales. Empero, el Colegio de Nobles, confiado a la Compañía, era una institución civil, que cuando los Padres no pudieron ya ejercer sus actividades en las Españas (peninsulares o de ultramar), pasó a tener una dirección castrense. Existía—para citar el tenor de sus Constituciones—con el fin de formar caballeros cristianos, en los que resplandeciese una virtud "pía y modesta", que pudiesen transmitir a sus familias, y para inculcarles también un conocimiento de las ciencias—ornato de la nobleza—; vale decir: retórica, poesía, francés, italiano y griego; y aun para los que tuviesen disposición para mayores facultades, entre los que cabe suponer se contase don José de San Martín; facultades mayores, es decir, lógica, filosofía..., derecho común y "habilidades caballerescas".

Los alumnos del Real Seminario habían de ser de nobleza notoria heredada, cuando menos hidalgos. San Martín, pues, entró en el Real Seminario de Nobles como hidalgo, como hijodalgo español.

Pues bien: de este Seminario de Nobles salió San Martín para la campaña de Africa, en la que por primera vez vertió su sangre; y luego para la del Rosellón, en la que por méritos de guerra ganó sus primeros ascensos, y que aquí especialmente nos interesa, ya que, iniciada por causas inmediatamente relacionadas con la tragedia que empezara el 14 de julio en la Bastilla y terminara luego, cuando la cabeza del XVI de los Luises rodara en el cadalso, nos prueba cómo la evolución interior, en el ánimo del general de la Emancipación, tuvo su origen mucho más en reacciones y sentimientos españoles que en las ideas y sentimientos que luego, tanto en el Río de la Plata como en el resto de América, había de inspirar a la minoría directora en este continente el movimiento por la Independencia.

Digamos que la persona y la institución real eran algo que en España disfrutaban de idolátrico respeto, no tanto por lo que en sí mismas eran como por ser el monarca, según los postulados de nuestra filosofía política del XVI y del XVII, el ejecutor sobre la tierra de los designios de Dios, simple instrumento, cuya vida y acción terrenas habían de estar exclusivamente enderezadas al bien de los más y los mejores, al punto de que, si dejaba de poner su existencia mortal al servicio de estos fines superiores, dejaba de tener aquella justificación trascendente para el ejercicio de la potestad real y se transformaba en aquel tirano que, según el Padre Mariana, era legítima presa y víctima del puñal del tiranicida.

Los filósofos de nuestro siglo XVIII habían hecho todo lo que pudieron, seguramente sin proponérselo ni saberlo, por privar al rey del manto protector que para él era aquella dignidad de Lugarteniente de Dios sobre la tierra. Pero en la última década de aquel siglo, por fortuna para ellos y para España, aun no lo habían conseguido. Privado de aquella justificación trascendente, el monarca, ya se llamase Carlos III, ya Carlos IV, ya fuese el casto esposo de Bárbara de Braganza o de María Amalia de Sajonia, ya el de la inquieta y andariega María Luisa de Orleáns, continuaba siendo para todo español el Rey nuestro Señor.

La campaña contra la Francia revolucionaria tuvo en la Península las más completas y unánimes adhesiones. El proceso, y luego la muerte de Luis Capeto, removieron a todo español como increíble y horrendo sacrilegio. La guerra contra Francia tuvo, especialmente en Cataluña, donde todavía estaba muy vivo el recuerdo de las guerras, en que, después de una defección transitoria, las tierras catalanas habían sentido el peso insoportable de las huestes franceses invasoras, para verse luego mutiladas, en la paz de los Pirineos, en 1659, con la cesión a nuestra vecina ultrapirenaica del Rosellón y la Cerdeña, el más entusiástico de los ecos; y con esta guerra contra la Revolución, los catalanes pres-

taron a España una de sus gloriosas contribuciones de sangre, que luego se repetirían en el Bruch, en los Castillejos, a las órdenes de Prim, o en la manigua cubana, a lo largo del capítulo final de la liquidación de nuestro Imperio.

San Martín, por tanto, incorporado a las tropas que, bajo las órdenes del general Ricardos, y desde el 29 de diciembre de 1792 y hasta finales de 1793, irían por el Rosellón de triunfo en triunfo, habría de tener sobradísima ocasión de comprobar la fuerza catalizadora de la idea monárquica, la polarización de inmensos y generosos esfuerzos, que podían lograrse merced al prestigio de la realeza, el valor y la importancia de contar con un punto fijo en un mundo en movimiento, en que todos los sistemas y todos los principios empezaban a estar en revisión, en el que nada ni nadie, ni la Institución Real, ni el Ejército, brazo armado de la realeza, ni la nobleza, para cuya formación se habían creado los Reales Seminarios; nada, en fin, de aquella sociedad, de la que el propio San Martín era una pieza y una parte, se libraba de ser sometido a revisión, para ser luego despiadadamente y abiertamente atacado por unas masas frenéticas y fanatizadas por unos puñados de iconoclastas, que en el asalto a lo existente traducían sus dudas, sus inquietudes y también sus resentimientos y rencores.

Estas guerras, en cuyo curso el cadete del regimiento de Murcia alcanzó consecutivamente los grados de segundo subteniente, primer subteniente y, por fin, segundo teniente, en 8 de mayo de 1795, tuvieron fin en una paz laboriosamente conseguida y acordada en Basilea en 22 de julio de aquel mismo año.

Pero el torbellino histórico en que España se encontraba sumergida en este momento no tuvo término con ello. De enemigo y rival de Francia tuvo que pasar a secundarla, y para ello no solamente hubo de sacrificar su prestigio, sino también cosas tan fundamentales como su poderío naval, su fuerza militar, para terminar, al fin, entregada a los caprichos y las ambiciones de aquel corso, que en las inmediaciones de Tolón, y bajo la protección de una escuadra española—hecho no muy conocido y apenas recordado—, había de iniciar su fulgurante carrera, para terminarla luego con aquella aventura iniciada en tierras españolas, que, según sus propias palabras en el *Memorial de Santa Elena,* había sido el comienzo de su acabamiento y perdición definitivas, y que, al empezarla, apenas había de costarle—a su propio decir—algunos cientos de hombres.

Después de haber asistido, a bordo de la *Dorotea,* a este epílogo glorioso de nuestra fuerza en el mar; después de haber participado, por caprichos de la política napoleónica, en la guerra tan donosamente y tan acertadamente apellidada "de las naranjas", que Godoy, el favorito de María Luisa, uno de los personajes más discutidos de la Historia de España y uno de aquellos—a mi juicio—más necesitados de revisión histórica, había emprendido, y a cuya campaña debemos los españoles, en definitiva, la posesión de la plaza de Olivenza, única conquista que hayamos podido retener, y que hoy forma parte del territorio nacional, San Martín se encontraba en Cádiz desde diciembre de 1802, donde era ayudante segundo del batallón de voluntarios de Campomayor. En este mismo regimiento era ya capitán segundo en 1806, cuando una división española, mandada por el general Solano, marqués del Socorro, entró por tierras portuguesas, y sin disparar un solo tiro se apoderó de la plaza de Yelbes. A este marqués del Socorro tocaba ser protagonista de un sangriento episodio, en el que San Martín había de desempeñar destacadísimo papel, y que—a mi modo de ver—tendría, en su evolución interior, un decisivo influjo, como la propia guerra del Rosellón.

Recapitulemos. Don José de San Martín, nacido en Yapeyú, en tierras directamente afectadas por el brusco final de la acción proselitista y civilizadora de la Compañía Ignaciana, que coincide con el término—repitámoslo—de las ideas evolutivas y orgánicas, distintivas del Imperio austríaco, y con el término también del monopolio comercial, gracias al cual las tierras del Plata habían empezado a cobrar un cierto vigor económico, para ser reemplazadas por el libre cambio mercantilista, de cuño bri-

tánico, que daría luego, a la vuelta de muchas complicaciones, en las invasiones británicas de los años 1806 y 1807 y en la agresión francobritánica contra Rosas, y para ser sustituída asimismo por la organización sistemática y racionalista, de origen francés, iniciada con las Ordenanzas de Intendentes, San Martín—digo—es, en 1808, un monárquico convencido y decidido. Y esta convicción le acompañará, podemos atrevernos a decir, hasta su muerte; aun cuando el principio monárquico, en estas tierras y en el XIX, no se encarne en un ungido del Señor, en un rey por la gracia de Dios, sino en este o en aquel Caudillo.

En 1808, pues, el general Solano, marqués del Socorro, era capitán general de Andalucía y gobernador de Cádiz. Y San Martín, capitán entonces, mandaba a los piquetes que guardaban el edificio del Gobierno Militar de Cádiz el día que la plebe gaditana, que juzgaba al capitán general tibio y afrancesado, puso término violento a sus días, en ocasión de haber publicado un bando sobre la forma de movilizar y organizar fuerzas frente a la invasión francesa, que los patriotas juzgaban demasiado templado o acomodaticio. Los comentaristas de este episodio suelen decir que en el bando no se encuentra otra cosa sino sensatez o serenidad. Es posible, probable, incluso seguro. Pero hay en el ánimo de las multitudes un instinto, clarividente y certero, que les dice que las horas de la gran aflicción de la patria no son las horas de la cordura y la calma, y que en el interior de todo hombre que en estas horas angustiosas tiene la pasmosa, digamos sospechosa, cualidad de conservarse ecuánime y equilibrado, hay la materia prima de un oportunista y un arrivista seguro, y hasta de un traidor potencial.

No disculparé, pues, a las hordas que dieron muerte al marqués del Socorro; pero sí diré que no deja de ser curioso que la víctima se hubiese formado militarmente en Francia, que fuese conspicuo amigo de algunos franceses señalados, como—según creo recordar—de uno de los héroes militares de la Revolución: del general Moreau. Pienso que Solano, si no traidor, que de ello no hay ninguna prueba, era, ciertamente, hombre tibio y vacilante; cosa que humanamente puede disculparse, pero que es indicio cierto de una de aquellas debilidades de temperamento a que los mortales estamos sujetos, y que son funestas para los pueblos, en las horas que el Destino señala como definitivas y fundamentales.

Pues a San Martín le tocó asistir a todo esto. Y así como antes pudiera comprobar en el Rosellón a qué cúspides de sacrificio pueden llegar los hombres y los pueblos por su país y por su rey, así pudo también aquí, en Cádiz, comprobar a qué excesos puede llevarles esta fidelidad a las mismas ideas, de qué desbordamientos puede ser capaz una multitud alucinada por ideales y objetivos en sí mismos elevados y nobles.

Veis que el retrato psicológico del hombre se va perfilando. Lo tenemos ya, formado por su origen y su educación hidalgos, conmovido, en su interior, por las convulsiones postreras de una época que se presiente próxima a su conclusión y por los pródromos de otra cuya iniciación confusamente se advierte. Lo vemos seguro de que toda sociedad necesita de un punto fijo de referencia, de un eje inconmovible y firme: la persona del rey o del jefe; de unas cuantas instituciones regidas por principios transmitidos e inconmovibles: la Iglesia o el Ejército. Lo vemos ahora, por fin, conturbado por los primeros movimientos de lo que sus contemporáneos llamarían, con aquella retórica prosopopéyica y altisonante que tanto gustaban, "la hidra revolucionaria", ya estuviese la Revolución encarnada en un movimiento de destrucción y odio ciego, como en Francia, ya de un impulso de fidelidad y sacrificio, como entre nosotros, en España, pero destructor siempre en sus efectos.

La vida de San Martín, en los años siguientes hasta 1811, seguirá los azares que la suerte le reserve, dentro de la ruta que su fidelidad a su uniforme español le prescriba. Dentro de esa ruta participará en aquellos episodios que todos conocéis. En aquel combate de Arjonilla, en el que "este valeroso oficial—según el parte—, únicamente atento a la orden de su jefe, puso a su tropa en batalla y atacó con tanta intrepi-

dez...", que los franceses emprendieron la fuga "con tanto espanto—dice siempre el parte—, que hasta los mismos morriones arrojaban de temor". Aquel combate, que valió a todos los participantes un especial escudo de distinción, y a San Martín, su héroe más destacado, el nombramiento de capitán agregado al regimiento de Caballería de Borbón, "con sueldo de vivo". Y luego fué su participación en Bailén, aquella por la cual Coupigny, el marqués de Coupigny, tuvo la satisfacción—sus propias palabras—de "felicitarlo a usted por el grado de teniente coronel con que la Junta de Sevilla se ha servido distinguirlo".

No hablaremos ya de su participación en Tudela o La Albuera, pues nos apremia llegar al año de 1812, aquel año en que en la vida de San Martín se produce aquel cambio cardinal que señala las dos fases fundamentales de ella, y que tantos quebraderos de cabeza ha ocasionado y a tantas conjeturas ha dado lugar en sus biógrafos y en todos cuantos se han ocupado, de un modo u otro, siquiera incidental como yo, de esta figura y de este destino excepcionales.

No puedo yo de ningún modo creer, no porque no quiera creerlo, sino porque repugna a todo entendimiento sanamente constituído, que fuera San Martín una de esas figuras bifrontes, cuya segunda existencia fuera la negación, la antítesis, de todo cuanto antes se ha sentido, de todo aquello por lo que se ha vivido, de todos aquellos ideales a los que antes se ha rendido culto, y en cuyo holocausto se ha sufrido hasta verter la propia sangre. Todos tenemos, en nuestro carácter, aspectos profundamente contradictorios. Todos tomamos actitudes desconcertantes. Hacemos a veces, pronunciamos en ocasiones, palabras ilógicas y, en apariencia, inconciliables. Pero somos organismos indivisibles, de carne y hueso, de nervios y de sangre. Las posturas varían y los gestos; pero la persona es la misma, como el río que hasta su desembocadura describe caprichosos meandros, pero al mar lleva las mismas aguas que su manantial alumbra. No hay, no puede haber, no puedo ni quiero creer que haya en el alma de San Martín esa fisura, esa solución de continuidad insalvable e inexplicable. Lo que fué después, tuvo que ser antes. Lo que antes fué, tuvo que seguir siendo. Lo que en él era, en él sería y seguiría siendo, podemos decir escolásticamente.

En 1811, la suerte de España estaba decidida. Era claro que Francia y que Napoleón se habían empantanado en un fangal, del que no habrían de salir. En 1809, ante las huestes del archiduque Carlos, el invencible e invicto Bonaparte, en Essling—vísperas de Wagram—, había sufrido su primer revés, que luego se transmutó en victoria. En el Tirol, Andrés Hofer había seguido la senda que le habían marcado los guerrilleros españoles. La idea de nacionalidad, salida de la Revolución, estaba empezando a fructificar en toda Europa. En la propia España, esta idea estaba en vísperas de desgajarse del ideal de simple fidelidad a la dinastía y a la idea monárquica, que era lo que hasta entonces había existido.

El año siguiente—es decir, 1812—, Bonaparte emprendería, en Rusia, el camino que, por Moscú y la isla de Elba, le llevaría a Santa Elena, a la muerte y a la inmortalidad. San Martín debió percibir, como todos sus contemporáneos, que la causa de España, a la que venía sirviendo con constancia y valor ejemplares, estaba salvada. Las noticias de América, en cambio, debieron convencerle de que allí, propulsado inicialmente por la fidelidad a Fernando VII y a España, se estaba gestando algo, se estaba iniciando un proceso, ya esbozado desde la mitad del XVIII, que, por las mismas rutas que en Europa, había de llevar a resultados parejos, es decir, a la cristalización de un ideal de solidaridad colectiva, distinto y aparte de la obediencia monárquica, que en el Plata, en el Paraná o en el Uruguay, en el Orinoco, en el Amazonas o en el Potomac, no podía ser lo mismo, ni el mismo, que en el Guadalquivir, el Tajo o el Támesis. Debió sentir San Martín que la fatalidad revolucionaria llevaba inherente la posibilidad que en sus azares, y a través de los remolinos de la lucha y los escollos, que sin duda habían de encontrar las revoluciones americanas antes de llegar, había principios e ideas que le eran caros: la idea monárquica, la seguridad del orden so-

cial, de un orden justificado por una concepción trascendente de fidelidad a Dios y a la Historia; los principios, en suma, indeleblemente impresos en el alma y en la carne de América por España, por sus conquistadores, sus virreyes y, sobre todo, sus misioneros, que corrían peligro de perecer, como habían perecido tantas otras cosas en Europa, a lo largo y a través de la tormenta revolucionaria. Pudo pensar—me imagino que pudo pensar—que la salvación de las ideas, que eran las suyas, es decir, de las ideas hispánicas en América, sin poder contar con España, a pesar incluso de España, en donde podía asistir a extravíos y desvaríos, tales como los que presenciara en los motines de Cádiz o como los que, día tras día, abochornaban los muros de la Sala de las Cortes gaditanas, exigían su presencia en tierras del Nuevo Continente.

No sé. Nada de esto se puede presentar en forma sistemática, en forma articulada. Llegados a este momento, no podemos sino intuir, adivinar. Pero todos estamos seguros de que la clave del San Martín de la Emancipación, de vuestro San Martín, está en los años en que vistió el uniforme español, en los años de nuestro San Martín.

Algún español, biógrafo del general, del Gran Capitán—como aquí con justicia, sin duda, lo llamáis; pero con alguna confusión para nosotros, españoles, para quienes el Gran Capitán por antonomasia es Gonzalo de Córdoba—, un español de origen, luego expatriado, con característico ardor de neófito en el culto sanmartiniano (1), ha hablado de la conspiración del silencio que —dice—ha habido en torno a la figura del héroe. Puedo aseguraros que esta conspiración no existe. Lo que antes dije sobre el escaso reflejo que la Emancipación tuvo en España, de cuya exigüidad dan idea, además de los casos citados, el de Javier Mina, guerrillero de la Independencia española y de la mejicana, o el de Campo Elías en Venezuela, ¡o el propio levantamiento de Riego en Cabezas de San Juan!, aquel levantamiento que privó a España de toda posibilidad de triunfar en América; aquel escaso reflejo prueba—repito—que el levantamiento de América se sentía en España con aquella relativa indiferencia que produce lo que oscuramente se adivina inexorable e irremediable, con la convicción de que los destinos de América y los de España irían ahora por rumbos separados, fatalmente fijados por la geografía y la biología, como ahora diríamos.

Pero esta indiferencia no excluye el que los contemporáneos de San Martín, sus compañeros de armas, reaccionasen ante su marcha y su alistamiento en campo, en apariencia, adversario, con sorpresa, con dolor y hasta con cólera. ¿Habríamos de dolernos nosotros, españoles, por las diatribas que, a todo lo largo del siglo XIX, ha suscitado nuestra acción en América, sabiendo como sabemos que fueron la consecuencia inevitable de la Emancipación? ¿Qué justificación tendrían los emancipadores a los ojos de la posteridad americana si hubieran confesado, *urbi et orbe*, que se habían lanzado en armas para derribar un orden, aunque imperfecto, aceptable, sin tener de momento nada mejor con qué reemplazarlo? Es evidente que, a través de muchas dudas, hicieron lo que mejor creyeron, y aunque tantas veces pudieran preguntarse si no habían errado, también lo es que sólo en muy recóndita y cerrada soledad podían formularse sus angustiadas preguntas.

Así, pues, si nosotros, españoles, aceptamos como lógica esta reacción de los contemporáneos de la Emancipación, el resentimiento frente a San Martín de sus compañeros de la víspera y de la generación española coetánea, lejos de ser absurdo o pueril—como dice el panegirista aludido en su ardor proselitista—, es tan humanamente explicable como el furor antihispánico de un Sarmiento, digamos como ejemplo.

Sólo el tiempo, que no conoce llaga que no cure ni herida que no cicatrice, había de permitirnos, a unos, arrumbar por anacrónicas e insostenibles las invectivas hispanófobas, y, a otros, si-

---

(1) Augusto Barcia.

tuar en su verdadera perspectiva y dimensión las figuras de los prohombres de la Emancipación hispanoamericana, y en la Argentina, en primer término, la de San Martín.

Quiero aclarar que no debéis tomar lo que precede como una tentativa osada y desenvuelta de ejecutar, con personalidad tan señalada y señera de los albores de nuestra Historia, una especie de transmutación química, una metamorfosis llevada a cabo por medio de una taumaturgia más o menos confesable, que me permitiera a mí situar al general San Martín en donde, psicológica e ideológicamente, más me conviniera. Nada de eso. Se trata de un ensayo, sincero y honesto, aunque quizá inhábil, de resolver retrospectivamente algo que todos vemos enigmático y oscuro: un esbozo de explicación, ligera y sin apoyo documental—pues el secreto de San Martín, habéis de reconocerlo, es de aquellos cuya clave no se encuentra en los archivos—, que nos dé alguna luz, un hilo conductor, a través de tantas y tan laberínticas perplejidades como estas reconstrucciones, tan ocasionadas a error, nos producen a todos.

Si esta aclaración, como espero, os satisface, me permitiréis ahora que os diga, sin demasiada extrañeza de vuestra parte, que San Martín fué—a mi juicio—el heraldo a quien tocó anunciar para la Historia, con el nacimiento a la vida independiente de las tierras del Río de la Plata, la hora de mayor gloria para España. Y esto es así porque la Emancipación es el testimonio irrecusable de que España y sus hombres, aun sin proponérselo y posiblemente ni sospecharlo—por lo menos hasta muy a finales del siglo XVII—, supieron llevar a término y acabamiento feliz la obra de llevar a plena madurez a las que habían de ser sus hijas ultramarinas; madurez sin la cual la Emancipación hubiera sido imposible e inconcebible. Aunque fuera ésta prematura, las simientes de la nacionalidad estaban aquí, y la sembradora fué, incontestablemente, España.

Por paradójico que parezca, la aparición de las nuevas nacionalidades prueba que la obra de España, en estas latitudes, estaba acabada y perfecta, y por esto insisto en que el momento de lo que parecía su desastre y derrota fué el momento de su mayor gloria. Si no hubiera habido Emancipación, España habría fracasado. Y si en esta obra fué artífice destacadísimo don José de San Martín—aquel a quien me atreví a llamar *nuestro*, y que no es otro sino uno y el mismo que aquel a quien podéis llamar exclusivamente *vuestro*—, bien me permitiréis que cierre estas palabras con aquellas otras de uno de sus más clásicos biógrafos, y que dicen que las proezas del general, en tierras argentinas y chilenas, son tan honrosas para él como para España, "dado que el soldado que se encargó de universalizar en el continente la doctrina revolucionaria de Mayo no era un extraño a su sangre ni a su cultura, sino, por el contrario, un héroe que había vivido su drama, consagrándole, para hacerla fuerte y digna—y esto en un lapso de más de dos décadas—, su talento, su disciplina y su espada".

Y si esto es así, séame también permitido concluir deseando que esta cátedra, fundada por una española benemérita, bajo el nombre y advocación de San Martín, desarrolle, por los años de los años, y en el espíritu de quienes le han prestado su nombre, una fructífera tarea al servicio de los ideales hispánicos, que son garantía segura—así lo creo fimemente—de venturas y bienandanzas para la Argentina como para España, para España como para la Argentina.